

Ely del Valle



EL ZOO DE LOS MARIDOS

El forofo,
el romántico,
el manazas...
20 especies sin
domesticar



Ely del Valle



EL ZOO DE LOS MARIDOS

El forofo,
el romántico,
el manazas...
20 especies sin
domesticar



EL ZOO DE LOS MARIDOS

ELY DEL VALLE

EL ZOO DE LOS MARIDOS

El forofo, el romántico, el manazas... 20 especies sin domesticar

la esfera  de los libros

Primera edición: mayo de 2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Ely del Valle, 2011

© La Esfera de los Libros, S. L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9970-053-3

Depósito legal: M. 13.903-2011

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Huertas

Encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

<u>Prólogo justificativo. Historia de la autora</u>	13
<u>El marido hipocondriaco</u>	21
<u>Historia de Natalia</u>	23
<u>El marido forofo</u>	35
<u>Historia de Alicia</u>	37
<u>El marido workaholic</u>	47
<u>Historia de Susana</u>	49
<u>El marido manazas</u>	65
<u>Historia de Isabel</u>	67
<u>El marido triste</u>	77
<u>Historia de Jimena</u>	79
<u>El marido divorciado</u>	93
<u>Historia de Eva</u>	95
<u>El marido calzonazos</u>	109
<u>Historia de Flora</u>	111
<u>El marido hijo</u>	125
<u>Historia de Marisa</u>	127
<u>El marido romántico</u>	137
<u>Historia de Marisol</u>	139
<u>El marido ligón</u>	147

<u>Historia de Mamen</u>	149
<u>El marido decatlón</u>	161
<u>Historia de Esther</u>	163
<u>El marido enmadrado</u>	173
<u>Historia de Begoña</u>	175
<u>El marido ecologista</u>	191
<u>Historia de lauro</u>	193
<u>El marido antihigiene</u>	207
<u>Historia de Mayte</u>	209
<u>El marido invisible</u>	213
<u>Historia de la tía Genoveva</u>	215
<u>El marido adolescente</u>	221
<u>Historia de Paca</u>	223
<u>El marido metepatas</u>	237
<u>Historia de Blanca</u>	239
<u>El marido perdonavidas</u>	253
<u>Historia de Mónica</u>	255
<u>El marido solidario</u>	261
<u>Historia de Violeta</u>	263
<u>El marido metrosexual</u>	269
<u>Historia de lucía</u>	271

Escena final a modo de epílogo. 8 de marzo 283

Listado de bodas indispensable para parejas que aguantan. Significado de las bodas según año y material 291

*Para Cheni,
que siempre me da la mano.*

PRÓLOGO JUSTIFICATIVO

Historia de la autora

Todas las tragedias concluyen en muerte;
todas las comedias acaban en un matrimonio.

LORD BYRON

Habría quien al leer este humilde librito piense -con toda la lógica del mundo- que la autora, o sea yo, soy una de esas mujeres amargadísimas por culpa de los hombres, divorciada tres veces y deseosa de venganza feminista, que es una venganza bastante bien aceptada por una sociedad que considera políticamente correcto utilizar la manoseada igualdad entre sexos para arrear unos palos al género masculino de agárrate y no te menees.

Nada más lejos de la realidad.

Llevo veinticinco años con el mismo compañero de vida y, en ese sentido, me considero más que afortunada. Sé que no hubiera podido encontrar a nadie mejor para pasar por este puñetero camino de obstáculos que quien me ha dado la mano en los momentos de dificultad con mucha más frecuencia de la que yo se la he dado a él. Y entonces, se preguntará más de uno, ¿a qué viene un libro sobre maridos que en la mayoría de los casos se asemejan más a un desastre que a una bendición?

Muy sencillo: cuando teníamos doce y catorce años, a menudo mis amigas y yo nos preguntábamos, al igual que todas las crías del mundo (creo), cómo serían nuestros futuros maridos. Por aquel entonces sólo barajábamos la posibilidad de uno por cabeza - el fracaso matrimonial era una hipótesis que simplemente no existía en nuestras fantasías

preadolescentes- y, por supuesto, uno para cada una. Quedarnos solteras era tan impensable como para la duquesa de Alba hacerse el corte de pelo de María Teresa Fernández de la Vega. En aquellos tiempos utilizábamos todas las artes adivinatorias a nuestro alcance para tener al menos una pista que nos adelantara la identidad de los «afortunados». Por lo general, eran técnicas con escasa base científica y lo único que nos ofrecían era la inicial de sus nombres, así que a falta de otra cosa pelábamos manzanas y tirábamos después la monda por encima del hombro, porque, al caer, se suponía que formaban una letra; sumábamos los dígitos de nuestra fecha de nacimiento para trasladar el resultado al abecedario, e intentábamos descubrir en las líneas de nuestras manos la forma oculta de una B o una M que nos permitiera anticipar la llegada de un Manolo o de un Bonifacio a nuestras vidas. Hoy puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que todas estas maniobras son un fiasco.

Había también una leyenda urbana que aseguraba que si te ponías delante de un espejo a medianoche con dos velas encendidas aparecía reflejada la imagen de tu futuro cónyuge. Desconozco su fiabilidad. Nosotras nunca lo hicimos por miedo a que en vez de la silueta de David Hasselhoff, que era por el que todas suspirábamos, apareciera alguien como Georgie Dann y su mono plateado cantando lo del dinosaurio. Riesgos los mínimos.

Con el tiempo, y exceptuando a Olga, que se metió a monja de clausura (imagínense el susto si en el espejo se le hubiera aparecido en persona el beato Francisco Coll, fundador de la congregación de las Dominicas de la Anunciata, que es donde hizo sus votos), todas encontramos nuestra media naranja. De hecho, la mayoría encontraron varias, porque dar con la fetén a la primera es como sentarte en el famoso pajar y clavarte la dichosa aguja en el culo; ninguna, eso sí, remotamente parecida al Hasselhoff, que no tardó mucho en convertirse en el hortera impresentable que sigue siendo.

Susana, Cristina, Covadonga, Sonia, Eva, Carolina... Cada una elegimos a nuestro aire y según las circunstancias. Algunas acertamos, otras no, pero todas hemos llegado a la conclusión de que con diez años de matrimonio a sus espaldas Romeo y Julieta se hubieran pensado muy mucho lo del veneno. No hace falta ser una superdotada para darse cuenta de que ni una sola de las parejas que han pasado a la historia como ejemplo de amor eterno llegaron a celebrar sus bodas de papel. Sospechoso.

Dicen los que saben de estas cosas que el amor es pura química. La antropóloga Helen Fisher -de la que confieso que no tenía noticias hasta ahora, pero que según la Wikipedia es toda una eminencia en el asunto- defiende que existen tres procesos cerebrales distintos por los que pasan todas las parejas a lo largo del tiempo: primero está la fase de la testosterona, que es, por así decirlo, la hormona más lanzada y la que provoca el impulso sexual; la segunda fase es la del romanticismo, dominada por la dopamina, un neurotransmisor que influye en el estado de ánimo, y la tercera es la del cariño, en la que llevan la voz cantante la oxitocina y la vasopresina, que afectan a la zona cerebral que controla el placer y la recompensa.

La cruda realidad, según la doctora Fisher -que, dicho sea de paso, tiene un extenso curriculum en el que figuran un marido que le duró menos de un año, tres relaciones largas y otra con la que lleva casi una década-, es que el impulso que nos lleva a perder la cabeza por un sujeto determinado no es más que una sucesión importante de coloques químicos. En contra de lo que sostiene el saber popular, no es el amor el que está ciego sino nosotros los que llevamos uno encima monumental. Eso explica por qué no salimos corriendo en cuanto escuchamos lo de la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza y hasta que la muerte nos separe, que hay que reconocer que intimida: porque vamos drogadas hasta las patas.

No sé si es casualidad o no, pero vivo rodeada de mujeres que no han tenido la misma suerte que yo.

En algunos casos, no lo dudo, la culpa de que la convivencia se haya ido a la porra ha sido de ellas, y en la mayoría, de los dos. No se tienen noticias documentadas de que exista una única clave para que una pareja permanezca junta, de la misma manera que tampoco los fracasos matrimoniales se deben a un solo motivo ni a un único rasgo del carácter de una de las partes. Todo lo contrario: hay parejas por las que nadie daba un duro pero ahí siguen, y aparentes almas gemelas que han acabado pleiteando por un bagueño de imitación, sólo por fastidiar. Pero qué queréis que os diga: las amigas son las amigas, y aunque reconozco que la documentación de la que me he nutrido es absolutamente parcial, llevo años escuchándolas hablar de sus maridos o de sus ex y he observado que, a medida que pasa el tiempo y las manías, rarezas o defectos (llamadlo como queráis) se van convirtiendo en parte de lo cotidiano -o, en el caso de las

separadas, se van diluyendo en sus biografías-, cada vez le vamos viendo la parte más divertida al asunto, que también la tiene.

Cuando desde La Esfera de los Libros me plantearon la posibilidad de escribir este libro sobre maridos y lo comenté con ellas, todas me animaron y se lanzaron con entusiasmo a contarme sus historias, que, por supuesto, han sido debidamente dramatizadas, más que nada porque, aunque a todas les hace mucha gracia caricaturizar los defectos de aquellos con los que comparten o compartieron manta e hipoteca, tampoco están por la labor de contar sus intimidades a pecho descubierto. Para eso se irían a concursar a La pregunta de tu vida.

Genevieve Antoine Dariaux, ex directora de la casa de modas Nina Ricci en París y autora de *Muy chic*. Una guía de la elegancia, sostiene que hay tres clases de maridos: el poco atento, «que dice: "¿Es un vestido nuevo, querida?", cuando por fin se fija en el vestido que su mujer se ha puesto los dos últimos años»; el ideal, «que se interesa por su ropa y hace sugerencias», y el dictador, «que sabe mejor que la mujer lo que le favorece». Yo he encontrado algunos más, pero lo cierto es que todos pueden encajar en una de estas tres categorías.

¿Que este es un libro sesgado? Claro que sí. ¿Que si les preguntásemos a ellos sus historias se parecerían a estas como un huevo a una castaña? Por supuesto. ¿Que si nos pusiéramos a analizarnos a nosotras mismas también aparecerían la histérica, la maniática, la lobona y la depresiva? Fijo. Pero, qué queréis que os diga, este es un libro de maridos reducidos -injustamente, no lo niego- a un puñado de tópicos manipulados a conveniencia. Lo curioso es que, a poco que nos paremos a pensar, todas conocemos a alguno que puede encajar en uno o en varios de los capítulos. Por algo será.

EL MARIDO HIPOCONDRIACO



FICHA TÉCNICA

Ídolos: Woody y Andrés Aberasturi.

Libro de cabecera: Ayer casi me muero, de Chumy Chúmez.

Película favorita: Venga alegría, de Harold Lloyd.

Bebida favorita: Frenado) Complex.

Historia de Natalia

Un marido es una especie de pagaré;
la mujer se cansa de atenderlo.

OSCAR WILDE

H

ay que partir de la premisa de que tener un marido hipocondriaco no es nada extraordinario. Muy al contrario, es lo normal. Los hombres en su conjunto son bastante caguetas para las enfermedades y es sumamente difícil encontrar a uno que soporte una gripe con cierta gallardía.

Con frecuencia nos encontramos con guardacostas capaces de enfrentarse a traficantes armados con subfusiles hasta la sobaquera que se vuelven indefensos como niños de pecho ante una faringitis, y seguratas de polígono que se desmayan con la ligereza de una Margarita Gautier en cuanto ven una aguja, aunque sea de las de hacer calceta.

Por eso, si tu marido es de los que se ponen a morir por unas anginas un poco vistosas, tampoco merece la pena tenérselo en cuenta; el sexo fuerte es así de blando y pocas cosas les gustan más que hacerse los agonías para que les lleves el desayuno a la cama.

Otra cosa diferente es el que se pasa de la raya y somatiza toda clase de dolencias propias o ajenas, reales o imaginarias, llevándonos por la calle de la amargura. Esos son insufribles.

Para que no haya la menor duda al respecto, habría que empezar por diferenciar al hipocondriaco oficial responsable del hipocondriaco plasta. El primero es un profesional

que se autoabastece, como es el caso de Andrés Aberasturi, que vive tan pancho, siempre y cuando no le separen de su pastillero, en el que conviven sin amago de conflicto alguno píldoras de seis colores diferentes que él se toma con disciplina de cartujo y sin saber muy bien para qué, pero con la confianza de que cada una de ellas sepa perfectamente lo que tiene que hacer. El hipocondriaco plasta, no contento con negarse a reconocerlo aunque le echés aceite hirviendo en los lagrimales, se dedica a dar la tabarra padre cada vez que se descubre un lunar con el que lleva conviviendo desde que nació pero que permanecía en el anonimato, fundamentalmente porque lo tiene bajo el omóplato izquierdo.

Carlos, el marido de Natalia, es de estos últimos.

En realidad, no es un hipocondriaco en el sentido estricto de la palabra. Según la Enciclopedia médica ilustrada, la hipocondría es una enfermedad mental muy seria que provoca en quien la padece auténticos trastornos psicológicos gravísimos. Y yo me lo creo. La Enciclopedia médica ilustrada, libro sapientísimo que ha sido el faro que ha guiado a mi madre desde que su hermana mayor, la tía Genoveva, se la regaló cuando se casó con mi padre, pasándose por el arco del triunfo las sugerencias de la lista de bodas, no suele decir tonterías.

No. Lo de Carlos es una hipocondría normalita, de las de andar por casa dando la murga, aunque lo cierto es que, por su aspecto, nadie lo diría. Con su metro ochenta holgadito, unas espaldas en las que podría cargar con comodidad una nevera americana y unos trapecios por los que cualquiera apostaría en una porra contra los de Fernando Alonso, el marido de Natalia tiene más pinta de comerse los chuletones de buey de dos en dos que de aspirar a que le den el título de cliente del año en Adeslas.

Sin embargo, detrás de esa robusta fachada de manipulador de hormigonera, late un corazón temeroso hasta el ridículo: si a Natalia se le cae esmalte de uñas rojo, se pone de color blanco nevera porque piensa que alguien se está desangrando; si va de visita a un hospital y escucha el carro de la comida, se queda sin pulso pensando que traen a un fiambre en la camilla, y si su compañero de trabajo tiene hepatitis no parará de dar la vara hasta que reconozcas que sí, que el fondo de ojos lo tiene un pelín amarillento.

En este sentido hay que apuntar que los médicos no suelen ser unos aliados comprensivos: en cuanto detectan a un hipocondriaco de la gama plasta yerguen las orejas como un perdiguero y desenfundan el talonario de recetas, prestos a diagnosticarle alguna dolencia menor para quitárselo de encima y dejarnos a nosotras el marrón. Atención, aquí las mujeres estamos perdidas porque el marido hipocondriaco convertirá inevitablemente esa dolencia menor en algo gravísimo y crónico. Un ardor de estómago - tu marido lo llamará dispepsia severa, que impresiona más- te puede condenar de por vida a incluir las acelgas hervidas en tu menú diario, aunque luego, con los amigos, el «delicado del estómago» se ponga hasta arriba de bocatas de panceta.

Hace tiempo que Natalia está hasta el gorro de las aprensiones de su pareja. Tanto es así que como es abogada, y además de las buenas, está pensando muy seriamente en ponerle un pleito a las páginas médicas de internet.

-Tú no sabes el daño que hacen estas cosas, guapa. El fin de semana pasado, que estuvimos en Piedrahita, el Gómez se comió tres morcillas de calabaza a escondidas y ahora está convencido de que tiene una úlcera sangrante. Como según <http://www.scientific-wellness.org> los síntomas de un agujero en el píloro del tamaño de un cacahuete y los de un empacho por morcilla son los mismos...

Natalia, cuando se enfada, siempre llama a Carlos por el apellido. Para fastidiar. No hay nada que le pueda doler más a un Gómez-Escabel y Hernández de la Montería que le retrotraigan el linaje familiar hasta su tatarabuelo curtidor, que fue el que maridó el Gómez y el Escabel con un aristocrático guión en cuanto empezó a forrarse vendiendo pellejos de vino a la mayor parte de los bodegueros de Logroño. La jugada la terminó de redondear casándose con la hija de uno de ellos, que fue la que le convenció de que, puestos a andar descuerando bichos, el negocio de la peletería al por mayor (que es del que vive toda la familia desde entonces, y además muy bien) quedaba bastante más fino.

¿Y no será que estás exagerando un poquito? -malmeto yo, que me acabo de dar cuenta de que Carlos es un filón para mi capítulo de hipocondriacos y necesito tirarle de la lengua a Natalia.

-¿Exagerando? -responde ella al tiempo que intenta arquear las cejas en un gesto de asombro que queda totalmente fuera de sus posibilidades por culpa del bótox. Natalia, que siempre ha sido la envidia de todas sus amigas porque tiene unas piernas de

escándalo y desde los trece años unas tetas naturales pero tan bien colocadas que parecen de silicona, se ha convertido en una víctima del planchado facial, que, a sus treinta y seis años, maldita la falta que le hace.

-En los últimos dos meses -me enumera- ha tenido fibromialgia, síndrome de Menier y dos cánceres, uno de próstata y otro de ceja. Traducido: unas agujetas, agua en el oído por no ponerse el gorro en la piscina desde que tenemos socorrista hembra y un quiste sebáceo en el párpado izquierdo. Lo que menos le duró fue el cáncer de próstata, «avanzadísimo, seguro», del que se olvidó en cuanto la le descubrió que el diagnóstico fetén pasaba por un tacto rectal.

Porque eso sí: a Carlos, como a la mayoría de maridos proclives a somatizar todas las enfermedades de las que tienen noticia, ir al médico es algo que le da pavor, y prefiere documentarse por todo tipo de vías que no impliquen ponerse delante de un tío embozado tras una mascarilla que entra poniéndose los guantes de látex. Natalia, como experta obligada en el tema, mantiene que la culpa de que haya tanto aprensivo suelto es de las madres superprotectoras, esas que disfrutan como locas inflando a sus vástagos de vitaminas que no necesitan y tapándoles la boca y la nariz con la bufanda como si fueran miembros del ejército yemení, si el ejército yemení reclutara enanos.

-O sea, que mucho rollo con lo de abogada feminista -sigo malmetiendo en vista de que esto funciona; es lo bueno de conocer a tus amigas, que sabes por dónde pinchar-, pero a la hora de la verdad le cargas con el sambenito a tu suegra...

-¡Menos cachondeíto, que tenías que conocerla!... ¡Pero si todavía ahora se enfada si su «niño» no lleva al cuello el cordón de San Blas!

Carlos, según su madre, es muy propenso a quedarse sin voz, aunque Natalia no ha sido testigo en diez años de semejante fenómeno, argumento que la madre de Carlos esgrime hábilmente en contra de su nuera como «prueba palpable de que el cordón funciona».

¡No veas cómo es la bruja! Se ha pasado media vida medicando a la familia como si fuese la doctora Marañón, y la otra media alertando a todos los niños que se le ponen a tiro sobre los peligros de meterse en un frigorífico abandonado.

-¿Y eso?

-Es otra de sus obsesiones. Por lo visto, su primo Gaspar se metió en uno cuando eran pequeños y no lo encontraron fiambre de milagro. Lo cuenta siempre que la ocasión se pone a tiro. Con ese precedente dile tú al Gómez que se tiene que hacer una resonancia magnética... ¡Claustrofóbico perdido!

-¿También?

-Sí, hija, los hipocondriacos lo tienen todo y encima van a más. Al principio se contentaba con llamar gripazo a un par de estornudos, después asma a una alergia y ha terminado confundiendo el flato con un infarto... Lo que yo te diga: un petardo...

Y ahí sí que hay que darle la razón a Natalia. Convivir en pareja con un coleccionista de síntomas ajenos mina la salud de cualquiera, entre otras cosas porque nunca te dejará disfrutar de tus propias enfermedades. Las tuyas siempre serán mejores, o sea, peores:

-Cariño, mañana no tienes que acercarme al despacho -Natalia tiene la voz de pato, la nariz en carne viva y un par de ojos que hubieran hecho pensar seriamente en el suicidio al poeta más optimista-. Creo que he cogido frío y me voy a quedar en casa.

-Yo tampoco voy a ir a la fábrica. Tengo un mal cuerpo horrible... Para mí que esto va a ser gripe A.

-Pero tú estás tonto o qué... La gripe A se la cargó de un plumazo la ministra de Exteriores cuando era ministra de Sanidad, esa que dices que es tan mona...

-Sí, tú ríete, pero mira, mira, estoy ardiendo... -dice Carlos mientras le acerca la cabeza a Natalia para que le toque detrás de las orejas, que es donde realmente se nota la fiebre, como toda madre sabe.

-No llegas ni a 37.

-¿37 dices? Eso es que estoy fatal, que ya sabes que yo soy de temperatura baja y en cuanto paso de 36 es como para ti 39.

-Que es, por cierto, lo que tengo según el termómetro ese que tú no te has puesto...

-Ya, pero no vas a comparar... Lo mío es mucho peor. Si tú estuvieras tan mal como yo, se te notaría...

Y se queda tan fresco.

Ante un marido hipocondriaco, hay pocas cosas que se puedan hacer: o lo asumes, le sigues la corriente y te resignas a tener que escuchar un par de veces al mes que lo más probable es que acabes el año viuda, o se lo devuelves a su madre por Seúr a la semana de convivencia, cosa harto improbable porque, al principio, este tipo de individuos despiertan en nosotras el lado maternal y pueden hacer hasta gracia.

Lo malo es que una cosa lleva a otra y para cuando te das cuenta estás como tía Luisa, que lleva treinta años aguantando que tío Enrique se mida los niveles de azúcar en sangre cinco veces al día: a las 08.00, a las 12.00, a las 16.00, a las 20.00 y a las 24.00. Ni un minuto más allá, ni otro más acá, caiga quien caiga.

Incluso en Nochevieja, mientras los demás toman las uvas, el tío Enrique se perfora el índice con una maquinita que le dice exactamente si su nivel de glucosa mantiene el tipo o se ha ido de conga. Su diabetes tipo III -una porquería de diabetes, por otro lado- es su leit motiv, su modus vivendi y otros cuantos latinajos más que vienen a significar lo mismo: que ha convertido su enfermedad en su hobby.

Por eso se pone como un basilisco en cuanto sale alguna noticia médica relacionada con avances en el buen funcionamiento del páncreas y despotrica contra «todos estos medicuchos que no tienen ni idea». Si al tío Enrique le quitan la diabetes, lo matan del disgusto.

Carlos, que ha cambiado, no se sabe si consciente o inconscientemente -me inclino por esto último-, la bufanda materna por el pañuelito al cuello para prevenir las faringitis, y que de octubre a mayo no se acuesta sin embadurnarse el torso de Vicks VapoRub, no ha alcanzado todavía a esos niveles porque el tío Enrique pasa de los setenta y él acaba de llegar a la cuarentena, pero es indudable que apunta maneras, y aunque hay mujeres dispuestas a pasarse el resto de su vida soportando a un plasta que tiene como libro de cabecera un vademécum (los hipocondriacos suelen sobrevivir a toda la parentela porque a base de mirarse el ombligo a diario se detectan el más mínimo

desajuste corporal), Natalia ha llegado al límite de su paciencia tras la última paranoia del Gómez y se ha puesto a gestionar su propio divorcio.

-Pero, vamos a ver, Natalia... si ya le conoces... Lleváis así desde que os casasteis hace diez años: él dice que tiene no sé qué barbaridad, tú no le haces ni caso, él se pone malísimo hasta que tiene que ir al médico, y en cuanto le dan hora se le olvida. Es más de lo de siempre, ¿no?

-No. Esta vez se ha pasado cuatro pueblos.

-Es que desde que ha vuelto de la convención de peleteros está convencido de que tiene el Ébola.

-¡Corcho! ¿Y se puede saber de dónde ha sacado semejante idea?

-De que le sangra la nariz.

-¿¿Y??

-Que lo ha consultado en <http://www.scientific-wellness.org>.

-O te explicas mejor, o no me entero.

-En fin... -suspira-. Te lo voy a contar, pero sólo a ti, ¿eh? Resulta que el idiota este...

-¿Carlos? -interrumpo yo con muy poco tino.

-No, mi padre... ¡Pues claro que Carlos, lista! Y si me interrumpes, me callo, que no te creas que la cosa tiene gracia -a Natalia, como a la mayor parte de los abogados, no le gusta nada que la interroguen.

-Vaaale. Cuenta.

-Pues resulta que el idiota de Carlos me dijo la semana pasada que se iba un par de días a una convención de peleteros en Ávila, pero en realidad a donde se fue es a Denla con una de las encargadas de su fábrica, con la que por lo visto llevaba tonteando desde hace unos meses.

-¡No!

-Ya ves. Total, que a la vuelta le ha empezado a sangrar la nariz, se ha metido en la paginita de marras y buscando enfermedades con sangrado nasal se ha encontrado con el virus del Ébola.

-¡Pero si esa es una enfermedad que sólo se da en países africanos...!

-Sí, pero es que el lumbreras de <http://www.scientificwellness.org> que escribió el capítulo en cuestión cometió una errata y cambió la K de Kenia por la D de Denla. Aterrado lo tengo. Tanto que ante el temor de morir de una hemorragia generalizada con la conciencia hecha unos zorros, ha cantado de plano.

Carlos, como la mayoría de los aprensivos, sabe que la mayor parte de sus dolencias no son reales -es hipocondriaco, no idiota, aunque lo parezca- y por eso mismo vive con el miedo a que el día en que verdaderamente le pase algo nadie se lo tome en serio. La pescadilla que se muerde la cola, vamos.

Esta vez, al Gómez su aprensión le ha salido cara y a Natalia le ha venido divinamente para desembarazarse de la cazuela de hacer las verduras al vapor y de un pelmazo con más cara que espalda, que en su caso es mucha porque recordemos que la espalda de Carlos está pidiendo a gritos una nevera americana con la que cargar.

Tanto es así que, movida por la euforia y como gesto de agradecimiento, hace dos semanas mandó una caja de Marqués de Riscal a la redacción de <http://www.scientificwellness.org>, a raíz de lo cual ha empezado a intercambiar emails con el artífice de la chapuza, un informático de cuello esbelto y bastante más esmirriado que Carlos pero que se cura los catarros tirándose en pleno enero y en pelota picada en el lago Calhoun de su Minneapolis natal.

EL MARIDO FOROFO



FICHA TÉCNICA

Ídolo: la madre que parió a Vicente del Bosque.

Prenda favorita: gorro dispensador de cerveza. Lleva un depósito con capacidad para un tercio y una ingeniosa gomita como de lavativa, con la que puede estar todo el partido chupando discretamente.

Película favorita: el gol de Iniesta. Todo el rato. Una y otra vez.

Canción favorita: «Merengol», de autor desconocido, y el «Waka Waka» de Shakira, más por Shakira que por la canción.

Lectura que le ha marcado: el Marca, claro.

Historia de Alicia

En mi casa mando yo, pero mi mujer es la que toma las decisiones.

WOODY ALLEN

A

ninguna mujer se nos escapa que el fútbol, además de ser un noble deporte que pone la habilidad y resistencia individual al servicio de la consecución de un triunfo colectivo, es para algunos hombres como la radiación del uranio para el doctor Banner: les convierte en La Masa. Las mismas venas en el cuello, gordas como orugas a punto de estallar, lenguaje ininteligible («iiiAaargg, pero será cabr...!!! joder, joder, joder!... ¡Uuyyyy!... iiiGOOOOL!!!... ¿Penalti, cómo que penalti? iiiMecagoenla...!!!») y vestimenta inadecuada.

Es difícil explicarse cómo a estas alturas no se ha contratado a un Lorenzo Caprile o a un John Galiano para que ponga un poco de orden en el espeluznante mundo del complemento futbolero. Esas gorras con el escudo bordado..., esas bufandas de castañera..., esas camisetas con el número de Cristiano Ronaldo a la espalda que sólo le quedan bien a Cristiano Ronaldo porque donde él tiene tabletas de chocolate el resto de los mortales luce una mousse...

Aunque lo peor de todo es el casco vikingo, ese que lleva pegados el flequillo y las trenzas de lana amarilla. ¿A quién se le ocurrió la idea? ¿Quién fue el empresario que decidió que se iba a dedicar a fabricar semejante artilugio? ¿Lo decidió estando sobrio o después de beberse tres «sol y sombra»? ¿Qué director de sucursal bancaria fue el que tuvo la osadía de concederle un crédito para poner en marcha semejante proyecto?

Son preguntas que todos nos hemos hecho y que ya forman parte de esos grandes

misterios de la humanidad que aún están pendientes de respuesta. Sólo el fútbol es capaz de hacer que tanta gente haga el indio al mismo tiempo.

Manuel, el marido de Alicia, por ejemplo, es uno de estos ciudadanos que no tienen ningún reparo en disfrazarse cada domingo. A Manuel, dueño de una óptica y persona de orden en el fondo y en las formas, tú le dices un día cualquiera que se tiene que poner unos calcetines de color mostaza y seguro que no pega ojo la noche anterior; ahora bien, te lo puedes encontrar instalado en las gradas del Bernabéu con una gorra blanca, como si fuera un vendedor de polos, y la cara pintada como un arapahoe, sin tener por ello ningún problema de conciencia.

Al forofo, la victoria o la derrota de su equipo le afecta profundamente al carácter. Si la tarde anterior gana, se levantará por la mañana con una sonrisa en los labios y silbará alegres tonadas mientras se prepara el café; si pierde, su actitud será la de María Antonia Iglesias en un sarao de Nuevas Generaciones.

Hay hombres hechos y derechos que se pasan los lunes deprimidísimos porque un tío al que personalmente no conocen de nada no ha conseguido parar una pelota en un campo de Rumania.

Por eso es importante que el hincha de tu vida lo sea de un equipo que habitualmente gane, porque si con lo que matrimonias es con un seguidor acérrimo del Compostelano F.C., tu vida puede ser muy dura.

Manuel es del Compostelano F.C., pero también del Madrid, que es una manera de curarse en salud o de arruinarse la existencia dependiendo de si los goles que mete uno compensan los que se deja meter el otro. Y luego está la selección, claro. Total, que entre unas cosas y otras, el lunes que no se levanta chungo, se levanta revirado.

-Buenos días, cariño...

-Serán para ti porque lo que es para Mourinho... ¡Contados tiene ese los días en el Madrid, te lo digo yo!

Claro que eso no quita para que siete días después esté dispuesto a encabezar una

colecta para levantarle un monumento al irascible portugués. Los amores y los odios del forofo son volubles pero intensísimos.

-¡Un fenómeno el tío! Con este tenemos la liga ganada, te lo digo yo.

Uno de los principales hándicaps que tienen los maridos abducidos por el fútbol es que todos son captadores por naturaleza, como los testigos de Jehová. Por eso, en cuanto tenéis el primer niño, te deja en el paritorio mientras te hacen el zurcido y vuelve a las dos horas, radiante...

-Mira, cariño, el bebé ya es socio del Compostelano F.C. ¡El 3.443!

-Ya. ¿Y por el Registro Civil has pasado?

-No, a eso ya irás tú cuando te quiten los puntos. Yo mañana a lo que voy es a hacerle del Madrid.

Desde el primer momento de su vida, el hijo de un hincha tiene que pasar por situaciones vitales que van forjando en su maleable carácter de infante, el de un futuro e indómito hincha.

Los padres forofofos son muy de ataviar al pobre niño con los colores de su equipo.

-Alicia, hoy vienen julio y Carlos a ver el partido en el Plus. Ponle a Rubén la camiseta de Ronaldo, que con lo gordo que está y lo pelón que nos ha salido es clavadito.

Y en cuanto van al cole les apuntan al equipo del colegio, que eso sí que es una tortura contra la que debería tomar medidas de una vez la Unicef

Para empezar, hay que levantar al niño a las ocho de la mañana del sábado, que eso sólo se lo haces porque sabes que, en una pelea cuerpo a cuerpo, no te va a poder partir las piernas. Después, haga frío extremeño o calor ecijano, lo enfundas en unos pantalones cortos y te lo llevas a correr como una liebre y a dar patadas a un balón, también como una liebre, porque con cinco años la técnica depurada no suele ser lo habitual.

El final de la mañana está cantado: el que no sale del entrenamiento llorando porque le han dejado chupando banquillo acaba berreando porque Jonathan le ha pegado un talonazo, o porque Martín le ha empujado, o porque su padre se ha peleado con el entrenador, que no suele ser precisamente un Vicente del Bosque.

Porque esa es otra: el forofo posee la habilidad de saber, eso sí, a toro pasado, lo que tenía que haber hecho el entrenador.

-Si en vez de sacar a Khedira, que a la media hora ya tenía una roja, hubiera puesto a Kaká en el medio campo, el segundo gol, que ha sido de saque de esquina, no nos lo meten. Te lo digo yo.

Otra cosa común a todos los forofos es su memoria selectiva. No saben dónde han dejado las llaves, pero en cambio recuerdan toda la alineación del Bayer Leverkusen, la fecha del cumpleaños de Maradona, el número exacto de goles que Raúl metió con la selección y el año en que el Compostelano estuvo a punto de ascender a tercera regional.

Tienen también la insólita habilidad no sólo de entender (que ya es mérito) sino incluso de distinguir a todos y cada uno de los comentaristas deportivos. Donde tú escuchas un alarido, ellos reconocen a José Ramón de la Morena o a Paco González, con la misma facilidad con que cualquier otro sabría si el que está cantando el «Nessun Dorma» de Turandot es Michael Buble o Karmele Marchante.

Pero lo que peor lleva Alicia son los partidos de Manuel. Porque, sí: Manuel, como otros muchos futboleros, no se limita a pegar botes en el sofá cuando ve los encuentros del Madrid (los del Compostelano F.C. no los televisan). También se empeña en jugar. Desde hace seis años forma parte de la alineación del Mercantil Club de Fútbol, equipo que formaron varios comerciantes del barrio y que cada primer domingo de mes se enfrenta con el Tetuán Fútbol Club, el equipo de los comerciantes del barrio vecino.

-Alicia, acuérdate de que mañana tenemos partido. A las once. Y prepárate porque este que te habla va a meter un par de golazos. Lo presiento.

-Yo es que había pensado en no ir mañana porque tengo que acercarme a...

-¿Que no vienes al campo? Pero, cariño, si tú eres la que me da suerte; si no estás en

las gradas no es lo mismo... ¡Ah!, y llévate unos bocatas contundentes para después, que el ejercicio me da un hambre...

Así que Alicia está a las once de la mañana del domingo sentada en la dura piedra de un campo de fútbol de cuarta con el resto de las mujeres de los «jugadores», para ver cómo su marido -recuerden: mousse en vez de tabletas- echa el bofe.

Los equipos de aficionados veteranos, como es el caso del Mercantil, suelen tener una serie de características, mínimas, por otra parte, que los diferencian de los profesionales de verdad. Por ejemplo, siempre está el que lleva la camiseta desteñida porque la ha metido en la lavadora con los pantalones vaqueros nuevos de su hija. Destaca entre la blancura de los demás porque va de azul bebé.

Después está el gordo. Siempre hay un gordo, que es el que se queda en medio del campo y que cuando pilla el balón, como no sabe qué hacer con él, se dedica a marearlo los tres segundos que tardan en quitárselo los contrarios. En el caso del Mercantil el gordo es Chus, dueño de la papelería El Plumier y de una papada que abulta lo que dos muslos de Xabi Alonso.

-¡Chuuuuuus! ¡Pásame, pásame! ¡A mí, a mí!... joderrrrrrrr!

-Nada, tío, que me la han quitado a traición...

Y encima, la mujer de Chus, que no parece darse cuenta de que en vez de un Sergio Ramos lo que tiene en casa es un Jesús Gil, es de las que se lo toman a pecho y pone verde al pobre árbitro, que es un chino de nombre impronunciable pero al que todos conocen como Centenario, porque fue el primero que puso en la zona un «todo a cien», ahora reconvertido en «todo a un euro y más».

-¡¡Fumanchuuuuuu!! ¡Que estás vendido, desgraciaoooo! ¡A ver si abrimos los ojos!

-Pero, mujer, cómo los va a abrir más si es chino.

-Me la suda.

Los encuentros entre el Mercantil y el Tetuán son la pesadilla de Alicia...

-¿Lo has visto, no? ¡Mano! ¡Va Centenario y me pita mano! Esto en la FIFA es sanción segura para el árbitro... ¡Mano!... Coño, si todos habéis visto que le he dado con el hombro...

-Sí, cariño.

-¡Un partidazo! Si no llega a ser por ese indocumentado, que a saber en qué campo de arroz habrá aprendido a arbitrar, les meto uno con efecto que ni Benzema...

-Desde luego, cariño.

-Y luego ¿te has dado cuenta? Esos tramposos del Tetuán han fichado al senegalés del top manta, que corre el tío como si le hubieran metido una guindilla en el trasero. ¡Claro, como está acostumbrado a que le persiga la Guardia Civil...! En total, con los dos camareros colom bianos del restaurante Grelos y Cachelos, el rumano del taller de coches, el ecuatoriano de la tintorería y los dos marroquíes del Kebab tienen más extranjeros que nacionales. La culpa de que no ganemos la tiene Caldera y sus papeles para todos. Te lo digo yo.

-Seguro, cariño.

Y así todos los primeros domingos de mes desde hace seis años.

«Y si pierde, malo -confiesa Alicia-, pero si gana es casi peor, porque vuelve todo el camino a casa cantando el "Waka Waka"».

Hay mujeres que, para evitar la angustia vital que puede producir la convivencia con un señor cuya mayor satisfacción consiste en que Casillas se lleve un pastizal por haber ganado el Mundial, se apuntan al «si no puedes vencerle, únete a él» y se hacen también forofas.

Son esas que se plantan un chándal de la selección y los domingos van al estadio a pegar berridos hasta conseguir abochornar a sus maridos, que están al lado con su casco de vikingo. Esas son terribles. Ahí está, sin ir más lejos, Teresa Rivero, que, según confesión propia, cuando plancha las camisas de sus trece hijos se imagina que le está planchando las pelotas al árbitro.

Por suerte para ella, Alicia no ha caído en la trampa. Más bien ha aprendido a sacarle partido a un marido que vive y muere por los colores de su equipo. Por eso, cualquier cosa importante que se supone que debe consultar con Manuel, se la plantea cuando él está sin pestañear delante de la tele viendo un derbi. Sabe que en esas circunstancias, la respuesta es siempre la misma...

-Haz lo que quier... ¡Uyyyyy! ¡Por la derecha, joder, por la derecha, que está Kaká solo, coño!... joder, joder joder! ¡Uyyyyy!... ¡iiGOOOOL!!!... ¿Penalti, cómo que penalti? iiiMecagoenla...!!!

Y cuando quiere fastidiar, sólo tiene que poner la lavadora y meter la camiseta del Mercantil con unos vaqueros nuevos.

EL MARIDO *WORKAHOLIC*



FICHA TÉCNICA

Animal de compañía: un Pc 6553 de Medion, con sistema de cuatro procesadores y 3 de memoria RAM DDR2.

Película favorita: Ciudadano Kane.

Bebida favorita: Redbull.

Canción favorita: ninguna (no tiene tiempo de escuchar música).

Historia de Susana

Ten los ojos abiertos antes del matrimonio
y medio cerrados después.

THOMAS FULLER

E

mpecemos por saber de qué hablamos: el perfil clásico del workaholic -o adicto al trabajo- es el de un hombre de entre treinta y cuarenta y cinco años, altamente cualificado. A menudo se trata de profesionales liberales, como abogados y consultores, que facturan por horas y tienen un alto poder adquisitivo, del que disfrutan muy poco porque el trabajo ocupa una posición absolutamente central entre sus prioridades, en detrimento del tiempo dedicado a la familia, a la pareja, a los amigos o a sí mismos.

Para entendernos, un taxista que trabaja catorce horas al día a pesar de que la ciática le esté matando no es un workaholic: es un asfixiado por las letras. El trabajador compulsivo lo hace por placer. Como lo cuento.

Aunque para el común de los mortales tal hipótesis resulte incomprensiblemente excéntrica, estos sujetos se alimentan no de hidratos de carbono, ni de proteínas ni de bífidos activos, como cualquier ser vivo, sino del estresazo que les produce el curro, y sufren un mono terrible en cuanto les despojas de su iPhone. En vacaciones cargan con agenda electrónica conectada permanentemente a internet, y en cuanto te despistas, te montan una sucursal de la oficina entre los chopitos y las patatas bravas del chiringuito.

Susana, que está casada con uno de estos, les llama maridos «compra, compra, vende, vende».

-Y encima ahora van a ampliar la cobertura de los móviles. Los de Movistar no tienen

corazón. Me imagino los viajecitos en avión que me va a dar Luis... Bueno, a mí y a todos los demás pasajeros, porque, en cuanto habla de trabajo, se pone como una moto y eleva el tono hasta parecer el de la tómbola de los hermanos Cachichi. Claro que al menos así no me montará el numerito del verano pasado, cuando, en mitad de una visita guiada a las cuevas del Drac, se dio cuenta de que no tenía cobertura y estuvo intentando comprar al guía con doscientos euros para que se tirase al agua y empujara la barca, a ver si así salíamos más deprisa.

Son muchos los que están convencidos de que el workaholic es un invento posmoderno, un producto propio de estos tiempos en los que la distancia se mide en minutos, la importancia en el gasto de la factura de móvil y la cultura en lo que tardas en consultar la Wikipedia, pero no es así: ha existido desde que el mundo es mundo. No hay más que darse una vuelta por la Edad Media, donde el guerrero normalito batallaba por los alrededores de su feudo y sólo a ratos, mientras que el que era adicto al trabajo se apuntaba a la guerra de los Cien Años haciendo gala de un optimismo verdaderamente loable.

En cuanto husmeas un poco por la historia de la humanidad te das de morros con decenas de personajes masculinos para los que el trabajo era una auténtica pasión con visos de obsesión: Leonardo da Vinci fue un workaholic en toda regla que, con tal de no estarse quieto, lo mismo inventaba la metralleta de repetición -si no es suya, será lo único- que agarraba unos pinceles y te pintaba la Mona Lisa; Lope de Vega no soltaba la pluma ni para ir al baño; Edison recuperó la soltería en dos ocasiones (las dos en las que sus ex le dieron a elegir entre ellas y sus inventos), y es bien sabido que Torquemada, en cuanto se ponía a achicharrar herejes, se emocionaba de tal manera que no había quien lo parara.

A ellos les llamaban hombres del Renacimiento, Fénix del ingenio y otras cursiladas, pero en el fondo lo suyo no era más que pura obsesión con su vida laboral, como si la Seguridad Social se lo fuera a agradecer después.

Lo más alucinante de todo es que estos tipos, que aparentemente sufren muchísimo -no duermen por las noches, se pegan unos viajes paliza que les dejan baldaos, se tienen que atiborrar de antiácidos y sudan un 32 por ciento más que la media-, en cuanto les

quitas todo eso se quedan en ná. Son felices siendo infelices y sólo están tranquilos si están de los nervios.

Vivir con un workaholic puede ser un incordio o un puntazo, dependiendo de lo que te importe el sujeto en cuestión. Si lo que buscas es un Mimosín que te achuche cada diez minutos, vas dada; ahora bien, si lo que pretendes es ser una mujer casada a la par que independiente, el workaholic es tu hombre. Estos maridos no es que respeten tu parcela de libertad: es que puedes hacer de tu capa un sayo siempre y cuando no le desenchufes la batería de su iPad para cargar tu Epilady. En ese aspecto son muy cómodos: su cuerpo puede estar contigo, pero su mente reside en un universo paralelo poblado de informes, clientes, márgenes de beneficio y cosas por el estilo. Nunca preguntan nada que no sea lo inevitable en el resto de los maridos -«¿Has visto mis llaves?», «¿Cómo se abre la maldita lavadora?» y «Cariño, ¿estos calcetines son marrones o verdes?»-, pero del resto, ni Pamplona.

El hombre workaholic pasa haciendo surf sobre los problemas domésticos; su cabeza está entregada a otra causa y cualquier tontuna circunscrita al ámbito familiar se la trae al fresco.

-Susana, échame una mano con la maleta, que mañana tengo que salir para Barcelona a primera hora.

-¿Mañana? Luis, te recuerdo que es la función de Nachete y que le habías prometido ir y grabarle en vídeo.

-¿Función? ¿Qué función?

-Bambi. Nachete hace de nube, y no veas lo que me ha costado pegarle el algod...

-Ya, ya, claro... para funciones estoy yo. Imposible. No veas la que nos han montado los de la central de Hamburgo con el albarán, que como no esté el pedido mañana antes de las ocho en la central de Caterpillar, los clientes se nos van al garete...

-Me parece muy bien, cielo, pero es que después habíamos quedado en salir para Albacete a pasar el puente con tu madre...

-¡Para puentes estoy yo!... Y, encima, el delegado de Hamburgo tiene la desfachatez de decir que el cambio de fechas en la entrega es un lío que nos hemos montado nosotros y todo porque el albarán de salida lo rellenó Hipólito Rivera, que mira que le he dicho veces que sus cinco parecen treses... ¡Coño! ¿Quién me ha desenchufado el móvil que tenía cargando en la mesilla?

-Yo, para cargar mi Epilady... O sea, que a Nachete le digo que mañana volverá a ser una nube huérfana de padre, y a tu madre que el besugo de tres kilos ochocientos que tiene encargado para comer el domingo mejor que lo congele en raciones individuales porque le va a durar todo el año, ¿no?

-No sé, cielo, id vosotros o invéntate algo, que a ti eso se te da muy bien, ¿vale?... Oye, ¿estos calcetines son verdes o marrones?

Uno de los problemas con los que se enfrenta cualquier mujer casada con uno de estos curro-adictos es el de tener que diferenciar si aquel chico estupendo con el que nos casamos se ha convertido en un workaholic real -es decir, que todo el tiempo que dice que le absorbe el trabajo es efectivamente así- o es un impostor, en cuyo caso las energías se las está absorbiendo otra que no eres tú ¡y a saber cómo se las absorbe!

No es obligatorio meterse en investigaciones profundas; es más, yo no las recomiendo a no ser que estés muy segura de ti misma y quieras asumir el riesgo; pero, incluso en el caso de que seas una sabuesa innata, cosa que no dudo, tampoco lo vas a tener fácil. Las nuevas tecnologías han dificultado muchísimo el espionaje casero: uno puede decir tranquilamente que está en una junta de accionistas mientras le toca el culo a la camarera de una whiskería. Los satélites y la fibra óptica no son una aportación que beneficie la fidelidad.

Una vez que ya estés segura de si tu marido es o no un workaholic genuino, puedes actuar en consecuencia: o te plantas con el consabido «O bajas el pistón o ya puedes ir pensando en ponerte una cama de tijera en la oficina» -ultimátum arriesgadísimo, equivalente a un triple si hablásemos de saltos mortales, que sólo se recomienda a quienes les importe un pimiento quedarse como opción desechada- o le pagas con la misma moneda, que es lo que hizo Susana, que estaba hasta las narices de ir al pueblo a

ver a sus padres sola con los niños.

Hacía la intemerata que, por unas cosas o por otras, Luis no pisaba por Argamasilla de Alba. Cuando no eran los de Caterpillar los que le obligaban a salir pitando en el puente aéreo en vísperas de un festivo, eran los de Ganuza S.A. los que le llevaban a salir al trote hacia Barajas porque el pedido de casquillos para bombillas que había llegado desde Rumania estaba retenido en aduanas. Siempre lo mismo.

Sus padres procuraban fingir que lo entendían, pero a las vecinas ya no había quien las convenciese de que ni se había separado ni intentaba ocultarlo.

La importadora de la que Luis era director comercial iba viento en popa, gracias sobre todo a la intensa actividad desplegada por él, que a base de sentirse responsable de sus propios cometidos y de los de los demás, había sido prácticamente abducido por su trabajo.

Ocho años antes, cuando nació Nachete -el tercero de sus hijos- casi por sorpresa, porque no se le esperaba, Luis empezó a meter horas extra en la oficina para con seguir el puesto de director comercial. Sin embargo, el hecho de obtenerlo no le hizo bajar el pistón; al contrario, empezó a asumir competencias a la velocidad de un alcohólico consumiendo birras hasta que el trabajo se convirtió en su único tema de conversación, de preocupación y de satisfacción.

Ya no eran sólo las visitas a sus padres: Susana sabía que ella y los chicos habían pasado a un segundo plano; que, para Luis, ir a hablar con el tutor de Jaime no era una cita que estuviera presente en su agenda; que las cenas en familia, los cinco juntos, habían pasado a ser una excepción; que a ella, en la próxima mañana de Reyes, le volvería a dar un beso de refilón y un sobre con dinero para que se comprara lo que quisiera porque él no había tenido tiempo de elegir un regalo.

Reconocía, eso sí, su parte de culpa. Al principio no se había quejado e incluso animó a Luis a mejorar profesionalmente porque ganaba más. A nadie le amarga el dulce de prosperar económicamente.

Sin embargo, los últimos años les habían distanciado sin que apenas se dieran cuenta de cómo había sucedido. Susana, que trabajaba a media jornada en una inmobiliaria, se

hacía cargo de los niños, de la casa y de la economía familiar, que para eso se había cogido las tardes libres sin sueldo. A Luis lo veía a la hora de cenar, si es que llegaba, cuando Jaime, Manuel y Nachete ya estaban acostados, y raro era el día en que no se quedaba todavía un rato levantado revisando papeles mientras Susana se iba a dormir como cuando iba de visita donde sus padres: más sola que un farero.

(Aquí hago un paréntesis para llamar la atención sobre el siguiente fenómeno, por si alguien no lo ha observado: las estanterías de los psicólogos están atiborradas de informes y estudios que demuestran la relación que hay entre el estrés del trabajador compulsivo y el escaso interés que este demuestra en la cama; pero, al mismo tiempo, esas mismas estanterías de esos mismos psicólogos revientan de informes y estudios que revelan que para los hombres, al contrario que para las mujeres, el sexo tiene mucho más de físico que de mental. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿El estrés es físico o mental? ¿Por qué un tío que se pasa cuarto y mitad del día sentado en un despacho con los tendones en posición de descanso, eso sí, dándole vueltas al coco como si fuera una chocolatera, luego pasa olímpicamente? Es necesario que alguien ponga un poco de orden en este tema. Cierro paréntesis).

Los años fueron pasando con Susana y Luis sumergidos en la dinámica. Sin embargo, un buen día, Nachete amaneció convertido en un adolescente granujiento, y Susana se dio cuenta de que ya no era imprescindible pasarse las tardes ocupándose de la prole y esperando a un marido en estado de ausencia permanente.

Ni siquiera se lo consultó a Luis: habló con su inmobiliaria, comenzó a trabajar a horario completo, y lo hizo con tanto ahínco que, en menos de tres años, ya se encargaba de la coordinación de cinco de las oficinas de la marca. Su horario laboral empezó a parecerse mucho al de Luis: cuando no tenía una comida con «sus» clientes, había que hacer un viaje de dos días para ver si captaba una ganga que después vendería a un tercero por unos cuantos miles de euros más.

La agenda de Susana comenzó a estar más cargada que Ernesto de Hannover en la feria de la cerveza. Ahora era ella la que tampoco tenía tiempo de ir al pueblo, la que se acostaba más tarde que Cristina Tárrega, la que se había olvidado de las vacaciones...

Un día, sin embargo, Luis llegó a casa a una hora totalmente intempestiva: las cuatro de la tarde. Por pura casualidad Cristina se había tomado el día libre y acababa de salir

de la ducha con la toalla enrollada en la cabeza y el albornoz de felpa.

-Hijo, qué susto me has dado... ¿Qué haces en casa a estas horas? ¿Estás bien?

-No. Estoy fatal.

La pregunta de Susana era puramente retórica, porque la cara de Luis no dejaba lugar a dudas.

-¿Qué pasa?

-Que me han jubilado.

-¿Queéé??

-Lo que oyes. Veinticinco años trabajando como un cabrón para la empresa y ahora se descuelgan con un ERE que nos deja en la calle a los que cumplimos cincuenta y dos este año. De la noche a la mañana me convierten en un trasto viejo. Unas palmaditas en la espalda, una indemnización... y si te he visto no me acuerdo. ¡Manda huevos!

-Bueno, míralo por el lado bueno -Susana iba improvisando sobre la marcha-. Por fin podrás dedicarte a tus hobbies y a tus cosas...

-Sabes que no tengo hobbies y mis cosas son las cosas del trabajo. Ya me dirás tú lo que voy a hacer ahora...

La jubilación de Luis se hizo efectiva cinco meses más tarde y con ella la vida de la familia Menéndez-Martín dio un vuelco de 180°.

Susana siguió con su frenético ritmo de trabajo, con la diferencia de que ahora, en cuanto abría la puerta de casa, se encontraba con un señor deprimidísimo que se había pasado la mañana haciendo crucigramas en pijama.

¡Jo, vaya horitas de llegar!

-Ya lo siento, pero es que la reunión se ha alargado. Resulta que en la oficina de Malasaña se han....

-¡Pues podrías acordarte de vez en cuando de que tienes una familia!

No es ni la primera ni la última fémica en tener que escuchar cosas semejantes de boca de un ex trabajador en paro forzoso.

-Ya veis -comenta Susana mientras se mete entre pecho y espalda un sándwich de atún con tomate y pimientos de Padrón, una de las especialidades de Maruja, la dueña del bar-cafetería Flores-. Somos la primera generación de mujeres que va a trabajar más años que sus maridos. Ya podéis preparaos, porque es verdad que yo con Luis me llevo ocho años, que son bastantes, pero todas sois más jóvenes que vuestras parejas, así que tarde o temprano ellos se jubilarán y esperarán pacientemente y con las camas sin hacer a que volváis a casa a prepararles la comida...

-¡Lo tienen claro! -se revela Blanca mientras le echa sacarina a su café descafeinado con leche desnatada. ¡A Fernando lo pongo yo a hacer la compra y a planchar, como está mandado!

-Pues mira -opina Begoña-, con un poco de suerte, para cuando Berto se jubile su madre todavía está en danza y se puede ir todas las tardes a darle la tabarra por las veces que nos la da ella a nosotros...

-Lo que tienes que hacer es buscarle alguna ocupación que le tenga entretenido -remata Lucía, que como está casada con un psicopedagogo dice las obviedades con la misma autoridad que si fuera Moisés revelando los diez mandamientos.

-Pues tú me dirás, porque no le veo yo a Luis practicando bailes de salón ni interesándose por el Ikebana.

-No, mujer -puntualiza Lucía, ya metida de lleno en su papel de arreglavidas-. Tendría que ser algo que se pareciera de alguna manera a lo que ha hecho toda la vida.

-¿Correr detrás de los de Caterpillar?

-Hija, sí que estás espesa hoy... Me refiero a algo que le mantenga con la ilusión de que todavía va a poder usar traje y corbata, que es lo que en el fondo les gusta a todos: ponerse el traje a regañadientes y que el móvil no les deje de sonar.

Hay veces en que el destino, el azar, los hados y las plegarias a los santos dan resultado, y en el caso de Susana el milagro llegó en forma de comunidad de vecinos.

-Mano de santo, chicas.

Susana, para celebrar que Luis se ha vuelto a convertir en el workaholic que era, se ha pedido un capuchino doble con bola de nata.

-Así que presidente de la comunidad, ¿no? -se interesa Blanca, fiel a su café descafeinado («Ya sabes, Simón, yo con sacarina»).

-Un milagro, en serio. Y encima el resto de los vecinos felices de quitarse el muermo de encima...

¿Y con eso ya está entretenido?

-No veas... en dos semanas ha cambiado los maceteros del portal, ha pedido tres presupuestos para cambiar las bombillas de la escalera por otras de bajo consumo, le ha restringido al portero el gasto en limpieasuelos, ha optimizado la recogida de basuras y ha intervenido como mediador cuando Ricardo, el del cuarto C, le inundó el salón a la viuda que vive debajo (por lo visto, abrió el tambor de la lavadora sin que hubiera desaguado). Y eso sin contar las veces que se ha reunido con el administrador, que el pobre hombre debe de estar al borde del colapso nervioso, porque Luis, cuando se pone, se pone.

-Pero está contento, ¿no?

-¡Feliz! Y yo más... ¿Os confieso una cosa? El tiempo que Luis estuvo de brazos cruzados llegué a pensar seriamente en el divorcio. Me encontré con un señor que, sin su traje y sus prisas, se había transformado en un absoluto desconocido; no encontrábamos temas de conversación fuera de nuestros trabajos, no compartíamos aficiones porque ni siquiera las teníamos; nos habíamos ido metamorfoseando el uno a los ojos del otro pero sin vernos y nos habíamos separado sin estar juntos.

»Sin embargo, ahora, vuelve a ser el mismo, con sus comidas de coco (antes se preocupaba por un pedido de un millón de euros y ahora lo hace porque se ha atascado la bajante del garaje, pero con la misma intensidad) y manduqueando al portero como antes

manduqueaba al bueno de Hipólito Rivera. Ese es el Luis al que yo estoy acostumbrada y el que echaba de menos.

»La verdad, chicas, es que me he pasado media vida pensando que su adicción al trabajo era la que nos había distanciado, y, sin embargo, ahora empiezo a convencerme de que es lo que de verdad nos ha mantenido unidos. Somos tan distintos que, de haber tenido que convivir más estrechamente, nos hubiéramos separado hace años. Así que, queridas amigas, ¡viva el workaholismo, gracias al cual cientos de matrimonios siguen juntos porque el trabajo les impide tener tiempo de tocarse las narices mutuamente! He dicho.

Y acto seguido Susana, en un gesto de generosidad que venía a demostrar fehacientemente que su felicidad era auténtica, se pagó una ronda de Benjamines, para gran contento de Simón y, sobre todo, de Maruja, que es la que lleva las cuentas.

EL MARIDO MANAZAS



FICHA TÉCNICA

Ídolo: Christian Pielhoff.

Película favorita: Esta casa es una ruina.

Bebida favorita: el destornillador.

Libro de cabecera: Manual de primeros auxilios de la Cruz Roja.

Historia de Isabel

Las esposas y los maridos
por sus obras son queridos.

ANÓNIMO



uando Dios decidió crear este pedazo de confeti en el que vivimos, también resolvió -muy injustamente, en mi opinión- que en vez de hacernos a todos perfectos como Halle Berry o el chico del calendario Pirelli, que poco le hubiera costado, le iba a dar mucho más juego repartir defectos y virtudes a bulto. Creativo que se levantó ese día.

Por eso, hay guapos y feos, generosos y agarrados, limpios y sucios, vagos y maleantes... Y también, por esa misma causa, hay hombres habilidosos de natural que lo mismo te convierten un pedazo de neumático en una ducha de teléfono, que hacen velas de tus bandas usadas de cera fría, y hombres incapaces de dar al interruptor de la luz sin que salten los plomos de toda la manzana.

Si te ha tocado uno de los primeros, tu vida puede ser un camino de rosas; si lo que tienes al lado es uno de los segundos, estás perdida. Esa es la principal diferencia entre un manitas y un manazas.

Al marido manazas se le reconoce rápidamente porque es el que siempre se mancha la pechera en los restaurantes. Esta clase de cónyuges son como una maldición gitana porque a su torpeza innata les suele acompañar -de nuevo nos encontramos con esos insondables misterios de la vida- una fuerza que no son capaces de controlar, una dosis considerable de gafe y un afán desmedido, a la par que incompresible, por ayudar al prójimo, que cada dos por tres acaba envidiando al santo Job con todas sus plagas

encima.

Está comprobado empíricamente que si tu marido torpe se ofrece voluntario para abrir una lata de sardinas, además de quedarse con la argolla en el dedo y tirarse por encima el aceite, se abrirá un tajo en la mano de quince centímetros de trayectoria, aunque la tapa sea de papel encerado. Es inevitable. Lo que para cualquier otro es un mero trámite, en él puede convertirse en el argumento de un vodevil de cuarta.

-Así que Ricardo le tiró la bandeja al camarero encima del señor de la mesa de al lado...

-Sí. Tres platos de espagueti carbonara que le entraron por el cogote al pobre.

-Pues el hombre soltaría por esa boca lo que no está escrito...

-No, porque era el Cardenal Primado de Toledo.

-¡La leche!

-Ya ves.

Pocas cosas hay más temibles que tener a uno de estos desmañados suelto por la casa. En el momento en que coge el taladro para colgar un cuadro puede ocurrir cualquier cosa: desde que el ayuntamiento te denuncie por acoso y derribo de medianera, hasta que le tengan que poner una mano de pega para reponer la que se ha amputado. Y la cosa es que nunca se rinden...

Ricardo, ¿no crees que sería mejor llamar a un pintor?

-Quita, quita... para que nos cobre un ojo de la cara... Esto lo pinto yo en una tarde...

-Acuérdate de cuando empapelaste el comedor sin quitar las alcayatas de los cuadros... o de cuando te empeñaste en igualar las patas de la cama con la lijadora.

-¿Qué pasa? ¿Y lo que presumes de futón con tus amigas, qué?

... O cuando pusiste doble burlete a la caseta de Tristán para que no tuviera frío y el

pobre animal se quedó sin oxígeno.

-Joerss... Matas un perro y te llaman mataperros...

A estos maridos hay que mantenerlos alejados de la tele cuando dan programas como Bricomanía. Alguien debería decirle a Christian Pielhoff que lo suyo no es bricolaje: es apología del terrorismo casero.

-Isabel, súbeme del trastero la cuna del niño, las luces del árbol de Navidad y la Black & Decker, que verás qué mueble-bar más chulo te hago en una tarde...

Para echarse a temblar.

Lo dramático del caso es que Ricardo, que ha nacido sin la virtud de la maña, es un chapuzas vocacional. Lo lleva en la sangre. Es a lo que me refería con lo de que Dios repartió sus gracias al tuntún. Si se hubiera parado a pensar un poquito en los gustos de cada uno, el mundo sería un lugar mucho más agradable: Alaska afinaría, Mila Ximénez tendría cuerdas vocales en vez de estropajos y Liberto Rabal sabría actuar... Pero no; a todos ellos les ha privado de los instrumentos básicos necesarios para poder desarrollar su vocación.

Algo parecido es lo que pasa con Ricardo, que a pesar de tener unas manos inhábiles como muñones, le gusta todo lo que requiera un mínimo de la destreza de la que él está privado: las maquetas de barcos fenicios, los puzzles de mil piezas, la mecánica del automóvil... Su incompetencia, sin embargo, no le hace desistir y cada dos por tres aparece con un nuevo fascículo de la colección Bricornanía -no contentos con dar ideas por televisión, Pielhoff y sus secuaces también editan en fascículos sus fantásticos consejos para convertir cunas en «muebles-bares»- y otro estupendo proyecto en mente.

-Isa, ¿tú no querías unas baldas en la cocina?

-Sí. Dos para las especias al lado del extractor... He visto unas en Leroy Merlin que yo creo que tienen el tamaño perfecto.

-Bah, bah, bah... Déjate de Leroy Merlin, que con lo que queda de la cuna y los trozos que sobraron de las patas de la cama te hago yo unas baldas de categoría.

Isabel tiene que lidiar constantemente con las chapuzas de Ricardo, que además de poner en constante peligro su integridad física, le cuestan un ojo de la cara, porque, al estropicio correspondiente, hay que sumarle lo que cuesta después que se lo arregle un profesional, que en estos casos siempre termina cobrando más del doble de lo que hubiese cobrado si se le llega a llamar desde el principio: «Pues verá usted... Sacar la puerta de su jamba y colocarla otra vez del derecho son cuarenta y cinco euros; ahora bien, cambiarle las bisagras, que se las han puesto ustedes todas del revés, arrancar la silicona que le han metido a los tornillos rosca-chapa para fijarlos y barnizarla para que no se noten las marcas, eso ya son horas de trabajo y le sube a trescientos setenta y cinco».

-La culpa la tienes tú -le riñe Natalia a Isabel mientras picotean los panchitos que Simón les ha puesto para acompañar las cañas-. Si no fueras por detrás arreglando sus desaguizados, otro gallo te cantaría...

-¿Y qué quieres que haga? -protesta Isabel-. El pobre le pone tanto empeño y se queda tan satisfecho que luego me da pena decirle que he tenido que llamar a un profesional del ramo para que haga lo que se supone que él ha hecho, pero en bien...

Y es que Isabel se cita con carpinteros, albañiles, fontaneros y electricistas a espaldas de Ricardo, que sigue convencido de que las baldas de la cocina las ha colocado él...

-Coño, Isa, cada vez que veo esas baldas yo mismo me asombro de lo bien puestas que están..., y eso que estuviste toda la tarde dándome la matraca: que si por el agujero del taco cabía un rollo de papel higiénico, que si me iban a quedar torcidas... Ahí las tienes... Y a ojo que las coloqué, ¿eh?...

Un lugar al que Isabel teme más que a un nublado es Ikea, con esas pilas de muebles sin montar esperando a que todos los manazas del mundo se crean que la ebanistería fina es Jauja. Eso es como ponerle a Falete delante de un surtido de ibéricos: la atracción es irresistible. No hay marido que no esté convencido de que es capaz de montar una boiserie con la ayuda exclusiva de una llave Allen.

-Nena, mira qué mesa de cocina he comprado... -Ricardo entra por la puerta con un tablón de metro setenta por dos, perfectamente embalado-. Espera, que bajo al coche a

por las patas y te la monto en un momento.

Los momentos Ikea, en general, y en el caso de Ricardo en particular, suelen desarrollarse de la siguiente manera:

«Vamos a ver... primero, lo desembalo todo para aclararme... Ya está... ¡Coño!».

-¡Isaaaaa! ¿Me puedes traer el celofán? ¡Es que al cortar el cartón con el cúter me he cargado el papel de las instrucciones...!

«Bueno, ya está, instrucciones pegadas. Ahora el tablón en el suelo, eso es, como en el dibujo... ¡Coño!».

-¡Isaaaaa! ¡Ven a ver qué le pasa a la lámpara de pie, que le he dado un golpe sin querer y me parece que se ha roto...!

«Vale. Ya está. Después hay que poner las patas con uno de los tornillos M0777-3... ¡Coño!».

-¡Isaaaaa! ¡¿No te habrás llevado con los trozos de lámpara un paquetito con tornillos?!... ¡¿En la basura dices?!... ¿Te importa mirarlo tú, nena? ¡Es que si dejo esto ahora se me líía todo el invento! ¡Ya sé que hoy hemos comido macarrones y que la basura está asquerosa, pero tenemos que encontrarlos!... ¿Que no están? ¿Seguro? Bueno, pues acércame la caja de herramientas que a lo mejor tengo por ahí algún otro tornillo que encaja.

«Ya está... No son exactamente del mismo tamaño pero con un par de martillazos... ¡Coño, se ha torcido!... ¿Y esta raja?... Bueno, como va por debajo, no se nota. Ahora, los raíles del cajón. Estos van a presión... A veeer... ¡Clac!, perfecto, esto ya no lo desencaja ni Dios... Damos la vuelta a la mesa... ¡Coño!, los tornillos que no aparecían, mira dónde estaban los cabritos...».

-¡Isaaaaa! ¡Ven a ver la mesa, que ya está! ¿Qué? ¿Qué te parece?

-Cojea un poco ¿no?... A ver el cajón de los cubiertos... ¡¡pero si se abre hacia abajo!!...

-¿A veeer?... Coño, pues es verdad. Te juro que no entiendo nada porque he seguido las instrucciones al pie de la letra...

-Pues ya puedes ir dándole la vuelta.

-Va a estar complicado... Una vez que el cajón hace clac, no hay quien lo desenganche... Pero, bueno, siempre lo puedes utilizar como tabla para cortar verduras...

-¿Y los cubiertos?

-Sin problema: mañana mismo vuelvo al Ikea, y con dos clavitos de nada te coloco una barra imantada para que los pegues...

Las chapuzas del marido manazas se van encadenando unas con otras.

-¿Natalia?... Soy Isabel; oye, que hoy no puedo pasarme por el Flores. Estoy esperando al del seguro... Nada, chica... Ricardo, que ha hecho un empalme en el cable de la lámpara de la mesilla. Como no tenía cinta aislante se le ha ocurrido utilizar una tiritita, se ha quemado la gasa y el chupinazo ha provocado un cortocircuito que me ha fundido el motor de la lavadora. ¿Qué?... No, no, funcionando, funcionando, pero como resulta que él no lo sabía, al oler a quemado ha abierto el tambor.... Sí, sí: cincuenta y cinco litros de agua... El parquet se ha ondulado como una ruffles y la vecina de abajo tiene una mancha de humedad del tamaño de la plaza de toros de Ronda...

Lo más admirable de Ricardo es que, aunque todos los amigos saben que es un manazas y por lo general huyen de él como de la peste, de vez en cuando se dejan convencer...

-Que sí, Natalia, que yo te monto el armario, de verdad, que no me cuesta nada, en serio.

-¿Estás seguro, Ricardo?

-Coño, si los muebles de Ikea no tienen ningún problema... Díselo, Isa, dile cómo me ha quedado la mesa de la cocina...

-De cajones.

-No... -duda Natalia-. Si yo te lo agradezco mucho porque el aprovechado del carpintero me pide doscientos euros por armarlo, y entre lo que he tenido que soltar de fianza por el apartamento nuevo y el viaje a Minneapolis para ver a Walter, que lo he pagado por adelantado, la verdad es que este mes voy asfixiada...

-Así que a ver a Walter, ¿eh? -Isabel está fascinada con la historia de amor a distancia de Natalia con un informático que trabaja para la scientific-wellness.org, y gracias al cual se enteró de que su ex le ponía los cuernos cuando todavía no era su ex.

-Es más mono... Oye, ¿y tú qué te pondrías para impresionarle al bajar del avión? ¿Me pongo el sastre de Carolina Herrera, en plan ejecutiva rompedora, o las botas altas con la faldita de Amaya Arzuaga...?

-Bueno, chicas, que os dejo. Me voy a ver si el DVD me ha grabado el Bricomanía de hoy... ¡Simón, cóbrame!... Entonces el sábado, a eso de las diez, me paso por tu casa y te monto el armario, ¿vale?

-Vale, vale....

A los manazas no siempre les salen las cosas mal. Hay veces, en las que, incluso, les salen casi bien. No es el caso de Ricardo. Natalia tiene su armario con los cajones hacia arriba, lo cual ya es un logro. Lástima que no los haya podido ver antes de irse a Minneapolis porque, como Ricardo le ha puesto las bisagras de las puertas al revés, hasta que no vuelva y llame al carpintero para que las arregle, el armario no se puede abrir.

EL MARIDO TRISTE



FICHA TÉCNICA

Película favorita: cualquiera en pakistaní y con subtítulos.

Música: la misa de Réquiem en re menor de Mozart.

Libro de cabecera: Los cipreses creen en Dios y las Crónicas de Plinio el Viejo.

Prenda favorita: traje de tres botones en color topo.

Bebida favorita: drambuie.

Historia de Jimena

Los hombres casados
son horriblemente aburridos cuando son buenos maridos,
y abominablemente presumidos cuando no lo son.

OSCAR WILDE

Hay una verdad dolorosa que toda mujer que esté interesada en este capítulo debería asumir: si tienes un marido que demuestra la misma alegría de vivir que un ratón embalsamado, la culpa no es suya por ser como es, sino tuya por casarte con él.

Seamos realistas: el triste no se hace, nace; por lo tanto, ya era un muermo cuando le conociste, así que si te ha caído en suerte uno de estos y no te has dado cuenta hasta ahora, eso es porque en el momento de tomar una de las decisiones más importantes de tu vida -como es la de aceptar que alguien te vea a cara lavada todas las mañanas ad eternum (o ad divorciurn, según los casos)- estabas muy sola o muy ofuscada, o muy desesperada, o lo suficientemente enajenada como para no darte cuenta de que entre todo el surtido de la caja de galletas masculinas te estabas liando con el equivalente al polvorón.

Este tipo de marido, de escrupulosa prudencia, entrecejo resignado y, en general, poco sobrado de músculo -los gimnasios conllevan cierto jolgorio que no encaja con su personalidad-, suele tener un pasado inexistente en lo que al capítulo de emociones fuertes se refiere. Desde su nacimiento se caracterizan por ser infantes circunspectos de esos que encantan a las madres porque no tiran arena en la playa ni se comen la caca de los perros.

Con un poco de esfuerzo y ateniéndonos estrictamente a la disciplina de la observación, podemos llegar a pronosticar qué clase de marido se incubaba en cada bebé con el que nos cruzamos, y a estos se les detecta porque hablan poco y bien y van con bombachos y blusita con pechera de nido de abeja sin ensuciarse ni berrear como patos.

En la adolescencia, el futuro marido triste es de los que matan el fin de semana en el cine-fórum parroquial, organizan su colección de sellos o salen a dar salutíferos paseos por el campo vestidos de boj, scout y con los kleenex en el bolsillo. En su madura juventud, aparte de estudiar como una mula, se encontró contigo un día tonto en el que no se sabe por qué caíste, pero caíste; y desde que os casasteis la mayor aventura que habéis corrido juntos es la del día que os quedasteis sin gasolina en la carretera de Tielmes a Perales del Tajuña y tuvo que remolcaros un tío con una Mobilette.

Claro que, como no todo va a ser malo, la ventaja que tiene compartir techo con un marido con un tercio del volumen de sangre de un adulto medio es que molesta poco; la rutina es su credo y el equilibrio perpetuo la brújula que marca su norte.

El triste no se fija grandes metas -a veces ni siquiera medianas- y deja que la vida fluya sin alteraciones, huyendo de las sorpresas como lo haría un perfumista ante una mofeta. No te hace latir el corazón como si lo agitasen con un Slender Shaper, pero a cambio sabes que no morirás de un infarto por su culpa. Sólo es apto para mujeres amantes de la elaboración del alioli con mortero y que aspiren a tener una vejez larga y tediosa con la que aburrir también la infancia de sus nietos, a los que tendrá que contarles una y otra vez lo de la carretera de Tielmes y la Mobilette a falta de más material.

Y es que el aburrimiento es el santo y seña del triste, que a todo le verá una pega y para el que todo lo que no sea lo de siempre entraña el peligro de no acabar bien.

Jimena no ha hecho alioli en su vida, pero a cambio ha montado un emporio empresarial y se maneja en las relaciones públicas con la soltura de un remero de Oxford manejando un bote en el estanque del Retiro. Sin embargo, Arturo, su marido, es más triste que un funeral portugués. Agua y aceite, vamos.

Su historia compartida no tuvo, por lo menos al principio, nada de especial. Se

conocieron cuando estudiaban los dos cuarto de carrera. Ella era la delegada de clase y la editora del periódico de la Facultad de Farmacia, carrera que a estas alturas todavía no sabe muy bien por qué eligió. En cuanto quedó finiquitada, se metió a trabajar en un estudio de publicidad en el que aprendió a camelarse al personal, que es en el fondo para lo que ha nacido y hace divinamente.

Arturo, por el contrario, sí sabía lo que buscaba: hacerse cargo de la farmacia de su padre, de la que su madre no se quiso desprender al enviudar y que tenía alquilada desde hacía ocho años a la espera de que «el niño» acabara sus estudios. Jamás se planteó otra cosa en esa desapasionada y escueta familia de dos.

Las amigas se lo advirtieron a Jimena en cuanto se enteraron del romance.

-¿¿Con «el seminarista»??

El mote no era muy original, pero ya se sabe que entre estudiantes los apodos suelen ser bastante básicos: «el desdentado» para los que les falta un diente; «el largo» para todo el que sobrepasa el metro noventa y «el macizo» para el que está macizo, que suele ser uno.

-¡¡Pero si es un pringao!!

El argumento era contundente a la par que certero, pero ya se sabe que las amigas tienden a infravalorar al novio ajeno, unas veces por envidia y otras con más razón que un santo.

En este caso llevaban razón, pero Jimena, poseída por esa alocada pasión, propia de cuando se tienen veintiún años, que convierte en irresistible a un tío que con veintitrés lleva los calcetines completamente estirados y tiene menos hombros que una aceituna, se quedó convencida de que se lo decían por envidia cochina.

Jimena -que es una rubia muy a lo Dolly Parton, de cintura imposible, nariz pecosa, uno cincuenta y dos de estatura, todo energía y risa fácil- se casó con Arturo en Los Jerónimos (ella con velo de tul ilusión y él con el chaqué de herencia paterna) para contento de su madre -«Un chico formalísimo, con farmacia propia y el porvenir asegurado»- y el escepticismo generalizado del resto del público asistente a la ceremonia

nupcial.

Al principio no les fue mal. A pesar del carácter agorero de estos sujetos, que no sólo son amantes de vaticinar lluvias abundantes para las celebraciones familiares y pertinaces sequías para las batidas de pesca con mosca, sino que además generan tal cantidad de neuropéptidos negativos que generalmente aciertan, Arturo tenía la virtud, por otra parte muy propia de estos especímenes, de ser un hombre previsible: poleo-menta para desayunar, agua de Mondariz en las comidas, vestuario siempre en la gama del gris pizarra al marrón chufa (a los tristes los colores vivos les provocan una reacción similar a la que sufría Vlad el Empalador ante la visión de una ristra de ajos) y pijama de cuello esmoquin.

Por las tardes salían al cine, iban a visitar a la madre de Arturo, una anciana encantadora -todavía hay mujeres que a los sesenta se empeñan en ser unas ancianas-, pese a que su mayor y única distracción era la de pasarse las tardes jugando a las siete y media; y, muy de vez en cuando, quedaban con alguno de los amigos de Jimena, con los que Arturo hacía menos liga que Paquirrín con Tatuara Falcó.

A los ocho años de matrimonio sólo les quedaba el cine.

Para entonces ya habían nacido Arturito, Rosalía y las mellizas; a doña Amalia, madre de Arturo, la habían tenido que ingresar con un Alzheimer de caballo en una residencia -donde se le olvidaron por completo las reglas del juego de las siete y media, pero a cambio se jugaba hasta las enaguas al póker farolero al que le enseñó otro residente que en su juventud se había dedicado a dejarse hasta las pestañas en los casinos y para el que resultó ser una lince-, y como era de esperar, las reuniones con los amigos habían quedado relegadas a un plano remotísimo por no decir inexistente.

A falta de otra diversión, Jimena y Arturo tuvieron, en los siguientes once años, otros cuatro hijos más que mantuvieron bastante ocupado ese pedazo de vida de Jimena que el trabajo le dejaba libre, y, según estos fueron creciendo, cada miembro de la pareja fue cultivando su propio mundo: el de ella, repleto de reuniones, clases de yoga, viajes de fin de semana con las amigas y saraos diversos; el de él, girando en torno a su colección de soldados de plomo de la Segunda Guerra Mundial, la poesía del Renacimiento francés en versión original y el descafeinado con leche de soja de las siete de la tarde.

Todo muy ordenado, muy correcto, muy civilizado... hasta que Jimena descubrió que hay hombres diferentes, y lo más diferente que encontró fue su profesor de yoga.

René, un uruguayo de color canela y culo perfecto de discóbolo, era todo fibra y mundo interior, cualidad que sin embargo no le privaba de bailar salsa con un inconfundible estilo Chayanne. Ajimena le volvió loca su sonrisa, más por lo permanente que por lo perfecta, y la electricidad que circulaba por sus tendones de gato, duros y cálidos como cables de terciopelo.

En cuanto René la llamó «princesa», Jimena perdió el oremus y ya no pudo pensar en otra cosa que en marcharse con él a vivir un amor de los que se recuerdan en las familias durante generaciones no sin cierto escándalo. No sólo se planteó la separación, sino que se lo dijo a Arturo un día cualquiera al volver de la clase de yoga mientras el susodicho hacía el sudoku de La Nueva España en batín de felpa.

-Arturo, te informo de que me voy a separar de ti.

Jimena no es de las que se andan con florituras ni soliloquios cuando se trata de pasar un mal trago. Él la miró por encima de las bifocales, pasó la página y, como es de poco aspaviento, se limitó a preguntar.

-¿Y eso?

-Porque eres el tío más plomo del planeta.

¡Ya está!, lo había dicho. Los dieciséis años de incomunicación se pincharon como un globo en el interior de Jimena y una sensación de liviandad se le empezó a instalar entre la cuarta y quinta intercostal, que es donde a ella se le había atascado su matrimonio.

En contra de lo que explican los tratados de anatomía occidentales, las sensaciones, mayormente las desagradables, se nos van acumulando en distintas partes del cuerpo, de manera que hay quien lleva el estrés como un fardo apoyado en el codo, o la tensión laboral en los gemelos provocándole unas rampas de espanto.

Jimena llevaba el peso muerto de su matrimonio -con un hombre al que se le escuchó reír por última vez cuando Marisa Naranjo se equivocó dando las campanadas- tres dedos a la derecha del esternón, que de pronto se vio semiliberado de semejante lastre,

aunque no llegó a liberarse del todo, porque la respuesta de Arturo no fue la que ella esperaba.

-Eso no es un motivo serio.

Y siguió leyendo el periódico como si nada.

Hay que reconocer que, ante semejante salida, hay muy pocas cosas que se puedan hacer. Concretamente dos: o te das la vuelta como si tan pírrica conversación no hubiese tenido lugar y renuncias a la salsa y a los cables de terciopelo, o haces la maleta y te largas antes de que tu marido acabe el sudoku y pase a la sopa de letras.

Jimena no hizo ni una cosa ni la otra... O, mejor dicho, hizo las dos al mismo tiempo. A base de darle vueltas al asunto, llegó a la conclusión de que un tío con el escaso empuje de Arturo nunca sería capaz de hacer el equipaje, buscarse un piso, renunciar a su butaca y empezar una nueva existencia lejos de sus libros, de los soldados de plomo y del universo inmutable que se había construido a lo largo de más de tres lustros.

Ella tampoco estaba dispuesta a renunciar a su territorio, a esa casa que tanto esfuerzo le había costado encontrar y en la que crió a sus hijos, ni a sus hortensias en la terraza, ni a las cortinas que se trajo de un viaje a Estambul, ni a ninguno de esos pequeños detalles que transforman un piso en un hogar, ni, por supuesto, estaba dispuesta a renunciar a su yogui bailarín, así que lo que hizo fue buscar una casa de características similares, comprarla, decorarla prácticamente igual que la suya, llenar el frigorífico con jamón de pavo y agua de Mondariz, trasladar la biblioteca y el guardarropa de Arturo al completo, y comunicarle por el móvil, una mañana mientras él estaba en la farmacia, primero: que desde ese momento su domicilio -el de él- se había trasladado de Diego de León a Juan Bravo -dos calles más allá-, y segundo: que tenía las llaves en la portería y que no se molestase en volver a su antigua casa porque gracias a Dios todavía se podían encontrar cerrajeros diligentes capaces de cambiar la cerradura de la puerta en un pispás.

A pesar de la brusquedad del mensaje y del shock inicial de Arturo, que se encontró de sopetón como un conductor de tren habituado a la suavidad de las vías férreas al que de pronto se le obliga a transitar por un pedregal, la zadas. separación fue de las que se conocen como civili

Esa es otra ventaja de los tristes: tienen tan poco arranque que ni siquiera en los momentos difíciles oponen demasiada resistencia a los acontecimientos adversos y suelen resignarse a los designios del destino con la mansedumbre de una Lassie. Es más: en el fondo, Arturo agradeció secretamente la decisión de su ya ex que le ofreció la excusa precisa para regodearse en su taciturnidad, refugiarse en sus libros y limitar el contacto con el resto de la humanidad al siempre correctísimo trato con la clientela de la farmacia que, por lo general, no solía tener las ganas de juerga de Lady Gaga.

Jimena, por su parte, se dedicó en cuerpo y alma a su yogui: lo mismo aprovechaban para irse a Grecia un fin de semana que a un retiro ayurvédico en Talavera de la Reina; se compró un cabriolet rojo, que era el coche opuesto a los que había compartido con Arturo -todos sedán, todos de color gris, todos iguales-, y convirtió a René en el alma de sus fiestas, en las que el yogui-bailarín asombraba a los invitados, ora con un frenético moví miento de caderas a ritmo de mambo, ora con intrincadas posturas de faquir en las que era capaz de rascarse las orejas con los dedos del pie.

Así estuvieron casi tres años en los que Jimena creyó haber recuperado parte de aquella juventud malgastada con el rey del sopor... aunque no toda, porque había algo que no funcionaba entre ella y René.

-¿¿¿Que en tres años no has tenido ni un sólo orgasmo??? -Olga, una de las íntimas de Jimena, no daba crédito a la confesión que le acababa de hacer su amiga. Prueba de lo impresionada que estaba era que había dejado la mano con el churro a medio camino entre su boca y la taza, y eso que los churros del bar-cafetería Flores son de los que no admiten pausa.

-Ni uno.

-¿Y cuando vivías con Arturo?

-A manta.

-¿Me estás diciendo que mandaste a la porra un matrimonio de veintidós años con Arturo, que sí, que es más soso que una tiza, eso no te lo voy a negar, pero que por lo que me cuentas en la cama se tomaba su interés, por un tío con el que nada de nada?

-Más o menos -asintió Jimena.

-¡Lo tuyo es de juzgado de guardia, bonita!

-¿Tú crees?

-Ya te digo... ¡Simón, llévate el chocolate y sírvenos un par de cubatas, que esto es muy fuerte!

La absoluta rotundidad de la afirmación de Olga tuvo en Jimena el efecto de las tenazas de un dentista sobre una muela cariada. No es lo mismo intuir que has estado haciendo el canelo que escuchárselo decir a tu mejor amiga.

A partir de ese momento, y aun sin quererlo, ajimena se le puso en marcha la bobina de los recuerdos y se dio cuenta -eso sí, tarde- de que una vez vivida la experiencia, quizá no había merecido la pena cambiar a un hombre que, en efecto, contase lo que contase siempre parecía que estaba leyendo el prospecto de un medicamento, pero que por las noches era capaz de transformarse en un amante exquisito, por otro de cuerpo engrasado pero que, a la hora de la verdad, le oxidaba la pasión.

Aquella noche se miró en el espejo y, aunque le costó, terminó por reconocerse como una mujer insatisfecha intentando amoldarse a un mundo que ella creyó mejor que el que había tenido hasta entonces, pero que no era más que un espectáculo circense sobre el que había intentado reconstruir su autoestima; una exhibición de fuegos artificiales con la que se quiso recompensar por todos los años de monotonía diurna acumulada.

A los seis días, y después de pensárselo mucho mucho, de apuntar en un folio los pros y contras de su relación con René, y de observarle no ya con ojo de mujer enamorada sino más bien con la frialdad de un forense ante el cadáver que está a punto de diseccionar, Jimena llegó a la conclusión de que su yogui era muy poco pollo para tanta paella.

Y al igual que cuando se separó de Arturo, se le plantó delante sin titubeos, rompió con él sin ningún remordimiento de conciencia, hizo cuentas, constató que aquel noviazgo había sido una penosa inversión económica, regaló los cedés de meditación que se le acumulaban en la estantería de la habitación a la dependienta de la herboristería

y los de la colección «Para-que-no-pares» de merengue y salsa romántica a su hija Rosalía, que era la más bailona de toda su prole, cambió las sábanas y las toallas por unas nuevas, compró media docena de ambientadores para eliminar el olor a incienso y a papaya que acompañaba a René y se dispuso a hacer borrón y cuenta nueva y a seguir con su vida de separada madura, dividida entre su agencia y el cuidado de sus tres hijos menores que, dicho sea de paso, estaban bastante hartos de que su madre tuviese un novio que se comía los yogures de la nevera y que practicaba sus posturas imposibles en mitad del salón en calzoncillos.

A Arturo le comunicó la ruptura un par de semanas después, porque, aunque tampoco hablaban todos los días, habían seguido manteniendo un contacto asiduo y «civilizado» por el bien de sus hijos. En contra de lo que se podía esperar de un ex marido abandonado de la noche a la mañana, Arturo se mostró muy comprensivo con Jimena. Tanto, que a los tres meses ella ya pasaba gran parte de las tardes de los sábados en casa de Arturo jugando a las siete y media.

O eso es por lo menos lo que ella afirma desde entonces, aunque en la versión que Olga ha hecho correr por el Flores, lo de «las siete y media» no tenga nada que ver con las cartas.

EL MARIDO DIVORCIADO



FICHA TÉCNICA

Película favorita: Kramer contra Kramer.

Canción favorita: «Unchain my heart».

Libro de cabecera: El divorcio que nos une, de Eva Bach y Cecilia Martí Valverde.

Animal de compañía: su ex.

Bebida favorita: café solo.

Historia de Eva

El que se divorcia y se vuelve a casar,
algo le debe al diablo que se quiere pagar.

REFRANERO

U

no de los ejemplares masculinos que toda mujer, por muy enamorada que esté, debería estudiar con sumo detenimiento antes de tomar la decisión de casarse con él es el del divorciado. Sí, ya sé que un hombre que ha vivido en pareja tiene algunas ventajas: normalmente se maneja bien en las tareas del hogar, cuestión nada baladí, y quieras que no, sabe que las mujeres sólo nos ponemos el camisón de raso durante el primer mes de matrimonio y que después pasamos con toda naturalidad al pijama de franela con pelotillas.

Al conocer por experiencia propia lo que es la convivencia conyugal, el divorciado se asustará menos que un soltero cuando te oiga roncar -tarde o temprano, las mujeres también terminamos roncando- o cuando vea que en el baño tiene que poner el cepillo de dientes colgando de la pared con una cuerda porque cualquier superficie plana ha sido colonizada por tus cremas.

Frente a estas innegables virtudes, también hay defectos propios de la condición de divorciado que ni podemos ni debemos pasar por alto. El principal es que él ya ha probado lo del matrimonio y ha fracasado. Una de una. El curriculum con el que se presenta es francamente mejorable.

Por eso, el primer paso que se debe dar, antes de tomar cualquier decisión y arrancarse alegremente por el pasillo de una iglesia de su bracete a ritmo de marcha

nupcial, es conocer exactamente qué es lo que a él no le funcionó con su ex. No vale quedarse sólo con su versión.

-¿¿¿Esa??? Una insoportable. Estaba medio histérica. Vivía obsesionada con que le engañaba y me montaba unos numeritos de impresión.

Si en su relato de los hechos lo que él más destaca es que el matrimonio con su ex fue una experiencia aterradora, cuidado: Jagger no ofrece besos si previamente le han frito a tomatazos. ¿Por qué entonces tu divorciado quiere repetir? Sospechoso.

Si, por el contrario, todo son bendiciones para ella y tu chico achaca el naufragio a una incompatibilidad de caracteres, cuidado de nuevo: eso quiere decir que su carácter también tiene algo que ver en el asunto, y es muy posible que no lo descubras hasta que sea demasiado tarde.

Otra cosa que hay que valorar es si se trata de un divorciado primerizo o reincidente. El divorcio es como todo: una vez que ya lo has probado cuesta mucho menos ponerlo en práctica. Si tu chico tiene no una sino varias ex, las posibilidades de éxito disminuyen clamorosamente. Si además él tiene dinero y cada una de las mujeres de su vida era bastante más joven que la anterior, el fracaso está cantado. A no ser que tú tengas veinte años y él ochenta y siete, cuenta con que volverá a alegar «incompatibilidad de caracteres» en cuanto aparezca en su vida una pipiola y en tus caderas la temida celulitis.

Algo muy útil y que nunca se debe echar en saco roto cuando una anda en amores con un hombre que ya ha estado casado son los consejos que da la OCU para cualquier otro objeto de segunda mano:

- a. Fijarse si tiene algún desperfecto producido por un mal uso anterior: hay hombres traumatizados que, aunque parezca que sí, no han superado su anterior separación, sobre todo si fue ella quien le dejó.
- b. Indagar si ha sido devuelto por su primer dueño (en este caso, por su primera mujer) por defectos de fabricación: hay mucho psicópata camuflado y si te vas a liar con un «manosuelta», un ludópata, un exhibicionista, o con el asesino de la baraja, conviene saberlo de antemano.

- c. Observar detenidamente si le falla alguna pieza: ¿es un inmaduro, le falta un tornillo, no tiene corazón? El dato es importante.
- d. Valorar el tiempo que ha sido utilizado: no es lo mismo un coche con trescientos mil kilómetros a sus espaldas que un kilómetro cero.

Habrà quien esté pensando que estos consejos tan sabiamente difundidos por las organizaciones de consumidores son aplicables a cualquier hombre con el que estemos pensando en casarnos. Cierto. Pero en el caso de los divorciados, insisto, ha de hacerse de manera más minuciosa si cabe. Es lo mismo que la policía: en una investigación rutinaria siempre será más proclive a registrarle hasta los empastes a un ex convicto que a cualquier otro ciudadano sin pasado carcelario. A fin de cuentas, un divorciado que se vuelve a casar tiene alma de reincidente.

Pero si hay algo que hay que tener meridianamente claro desde el principio de una relación de estas características, es saber -y esto, repito, es fundamental- si durante su matrimonio anterior se le han incluido extras que no traía de serie. Por ejemplo, hijos.

El asunto hijos es bastante peliagudo: los propios son un encanto, pero los de los demás, por muchos genes en común que tengan con tu pareja, son harina de otro costal. No hay que perder de vista que los niños en cuestión van a estar educados además por alguien que no tiene por qué sentir una especial simpatía por la actual mujer de un señor con el que las cosas no han acabado como preveía el sacerdote que les unió en santo matrimonio. Como te descuides, te puedes encontrar, como Eva, con tres críos en casa en fines de semana alternos, a los que tienes que soportar, sí o sí.

-Hola, Jonathan, ¿a veeeeer? ¿Qué es eso tan bonito que traes en ese estuche?

-Mi fagot. Tengo examen el lunes y mamá me ha dicho que tengo que practicar mucho este fin de semana para sacar muy buena nota.

Y efectivamente, al niño le hacía mucha falta practicar porque atacaba el fagot con la misma elegancia y armonía con la que un beodo sopla en un control de la Guardia Civil.

-Hola, cariño, ya estoy en cas... ¡Coño! ¿Qué es ese escándalo?

-Tu hijo mediano despedazando «La marcha Radetzky» con el fagot.

¿Y esa especie de sirena?

-El perro, que como tiene los oídos sensibles, en cuanto el niño se pone a perpetrar, aúlla.

-Vaya por Dios. ¿Y sabes si tiene para mucho?

-Para todo el fin de semana.

-¡No jodas!

-No, si el que está jodiendo desde que ha llegado con el maldito bártulo es tu hijo. Ya han bajado dos vecinos a avisarme de que se nos había disparado la alarma antirrobo...

Y claro, como no es tu hijo, sino el hijo de tu marido, no puedes intervenir.

-Eva, que ha llamado María para advertirnos de que la próxima vez que le metas una bola de papel higiénico a Jonathan en el fagot nos denuncia al defensor del menor y pide aumento de la pensión por malos tratos psicológicos.

Así que Eva no tuvo más remedio que dejar el fagot del niño en paz -aunque hablar de paz quizá no sea lo más adecuado cuando nos referimos a un sonido equiparable al de las trompetas del juicio final- y utilizar el papel higiénico para taponar los oídos de Bolita, el collie que Juanjo le regaló en su primer aniversario de bodas.

Eva, que a sus treinta y dos años -once menos que Juanjo- carece por completo de instinto maternal, nunca pensó en lo que se le venía encima casándose con un divorciado padre de tres hijos: Sergio, de catorce; Cristian, de cinco, y Jonathan, el fagotista, de diez. Según su padre, tres joyas:

-¿Sergio? Un fiero; ese ha salido a mí. Catorce años y ya usa un cuarenta y cuatro de pie; de aquí a un par de años se lo van a rifar las chicas. Está en una edad compli cada, pero es un niño responsable. Le encantan los videojuegos. Si conseguimos que apruebe

las matemáticas de aquí a que acabe los estudios, tendremos un ingeniero de telecomunicaciones en casa.

»Jonathan, sin embargo, creo que va más para abogado. Tiene una curiosidad de la leche por todo lo que le rodea. Es el ojito derecho de su madre porque se parece a mi suegro, pero hace muy buenas migas con Eva. Le encanta gastarle bromas. El otro día, sin ir más lejos, se pasó toda la tarde tocando el fagot. Cada vez que Eva se levantaba, corría a ponerse delante: "Mira, papá, soy el flautista de Hamelin: cuando toco me siguen la ratas". Nos tronchamos de risa con él.

»Cristian todavía es muy pequeño para entender la situación y a veces, cuando viene a casa, llora por las noches. Eva se suele enfadar porque se mea en la cama. Normal en un niño de cinco años, ¿no? Por lo demás, yo creo que este tiene espíritu de ingeniero de minas: todo lo que encuentra lo esconde en los agujeros más insospechados. Es graciosísimo.

La descripción de los hijos de Juanjo, sin embargo, varía notablemente si la que la da es Eva:

-El mayor creo que tiene ojos, pero como se peina a lo Justin Bieber, no se los he visto nunca. Juanjo asegura que son azules, como los suyos. Todavía no sé si le ha cambiado la voz, porque como no habla... En cuanto llega y gruñe, que es su peculiar manera de saludar, conec ta la Wii en la tele del salón y ahí se queda enchufado los tres días sin parpadear. Guerra, lo que se dice guerra, no da mucha, y sería el más soportable de los tres si no fuera porque cada vez que se quita las zapatillas se me secan todas las plantas de interior. El olor de los pies del niño debería estar catalogado como arma de destrucción masiva. Cualquier día, los vecinos llaman a la policía porque piensan que tenemos un cadáver en casa.

»Jonathan, el segundo, es, según su padre, un niño más inteligente de lo normal, aunque escuchándole tocar el fagot cualquiera pensaría que es tonto de baba. El niño a sus diez años tiene clarísimo que la mujer de su vida es su madre. A cualquier cosa que le digo o que hago, él contesta con un "Pues mi mamá hace..." o "Mi mamá dice...". A mí me recuerda a Garzón pero en enano. Nos odiamos cordialmente, aunque yo hago como que no. Él, por el contrario, no tiene ningún inconveniente en que se le note. Un encanto de crío, vaya.

»Cristian, el pequeño, todavía se hace pis en la cama, y yo no sé qué le dan de comer en casa de su madre, pero es un pis con una capacidad de penetración similar a la de la sosa cáustica. Colchón que moja, colchón que es irrecuperable. Dice el Garzón enano que su mamá dice que es por el trauma del divorcio. El fin de semana pasado estuvo toda la tarde jugando a mandarle cartas a los Reyes Magos. "Evaaaa, ya he ponido ota en el buzón." Dieciséis galletas María Fontaneda que el desgraciado metió por la ranura del DVD. Y, encima, dile algo, que enseguida aparece su hermano, el enano de la Tierra Media, y se chiva a su madre.

La ex de un divorciado es otro factor a tener en cuenta. Aunque no se lleve ni medianamente bien con el que fue su marido, que ahora es el tuyo, te puedes encontrar con que cada vez que coges el teléfono ahí está ELLA.

-¿Diga?

-¿Está Juanjo?

María nunca llama a Eva por su nombre. De hecho no se dirige a ella de ninguna manera. Más bien actúa como si no existiera.

-No, María, todavía no ha llegad...

-Pues le dices cuando llegue que me llame porque han salido dos goteras en el techo de la habitación de Sergio y tiene que firmar el papel del seguro.

Cuando no son las goteras, le tiene que acompañar a hablar con el tutor de Cristian, y cuando no le llama para comunicarle que a Sergio hay que ponerle unos brackets (que, «naturalmente», tienen que pagar a medias), lo hace para preguntarle «el nombre de aquel hotelito tan mono en el que estuvimos cuando fuimos a Ámsterdam, ¿te acuerdas?».

Al año y medio de matrimonio, Eva empezó a pensar que quizá se había equivocado casándose con Juanjo, y en más de una ocasión estuvo a punto de hacer las maletas dejándole una nota pinchada con un alfiler en la almohada. A menudo se sentía una extraña metida a presión en medio de una familia que no era la suya, sino la de Juanjo.

Le reventaba que él saliera corriendo en cuanto ELLA se lo pedía («Entiéndelo, Eva, son mis hijos») y que todavía, cuando se refiriera a los padres de ELLA, les llamase «mis suegros».

-Me ha llamado mi suegra para decirme que este domingo tengo que dejar los niños en su casa porque María ha aprovechado el fin de semana para irse a Ámsterdam y coge un avión de vuelta a las once de la noche.

-Vaya, no sabía yo que mi madre estuviera dispuesta a hacer de canguro de tus hijos.

-Sabes perfectamente que no me refiero a tu madre sino a Dolores, la madre de María.

-Pues ya es hora de que la empieces a llamar Dolores, o mi ex suegra o la bruja que parió a la bruja de mi ex, o lo que quieras, porque parece que todavía no te has enterado de que suegra no tienes más que una, la de ahora.

-Desde luego, Eva, a veces no te entiendo. Te enfadas por cada idiotez....

Juanjo no entendía que Eva se tomase esas cosas tan a pecho.

-O sea, que además de haberte endosado a sus cachorros por la cara, el tío tiene la sensibilidad de una encime ra de granito, ¿eh? ¡Pues vaya chollito que te has buscado, guapa! -Mayte, que era soltera y además pensaba seguir siéndolo durante unas cuantas temporadas más antes de irse a vivir con su novio, se había convertido en el paño de lágrimas de Eva.

-Bueno. Tampoco es eso. Lo que pasa es que es muy buen padre, y eso tampoco se lo puedo echar en cara. Además, en cuanto los niños sean mayores, ya no tendrá la obligación de traérselos tanto...

-Sí, claro. Aunque a lo mejor no has caído en el detalle de que para cuando el pequeño alcance la mayoría de edad, tú ya estarás menopáusica y habrás perdido un montón de fines de semana de los mejores años de tu vida haciendo de niñera de unos hijos que no son los tuyos, en vez de pasártelos metida en la cama con tu marido, como cualquier recién casada sin hijos... Eso sin contar con que su madre, a poca mala baba que tenga, le puede seguir dando el coñazo a tu marido con sus llamaditas hasta que se

muera de vieja con mas de cien años.

Eva, como la mayoría de las mujeres, se sentía con autoridad para poner verde a su marido, pero se revolvía como Espartaco contra las tropas del César en cuanto su amiga le daba la razón. Lo que esperas de una amiga en estas circunstancias es que salga en defensa del agraviado de manera que tú puedas ir creciéndote en las descalificaciones. Pero lo cierto es que Mayte tenía bastante razón. Otro de los inconvenientes -y no precisamente el menor- de casarte con un divorciado con hijos es que mientras ellos están delante, tienes que comportarte como una novicia de convento aunque estés en Tu casa.

Para darle un beso a Juanjo, Eva tenía que hacer una labor previa de reconocimiento del terreno, no fuera a ser que el reconcentrado de Garzón estuviera espiándoles («Eva, hay que tener más cuidado porque Cristian le ha ido con el cuento a María y ha llamado hecha una hidra amenazándonos con denunciarnos por comportamiento indecente ante un menor»).

-¿Sabes lo que te digo? -insistía Mayte-. Que tú verás, pero o te pones seria con Juanjo e impones tus propias reglas o esos niños acaban con tu matrimonio. En cuanto a su ex, una compañera de trabajo que tenía el mismo problema pero con su suegra, le buscó un novio, y se le acabaron los problemas.

-Sí, claro, ¿y dónde encuentro yo a un gilipollas que quiera cargar con semejante orco y su alegre troupe? Como no sea en el circo Ringling...

-Juanjo te encontró a ti, ¿no?

Nunca es agradable que una amiga te llame a la cara gilipollas, y aunque el primer impulso de Eva fue liarse a guantazos con la borde de Mayte, la cruda observación de su amiga le hizo replantearse su situación en serio. En realidad, tan en serio que a los seis meses se divorciaba de Juanjo y a los trece estaba saliendo con un ex seminarista sin pasado amoroso y con la vasectomía hecha.

A su ex sólo lo vio durante los dos siguientes años cuando le llevaba a Bolita en fines de semana alternos («El veterinario ha dicho que sufre estrés porque te echa de menos y que lo mejor que podemos hacer es alternarnos en su cuidado»), siempre procurando que

coincidieran con los que le tocaban los niños y generalmente bien atiborrado de Dulco-Laxo contra el estreñimiento.

Hay mujeres que cuando se vengan son unas auténticas malvadas.

EL MARIDO CALZONAZOS



FICHA TÉCNICA

Ídolo: Walter Matthau.

Película favorita: Los Simpson.

Canción favorita: «Échame a mí la culpa», de Albert Hammond.

Animal con el que se identifica: la oveja, sin duda.

Historia de Flora

El matrimonio es tratar de solucionar, entre dos,
problemas que nunca hubieran surgido de estar solos.

EDDY CANTOR

Hipólito Sanjurjo es un calzonazos, y a mucha honra. Ya lo dijo su padre cuando al niño le robaron por primera vez el chupete y ni se inmutó:

-Adela, este niño no tiene carácter.

Y lo clavó, el tío.

Para situar a Hipólito en su justo contexto, es indispensable explicar que hay dos clases de calzonazos: el que lo es a jornada completa y en todas las situaciones, y al que sólo se le caen los pantalones ante determinadas personas, que son, casi siempre, su jefe y su mujer.

Los que pertenecen al primer grupo, no son rebeldes porque el mundo les ha hecho así: desde pequeños se acostumbran a recibir más que dar y a dar a cambio de no recibir. Son esos que nunca se comen el bocadillo en los recreos y a los que los demás niños - que, por norma, suelen ser incapaces de apreciar la bonhomía como una virtud- tiran a los charcos y les pasan el tirachinas cuando sale el dueño del escaparate hecho un basilisco.

Los segundos, sin embargo, gozan de una aparente personalidad que se viene abajo en cuanto entran por la puerta de su casa o de la oficina. El calzonazos laboral está condenado a currar de por vida como un penco porque los jefes son unos lince

detectando subordinados sumisos y los explotan como a cameruneses en una plantación de algodón. El calzonazos doméstico, sin embargo, puede pasarse las siete horas diarias que establece el convenio laboral pegando voces a los de alrededor, pero en cuanto llega al hogar se arruga hasta convertirse en un miembro más de la familia de los lumbrícidos, también conocidos como lombrices de tierra.

Hipólito pertenece al orden de los calzonazosfull time. Por eso continúa trabajando con Luis Menéndez, a pesar de que este no deja pasar la ocasión de humillarle ante el resto de la plantilla, y por eso también sigue casado con Flora, aunque haya gorilas en los zoos que gozan de una mayor autonomía que la que ella le permite.

¡ ¡Hipólito! !

-Dime, cielo.

-¡Se puede saber qué estás haciendo que hace diez minutos que te estoy llamando y no te enteras!

-Una quiniela.

-No, si ya sabía yo que estarías haciendo cualquier tontería. ¿Y se puede saber para qué haces la quiniela si no tienes ni idea de fútbol? ¡Vaya ganas de tirar dos euros! Con la suerte que te caracteriza, seguro que no aciertas ni una... Anda, anda, deja de gastar a lo tonto y, en vez de perder el tiempo sin hacer nada, baja al quiosco y cómprame el Pronto. ¡Y no te tires media hora de palique con el quiosquero, que nos conocemos!

Hipólito hace las quinielas a escondidas, come huevos fritos a escondidas y se pasa de tarde en tarde por el Flores, también a escondidas, porque si Flora se entera de que de vez en cuando se da un homenaje de ron con coca-cola, la bronca está asegurada.

Se desconoce la historia de amor que sin duda se oculta en el pasado del matrimonio Sanjurjo, pero si fue Cupido el que tiró la flecha, aquel día debía de estar con resaca. Flora es una mujer maciza en el sentido literal de la palabra. Da la sensación de estar hecha del mismo material redondo, prieto y elástico que las canicas de goma. No debe pesar menos de ochenta kilos -ocho más que Hipólito-, pero se mueve con la agilidad de esos camareros de chiringuito capaces de sortear las mesas con seis jarras de cerveza y

dos platos de patatas bravas en las manos. A su tamaño y complexión hay que añadirle un rostro igualmente amedrentador de labios finísimos, nariz patricia y un par de ojos de mirada muy aguda, uno de los cuales acostumbra a vagabundear a su aire dando la impresión de que te vigila, te pongas donde te pongas.

Hipólito, por su parte, está dotado de todos los elementos físicos que delatan a un esmirriado de libro: cargado de hombros, cuello ligeramente inclinado hacia delante, codo expuesto y mirada perruna. El complemento ideal para mujeres con el don de mando hiperdesarrollado.

Desde que se conocieron, Flora ha manejado la vida de Hipólito como si fuera un coche teledirigido. Le fastidia que sea un calzonazos y le chinch constantemente para que deje de serlo, pero al mismo tiempo no confía en absoluto en que exista esa posibilidad.

-¿Este? Este es incapaz de hacer nada al derecho...

-Mujer, algo hará bien. -A Maruja, la dueña y cocinera del Flores, le molesta que Flora trate al bueno de Hipólito como si le estuviera perdonando la vida a diario.

-Ya me dirás tú... Ayer mismo, le pedí que me subiera de la pescadería una merluza de pincho y me apareció con lomo y medio de bacalao que le había encasquetado el «pescatero», que, como le conoce, aprovecha para endosarle lo que menos vende. ¡Si me conoceré yo el percal!

Y Flora tiene razón: Hipólito es incapaz de llevarle la contraria a nadie, y si por no discutir tiene que estar comiendo bacalao una semana, se lo come. Ni siquiera le cuesta esfuerzo.

-No tiene carácter y se deja arrastrar por cualquiera. Si no fuera porque sabe que a mí me gusta que venga derecho del trabajo a casa, estaría aquí todos los días dándole al palique con Simón... -remata Flora mientras acaba con la última patata de su ración de pulpo-. Casi que me comería un pincho de tortilla... Maruja, ponme uno y una copa de Rioja.

-¿Le pongo otra a Hipólito?

-Déjale, ¿no ves que está ahí todo enrollado con tu marido? En todo caso ponle un tinto de verano con mucha gaseosa, que luego tiene que conducir...

-Pues como te iba diciendo -prosigue Flora, a la que poner verde a su marido le relaja un montón-, este no sirve para nada. El vecino de arriba, por ejemplo, desde que ha llegado hace un mes, se tira hasta las tantas de la noche dando saltos y golpetazos, no sé contra qué, pero que no nos deja pegar ojo, ¿y tú crees que este ha subido a decirle algo? No señora. Cualquiera otro le hubiera cantado las cuarenta, pero este prefiere aguantar que tener que enfrentarse a ese incívico. Un blando, lo que yo te diga, que mira que le conozco...

Maruja aprovechó la siguiente vez que Hipólito apareció por el Flores de extranjis (le había dicho a Flora que se tenía que quedar un rato más a redactar una carta para los de la delegación de Holanda) para hablar con él.

-Hipólito, tengo que hablar contigo en serio. Verás... Tú sabes que Simón y yo te tenemos mucho aprecio, y no sólo porque hayas sido amigo de Simón desde la escuela. Eres un buen hombre, y por eso, porque te tengo mucho afecto, creo que te debo decir que no puedes seguir dejando que todos se aprovechen de ti, empezando por todos los gorriones que siempre te sacan alguna ronda (qué crees, que no nos damos cuenta...) y acabando por el sargento de caballería que tienes como mujer... O te quitas de encima la fama de calzonazos o te vas a pasar el resto de tu vida como hasta ahora, siempre haciendo lo que quieren los demás. Si quieres un consejo, y si quieres que Flora te tenga un mínimo respeto, sube a ver a tu vecino de arriba y consigue que deje de molestar... Seguro que si lo logras, ella te va a mirar con otros ojos y, por lo menos, dejará de pensar que eres un completo inútil. Ah, y perdona que me haya tomado la confianza, ¿eh?, pero es que hay cosas que claman al cielo.

Y secándose las manos con el trapo, Maruja se dio media vuelta y se marchó a la cocina, con la sensación de no saber si había hablado demasiado...

Hipólito, que lo último que esperaba de Maruja era tanta franqueza, se quedó sin saber qué decir. Le impresionaba enterarse de que su falta de empuje fuese tema de

conversación en el Flores y, sobre todo, le conmovía que Maruja, mujer discretísima y hasta seca en el trato, le hubiese dado semejante consejo.

Durante tres días, Hipólito estuvo dándole vueltas a la cabeza a lo que le había dicho Maruja. Lo recordaba cada vez que Luis Menéndez aludía en voz alta a su torpeza, o cuando Flora hacía un comentario despectivo a su costa. Empezó a enumerar mentalmente los musicales que se había tragado, aunque no había cosa que le aburriera más; las tardes viendo cine de barrio en vez del partido, porque Flora no soportaba el soniquete de los comentaristas deportivos; los domingos en los que había tenido que renunciar a la partidita de mus que organizaba Simón aprovechando que ese día el Flores cerraba después de comer; el hervido que Flora le ponía todas las noches para cenar, desde que se casaron, porque consideraba que todo lo demás esa malísimo para la digestión nocturna; los veranos en el apartamento de Torre vieja con sus suegros, aunque a él lo que le gustaría es perderse por los Pirineos en una tienda de campaña («¿Tú estás loco o qué? ¡En una tienda de campaña, con el trabajo que da eso y lo bien que estamos con mis padres! ¡Se te ocurre cada gansada!»).

Al cuarto día de darle vueltas a la cabeza, Hipólito tomó una decisión heroica:

-Flora, voy a subir a cantarle las cuarenta al de arriba.

-¿Quién, tú?...

-Sí, señora, yo mismo. ¡Se va a enterar ese energúmeno!

Y sin darle tiempo a Flora para reaccionar, cogió la puerta y enfiló, escaleras arriba, hacia el piso de aquel vecino con el que, por cierto, todavía no había llegado a cruzarse en la escalera.

A Hipólito se le disparó el pulso en cuanto tocó el timbre y las rodillas se le convirtieron en dos tarrinas de gelatina que le impidieron salir corriendo (que es lo que en realidad hubiera hecho de haber podido).

-¿Sí?

El individuo que abrió la puerta podría haber sido perfectamente el primo de Zumosol de Flora.

-Usted dirá...

Si Apolonio Urruticoetxea ya imponía bastante respeto vestido con una camiseta, sin ella, con una toalla al cuello y sus múltiples tatuajes al aire, parecía el candidato más adecuado para conseguir un buen empleo como guardaespaldas de Madonna.

-Verá... -empezó a explicarse Hipólito, al que las rodillas, lejos de solidificarse, se le iban licuando por segundos-. Es que mi mujer y yo, que vivimos en el piso de abajo, no podemos dormir por culpa de unos golpes que se escuchan todas las noches, y quería saber si usted también los oye.

-Sí. Soy yo entrenando con mi saco de arena.

-¡Ah!

-¿Quería algo más?

-Pues mire, ahora que lo dice, si usted pudiera no dar esos golpes, mi mujer y yo se lo agradeceríamos mucho...

-Lo siento mucho, pero no. Tengo insomnio y si no practico un rato antes de acostarme no me duermo, así que, si no tiene nada más que decirme, voy a seguir un rato. Buenas noches.

Hipólito se encontró, como tantas otras veces en su vida, con una negativa como respuesta, plantado ante una puerta cerrada y con la perspectiva de volver junto a Flora, que se pasaría más de un cuarto de hora de reloj poniéndole a caldo.

Cualquier otro día se hubiera dado media vuelta para bajar a enfrentarse dócilmente con su destino, pero en esta ocasión las palabras de Maruja le empujaban a tomar una decisión drástica, y la tomó.

Volvió a pulsar el timbre de Apolonio.

-¿Sí? Ah, es usted otra vez... Ya le he dicho que no voy a dejar de entrenar... ¿No querrá bronca, no?

-No, no, pero si no es mucha molestia, me gustaría hablar con usted un par de

minutos. Le aseguro que después no volveré a subir más.

-Desembuche.

-Mire. Aquí donde me ve, yo soy un auténtico calzonazos. Uno de esos individuos infradotados para imponerse ante cualquier situación adversa, y a los que personas como usted no tienen ningún remordimiento en aplastar como si fuéramos un insecto repugnante. No sé si conoce a mi mujer, pero ella también me trata como a un pelele porque dice que no tengo carácter y trago con lo que me echen. Jamás he tenido la valentía de pegar un puñetazo en la mesa, y eso que ocasiones propicias he tenido muchas, pero qué quiere que le diga, los que somos de natural acobardado carecemos de la glándula encargada de elaborar la mala baba, así que nos pasamos la vida siendo unos desgraciados a los que todo el mundo va pegando pescozones sin que chistemos. Le cuento esto porque, si yo ahora bajo y le digo a mi mujer que usted me ha cerrado la puerta en las narices, voy a tener que volverle a escuchar su retahíla habitual de reproches, y le aseguro que ya no puedo más. Así que apelo, no ya a su buen corazón, que no dudo que lo tenga, sino al corporativismo masculino. Sólo usted puede impedir que un calzonazos como yo mejore ligeramente su estatus familiar, haciéndole creer a mi mujer que por una vez en la vida he conseguido demostrar algo de autoridad. Es usted muy dueño de negarse, como ha hecho hasta ahora, y si es así, no hay nada más que hablar, pero si usted pudiera hacerme el infinito favor de golpear su saco en otra habitación que no sea la que está precisamente encima de nuestro dormitorio, le estaría muy agradecido.

A estas alturas del discurso de Hipólito -el más largo seguramente de los que jamás habían salido por su boca- no vamos a decir que los ojos de Apolonio estuvieran arrasados de lágrimas, pero como, a pesar de su aspecto de bruto, en el fondo tenía su corazoncito, no pudo por menos que solidarizarse con aquel vecino enclenque y sometido a su mujer que le pedía con toda la humildad del mundo que le echase una mano.

-Así que su mujer es de armas tomar, ¿eh?

-Ya le digo.

-Mi madre también tenía un carácter endiablado.

-¿Ah, sí?

-Mi padre le tenía que birlar cuatro duros del monedero para irse a tomar una cerveza con los amigos, porque ella, que era la que manejaba el presupuesto familiar, se lo tenía prohibido... Fuera de casa, al tío no había quien le tosiera, pero delante de mi madre era un pobre corderito.

-Entonces, sabe de qué le hablo...

-Claro que sí, hombre. ¡Y tutéame, que tampoco muerdo!

-Bueno... Si no te parece mal...

-Por supuesto que no me parece mal. ¿Hipólito me has dicho que te llamas, no?

-Hipólito Sanjurjo -apuntó un asombrado Hipólito mientras Apolonio le sacudía la mano hasta dejarle los tendones blandos como quesos de Burgos.

-Pues mira, Hipólito, lo que vas a hacer ahora mismo es bajar a tu casa y decirle a tu mujer que me has cogido por el cuello de la camisa y has resuelto el problema con dos cojones.

-¿Cómo dices?

-Que le digas a tu mujer que me he puesto borde pero que, como eres un tío que se viste por los pies, me has amenazado con meterme dos leches y yo me he achantado. Dentro de un rato, bajo y le pido disculpas por las molestias que os he ocasionado. Si eso no la impresiona y le hace cambiar es que tu caso está perdido...

Efectivamente, Flora, que al principio escuchó la versión de Hipólito con sorpresa no exenta de recelo («¿Que le has amenazado con darle dos tortas y no te las ha dado él al instante?... Habrá que ver al vecino...»), se rindió a las evidencias en cuanto se encontró con la mole de Apolonio incrustada en el quicio de la puerta pidiéndole disculpas al tiempo que le lanzaba a Hipólito rápidas miradas impregnadas de temor. Un actorazo este Apolonio.

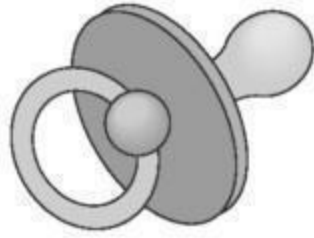
A partir de entonces, Flora siguió manejando a Hipólito a su antojo, porque ni los

calzonazos cambian de un día para otro ni las mujeres como Flora están dispuestas a perder la autoridad en la plaza matrimonial, pero hay pequeños detalles en los que se ha ablandado. Ya no se refiere a él como «este» y, de tarde en tarde, le cambia el hervido de la cena por una tortilla de dos huevos. Un marido aparentemente desactivado pero capaz de meter en cintura a un maromo cuando hay que hacerlo se merece un mínimo respeto.

Apolonio, aunque ha cumplido su palabra y ahora entrena sobre un alfombra y casi de puntillas para no molestar, una vez al mes se dedica a hacer ruidos, para darle a Hipólito la oportunidad de reafirmarse ante Flo ra («¿Otra vez ese pelma? Espérate, que subo y le vuelvo a armar la marimorena») y, de paso, tomarse juntos un par de cubatas, que a Hipólito le saben a gloria porque representan el corte de mangas que jamás le hará a su mujer.

Hay amistades que se forjan de manera muy rara.

EL MARIDO HIJO



FICHA TÉCNICA

Canción favorita: una de Luis Aguilé que no sé cómo se llama pero que viene a decir que trabajar es una lata.

Bebida favorita: cualquiera a condición de que se la traigas.

Prenda favorita: el pijama.

Libro de cabecera: De la autoestima al egoísmo, de Jorge Bucay.

Historia de Marisa

Un buen marido vale más que dos buenas esposas,
pues las cosas que más escasean son las más apreciadas.

BENJAMIN FRANKLIN

A

unque así dicho pueda parecer una exageración, hay frases que son definitivas a la hora de sentar las bases de una relación matrimonial. Son frases aparentemente banales pero peligrosísimas porque cuando se instalan en nuestro lenguaje cotidiano tienen el poder de marcar rumbos y establecer roles que no han sido pactados previamente.

Un «lo que tú quieras, cariño» dicho siempre por el mismo miembro de la pareja cada vez que hay que tomar una decisión conjunta inviste al otro de la autoridad suficiente como para que al cabo de un tiempo termine tomando unilateralmente las riendas, pase de cualquier tipo de consulta y haga de la capa común un sayo a su medida.

De entre estas frases hay una especialmente dañina que de forma inexplicable solemos utilizar las mujeres en contra de nuestros propios intereses y contra la que es impensable estar prevenidas porque tiene la capacidad de cargar sobre nuestras espaldas todo el trabajo sucio del día a día. Me explico.

Imaginémonos, por ejemplo, la siguiente situación.

Marisa y Rodrigo están en la cocina. Llevan poco tiempo casados. Ella ha tenido un día difícil en la empresa de importación en la que trabaja de secretaria del director comercial, un tal Luis Menéndez, que aparte de ser un obseso laboral, capaz de pasarse

doce horas seguidas en la oficina un viernes de puente, es un maniático puntilloso de mil pares de narices.

Esta mañana, sin ir más lejos, le ha hecho repetir media docena de veces el email de reclamación al delegado de Hamburgo, que, por una confusión en las fechas de entrega, no termina de mandar un pedido urgente de Caterpillar.

-Marisa, ¿han respondido ya de Hamburgo?

-Un momentito que abro el correo y lo miro... No. Todavía no hay nada.

-Joder! Mándales, por favor, otro correo con el albarán que necesitan para acelerar el pedido. Y esta vez la palabra «urgente» la pones en mayúsculas, en negrita y en tres idiomas, a ver si así se enteran...

-Eso ya lo he hecho en el último, que les he mandado hace media hora...

-Joder! ¿Seguro que les has dicho que necesitamos una fecha en firme antes de las ocho de la tarde?

-Desde el primero que he enviado a las nueve y cuarenta y cinco -confirma Marisa, mientras pulsa el ratón en la casilla de reenvío de mensaje.

-Joder! ¿Y lo de la demanda que nos puede caer si los de Caterpillar han pasado una mala noche y se levantan con ganas de bronca?

-En el de las once y tres.

-Jod...! ¡Oye, a ver si va a ser que se les ha caído el sistema y no reciben los correos! Llama por teléfono y pregunta qué está pasando...

-Ya lo he hecho cuando he visto que pasaba el tiempo y no me contestaban al correo de las doce y doce.

¿y?

-Me sale un contestador automático que me dice que todos los teléfonos están ocupados y que espere.

¿y?

-Que después de tenerme colgada diez minutos escuchando el politono del «Moving» de Macaco, el contestador me ha dicho muy amablemente que los teléfonos seguían ocupados y que llamase pasados unos minutos.

-Que ya he llamado tantas veces que como me encuentre con Macaco por la calle no respondo de mí.

-Convoca una reunión a las seis en mi despacho. Ah, y dile a todos que se traigan la tartera porque de esta oficina no sale ni Dios hasta que solucionemos lo del maldito pedido.

Lo del maldito pedido se solucionó a las nueve menos cuarto de la noche, y Marisa, que es de las que piensa que donde estén unos zapatos con un buen tacón que estilizan la figura ya pueden ir quitándose de en medio las horribles deportivas que te colocan el culo a medio metro del suelo, entra en casa con los pies hechos carne picada, el rímel corrido y el bolso a rastras.

-¿Cariño? ¿Eres tú? -dice Rodrigo, que ha oído el ruido de las llaves desde la cocina.

-No, soy Rita la cantaora... ¡Pues claro que soy yo! Aquí, que yo sepa, no vive nadie más.

-¡Vaya! O sea que venimos de buen humor, ¿eh?

-Mira, no me hables -responde Marisa mientras se desparrama sobre una de las sillas de la mesita del desayuno y se desincrusta los zapatos-. No veas qué día he tenido, toda la mañana mandando correos y haciendo llamadas a Hamburgo. Y por la tarde, tres horas de reunión bronca aguantando al histérico de Luis... Oye, ¿y tú qué estás haciendo con el delantal puesto?

-La cena. Como he visto que tardabas y me imaginaba que vendrías cansada...

-Hombre, mira qué bien. Primera noticia de que sepas cocinar...

-Eh, eh, eh... Que el que tú te hayas empeñado en hacerte cargo de la comida no quiere decir que los demás seamos unos inútiles... Ya verás, ya, lo que te voy a hacer...

-Mientras no sean hamburguesas...

-De eso nada, cielo. Te voy a hacer una tortilla de patatas que te vas a quedar muerta. Tú vete a la ducha, relájate y deja esto en mis manos...

Tres cuartos de hora después, Marisa reaparece en la cocina en pijama, oliendo a gel Moussel y sin pegotes de rímel.

-¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

-Dando la vuelta a la tortilla.

-¿Todavía?

-Oye, oye, que esto requiere su técnica.

-Si tú lo dices.... A ver cómo lo llevas... ¡Corcho! ¡¿Eso es una tortilla?!

-Bueno... es que al darle la primera vuelta se me ha escurrido un poco... Pero da igual: así queda desestructurada como la de Ferrán Adriá. Ahora le doy otra vueltecita y verás qué bien sale...

-Quita, quita. Saca un plato más grande y déjame a mí, que tú no tienes ni idea.

¡Ahí está! ¡Esa es la frase!: «QUITA, QUITA, QUE LO HAGO Yo». Letal de necesidad. Una vez que la pronuncias has firmado tu sentencia de muerte.

Lo mismo que la mayoría de los hombres nacen con una innata propensión a pararse en los escaparates de las ferreterías, las mujeres venimos al mundo con estas seis palabras malditas impresas en algún recóndito lugar de nuestros lóbulos cerebrales, fruto casi seguro de una tara congénita e histórica. Es imposible encontrar un árbol genealógico en el que no aparezca una tía, una madre o una abuela adicta a la frasecita de marras. Todas hemos sucumbido a esa tentación alguna vez.

Marisa no sólo la dijo el día de la tortilla y del follón del pedido de Caterpillar. La ha adoptado full time y la repite varias veces al día como una muletilla.

-Marisa, ¿te vació la bolsa de la compra?

-Quita, quita, que eres un manazas y seguro que me vuelcas los yogures...

-Marisa, la lavadora ya ha parado. ¿Te cuelgo las cortinas?

-¿Y subirte a la escalera? Quitaa, quita, que ya me subo yo, que no tengo los pies planos y guardo mejor el equilibrio que tú.

-Marisa, tengo que pasar por enfrente de la tintorería. ¿Quieres que te recoja el abrigo?

-Sí, claro, para que lo metas de cualquier manera en el coche y me llegue plegado como un abanico... Quitaa, quita.

El resultado es el que se podía prever: Marisa ha convertido a Rodrigo en un marido-hijo; en una especie de inútil integral al que hay que darle todo hecho porque a base de no dejarle hacer nada, no hay nada que sepa hacer ni paso que avance sin consultarle previamente.

Las mujeres-madre como Marisa son esas que cuando sus maridos piden en un restaurante, le dicen al camarero que verdes las han segado.

-¿Gazpacho? ¡Ni se le ocurra! ¡Con la de gases que le da a este el pepino! Mejor le trae usted un consomé con yema y poquita sal, que es más sano.

Rodrigo ha llegado a un punto sin retorno. Marisa es la que decide lo que él se pone, lo que a él le sienta bien y el canapé que a él le gusta.

-A veeer... Uf, este no. Este no te va a gustar nada. Lleva morcilla.

-¿Y aquel rosa de la segunda fila?

-¡Uhhmm!... Este sí porque es de salmón y el salmón a ti te gusta.

-Vale. Pásame tres.

Marisa le compra la ropa a Rodrigo y se la combina; le acompaña a cortarse el pelo para decirle al peluquero la largura exacta; le medica cuando tiene gripe y le ordena los cajones a su gusto. Al de ella, claro.

A partir de aquel primer «quita, quita», Rodrigo, que no es tonto, tardó escasos nanosegundos en darse cuenta de que ser un marido-hijo es sinónimo de disfrutar de la máxima comodidad y de no dar palo al agua. Ejerce a conciencia.

-Marisa, necesito la camisa azul y está recién lavada, pero si estás liada con otra cosa la plancho yo...

-¿Quién, tú? Quita, quita... Dámela que te la plancho en un minuto.

Y Rodrigo, que no ha pensado ni por un minuto acercarse a una plancha, sigue cómodamente sentado en el sofá viendo la tele.

-Lo atontas, tía. -Eva no entiende de qué se queja su amiga. Te empeñas en ser la superwoman que todo lo hace y todo lo puede, y Rodrigo, como es lógico, se aprovecha.

-Y qué quieres que haga si está incapacitado para cualquier tarea del hogar...

-Me vas a decir que Rodrigo es incapaz de poner la lavadora, por ejemplo, ¿no?

-Absolutamente incapaz.

-¡¡Pero si es ingeniero informático!!

-¿Y qué tiene que ver? Tú le pones delante al padre de todos los softwares y te lo destripa como a un arenque, pero no hay manera de que se aclare con el botón del agua caliente.

-Pero ¿lo ha probado?

No.

-¿Entonces?

-Quita, quita... A ver si la va a fastidiar y encoge toda la colada.

No se sabe quién fue primero, si Marisa adoptando el rol de esposa-madre con aquel «quita, quita» en la cocina que abrió el camino a todos los que han venido después, o

Rodrigo desestructurando la tortilla aposta, con vistas a alcanzar el estatus de marido-hijo.

Lo cierto es que él llega a casa y se tumba, y ella llega a casa y se pone a currar como un grumete al que hubie [ran amenazado con tirarlo por la borda si no da la talla. A este paso, para cuando celebren sus bodas de cuero*](#) Marisa le estará cortando a Rodrigo las uñas de los pies.

Como si lo viera.

EL MARIDO ROMÁNTICO



FICHA TÉCNICA

Ídolo: el tío que en las películas se declara a su novia por el altavoz del Cowboys Stadium en el descanso de la final de la Super Bowl.

Película favorita: Los puentes de Madison.

Bebida favorita: cóctel «Acapulco de noche» (azúcar, 3 partes de tequila, 1 y 1/2 de ron blanco y 8 partes de zumo de naranja).

Libro de cabecera: Veinte poemas de amor y una canción desesperada, de Pablo Neruda.

Historia de Marisol

Es el espíritu, no el cuerpo,
el que hace durable el matrimonio.

PUBLIO SIRO

N

o nos engañemos: encontrar un hombre romántico de verdad, de los que lo siguen siendo a lo largo de toda su vida y a pesar de que los años de matrimonio se empiecen a contar con los dedos de las dos manos, es tan difícil como que te toque el sueldo para toda la vida de Nescafé. Las probabilidades son remotas.

Como todas sabemos, la mayoría de los hombres son de natural tan poco dados al soneto como a las velas de jazmín, y desconocen el interior de una floristería hasta que se dan cuenta de que hay gestos, como el de regalar flores, que allanan mucho el camino a la hora de conquistarnos.

Ahí sí. En la etapa del cortejo echan el resto. Cualquiera de ellos, por muy bruto que sea, se acuerda de tu cumpleaños, te acompaña a ver Los puentes de Madison, se moja para taparte con su paraguas, se congela por dejarte su chaqueta y te regala libros con dedicatoria: «Parece tu cuerpo un ángel de seda que vino del cielo y vive en la tierra», que es como te conquistan por completo, porque ¡a ver quién es la guapa que no sucumbe ante un humano macho capaz de darse cuenta de la inversión que llevas hecha en bodymilk!

Las mujeres, sin embargo, somos diferentes porque estamos predispuestas genéticamente a un romanticismo que además alimentamos durante toda nuestra niñez con historias de príncipes rodeados de pajaritos que despiertan con un beso a las

princesas que duermen a la bartola.

Nosotras somos románticas de nacimiento. Ellos no. Ellos, salvo contadísimas excepciones, sólo lo utilizan durante un tiempo y como parte de su estrategia para intentar llevarnos, dependiendo de los casos, o bien al huerto o bien ante un juez de paz, pero casi siempre por ese orden.

El chasco llega después, cuando los vapores del convite nupcial y el humo de los puros con vuestros apellidos enlazados en la vitola se desvanecen en ese espacio inmenso y fofo que es la rutina.

Es entonces cuando él ya no necesita seguir haciendo méritos y tú te das cuenta de que sólo se acuerda de vuestro aniversario porque le has puesto una alarma en el móvil, que lo que de verdad le pone a cien son las películas de Jackie Chang y que aquella dedicatoria que te derritió los huesos no fue fruto de su inspiración porque es de una canción de El Fary.

Marisol es una de esas escasísimas afortunadas que puede presumir de marido «sueldazo Nescafé».

Se conocieron en Salamanca un 12 de mayo. Marisol pasaba el fin de semana con sus dos mejores amigas, Alicia y Sandra. Jacobo estaba estudiando cuarto de Geografía e Historia. Ella se alojaba en una habitación doble con cama supletoria en un hostel de la calle del Cañizal. Él, en un colegio mayor.

Como no podía ser de otra manera tratándose de dos almas, más que gemelas, siamesas, lo suyo fue un flechazo de manual: sus miradas se cruzaron entre el barullo de un bar de estudiantes, él le sonrió a ella, ella le sonrió a él, él se acercó y le dijo que estaba seguro de que la conocía, ella le respondió que no pero que no le importaría que empezara desde ese momento, él la acompañó hasta el hostel, ella le besó en la puerta porque le apetecía más que nada en el mundo y porque así, de paso, les ponía los dientes largos a sus dos amigas que espiaban por la rendija de las contraventanas de la habitación.

A las tres de la mañana él y otros siete más, todos vestidos de tunos, cantaban lo del

clavelito y la compostelana bajo aquella ventana, acción de gran mérito si tenemos en cuenta que caía un agua de mil demonios y que los leotardos no son la mejor protección contra aguaceros porque absorben los líquidos por capilaridad, como los azucarillos.

(Abro aquí uno de mis habituales paréntesis en el relato de los acontecimientos para dar un toque de atención a los compositores de canciones para la tuna que desde hace lustros viven inmersos en una modorra intolerable. Señores, por Dios... ¡Que el compositor de «Cielito lindo» subió al ídem en 1957!... Hagamos el favor de no vaguitar más. Pónganse manos a la obra y actualicen repertorio, que lo del palmero que se sube a la palma para decirle a la palmerita que su amor le solicita, ya no tiene más pases. Cierro el paréntesis).

A los dos años exactos, un 12 de mayo, Marisol y Jacobo se casaban en la iglesia de San Martín de la ciudad en la que se enamoraron. Pasaron la noche de bodas en aquel hostel del primer beso y, por supuesto, los compañeros de la tuna les cantaron bajo el balcón.

Fue en ese preciso instante cuando Marisol supo a ciencia cierta que Jacobo no era un romántico de ocasión. Encontrar a un hombre que no se lía a bofetadas con una tuna que le está poniendo la cabeza como un bombo en una noche tan especial al compás de «Triste y sola se queda Fonseca» ya es algo fuera de lo común; si además, en vez de eso, lo que hace es besarte la mano, cogerte de la cintura, sacarte a bailar y hacerte sentir como si lo que estuviera sonando de fondo fuera la Filar mónica de Viena y el tío de la pandereta Daniel Barenboim, es un milagro.

Marisol y Jacobo llevan ocho años de feliz matrimonio. Él le sigue dejando una rosa en la mesilla el día 12 de cada mes, y por las mañanas, antes de salir para la universidad -ahora ya no estudia, es uno de los profesores-, le escribe mensajes de amor que va escondiendo en cualquier rincón de la casa para que ella los encuentre en algún momento del día.

En contra de la tesis de la ya mencionada doctora Fisher que mantiene que el batido de testosterona, oxicitina y dopamina que segregamos al enamorarnos caduca a los siete años, que es cuando se supone que empezamos a mirar a nuestra pareja como si fuera de la familia, o dicho más crudamente, con la misma pasión con la que puedes estar limándote las uñas, Jacobo sigue mimando esos detalles pequeños que hacen posible que

algunos privilegiados le hagan un corte de mangas a la biología y mantengan sus feromonas frescas como un lechuga.

Cuando pasa por una pastelería se acuerda de comprarle a Marisol tarta de manzana, cuando van a Málaga le alquila un coche de caballos, cuando van por la calle la sigue cogiendo de la mano, cuando ella está muy cansada le prepara un baño con burbujas y velas, y cuando hacen el amor todavía se quita los calcetines. Un chollo extraordinario.

No es de extrañar que Alicia y Sandra, que no han tenido la misma suerte que su querida amiga -Alicia se casó con un tal Manuel, un óptico que lo más romántico que le ha dicho en los diez años que llevan casados es que tiene las pantorrillas de Messi; Sandra hizo lo propio con Jarek, un polaco de ojos verdes y perfil etrusco del que se separó cuando se enteró de que tenía mujer y tres hijos en su Polonia natal-, aprovechen cualquier ocasión para despellejar a la pareja con la misma minuciosidad con la que tuvo que actuar el encargado de doblar las servilletas en la boda de Felipe y Letizia.

-Qué quieres que te diga, chica. A mí un hombre hecho y derecho que te va dejando notitas como un colegial no me parece un tío normal.

-Creo que en su último aniversario se le volvió a declarar vestido de tuno. ¡Imagínate!

-Pero ¿no habían ido a celebrarlo a Venecia?

-Se llevó el traje. Por lo visto, antes de pedir los postres en uno de los restaurantes más famosos de la ciudad, él dijo que se iba al baño y volvió tocando la bandurria con todos los camareros detrás llevando una tarta en forma de góndola.

-¡No!

-Tal cual lo oyes.

¿Y no será que en el fondo Jacobo es un poco «rarito»?... Ya me entiendes...

-Pues mira, ahora que lo dices, yo también lo he llegado a pensar, ¿y sabes qué?, que no me extrañaría nada. Eso explicaría tanto detallito cursi...

... Y ese afán por vestirse como El Greco para calzarse unos pololos con cualquier

excusa.

-Qué quieres que te diga; si es así, no le arriendo las ganancias a la buena de Marisol, porque Manuel no será de los que sueltan un piropo ni por casualidad y Jarek será todo lo cabronazo que quieras, pero a machos no les gana nadie...

-¡Pobre Marisol!

-Sí, pobre...

Y tras llegar a tan satisfactoria conclusión o a otra parecida -en los últimos ocho años Alicia y Sandra habían explorado toda clase de teorías en las que Jacobo había sido sucesivamente, y por temporadas, un impotente que tenía que hacerse perdonar, un jeta que seguro que llevaba una doble vida y mimaba a Marisol porque se sentía culpable, un cursi redomado, un prepotente que pretendía dar lecciones de buen marido y un gay vergonzante-, las dos amigas, que no soportaban reconocer que hubiera hombres como Jacobo porque hacerlo era asumir también que no habían sido tan afortunadas a la hora de elegir pareja, cambiaron de tema mientras continuaban mojando la envidia en sus dos cafés solos, como ellas.

EL MARIDO LIGÓN



FICHA TÉCNICA

Ídolo: Jacks. Que una tía enfundada en cuero lleve años recorriendo el mundo en moto buscándole le convierte en un semidiós.

Paisaje idílico: las Tetas de Viana, provincia de Guadalajara.

Animal con el que se identifica: el pavo real.

Lectura de cabecera: ninguna. No lee en la cama.

Historia de Mamen

Los maridos no son nunca amantes tan maravillosos
como cuando están traicionando a su mujer.

MARILYN MONROE

Tener un marido ligón es tan incómodo como sacar a pasear a un perro maleducado que se va meando por todas las esquinas que no debe.

La mayor parte de las veces se trata de hombres que, o bien en su juventud tuvieron menos éxito con el género opuesto que Julián Contreras con su disco y, una vez que tienen dinero y/o poder, pretenden recuperar el tiempo perdido utilizándolo como arma de seducción, o bien tíos inmaduros que necesitan demostrarse a sí mismos que son la pera limonera tirándole los tejos a todo lo que lleve faldas aunque sea un jeque árabe.

En cualquier caso, son un fastidio y una pésima elección, salvo que el tipo en cuestión sea Berlusconi y tú estés dispuesta a aguantar carros y carretas a cambio de pasar una temporada en 11 Gernetto, que me imagino que no es el caso.

A Mamen, aunque parezca mentira, lo de Isidro con esa tal Reyes le cayó encima de sopetón.

Que su marido tontease de vez en cuando con alguna no era ninguna novedad. Lo tenía asumido de la misma manera que había visto a su madre hacerse la tonta con los «deslices» de su padre, que era otro de esos que no pueden estar al lado de una mujer medianamente vistosa sin que los dientes le rocen con las baldosas.

A Mamen le educaron con el cuento chino de que los hombres son infieles por

naturaleza, de que todos llevan dentro un cazador y de que no pasa nada porque al final siempre vuelve contigo, que eres la oficial y a la que verdaderamente quiere aunque te tenga menos respeto que el alcalde de Getafe a los votantes del PP. Por eso le aguantaba a Isidro lo que le aguantaba... Bueno, por eso y porque tenían separación de bienes y el divorcio podía ser una malísima inversión.

Era más cómodo -también más humillante, pero en eso prefería no pensar- perdonarle como en aquella ocasión, cuando le sorprendió haciendo manitas con aquella bailarina en Lucio; y lo de Anita Sotomana, más conocida en el club de golf como «La Bimbo» porque tenía fama de fresca; y lo de Natalie, la profesora de francés que durante tres meses fue al despacho de Isidro a darle clases hasta que Mamen le mandó con el chófer una barra de labios de Dior color frambuesa con una tarjeta: «Para que repongas la que te has dejado en el cuello de la camisa de mi marido. Saludos cordiales. Firmado: Sra. de Campano».

Todas fueron de corta duración y escaso recorrido, y de cada una de ellas tuvo conocimiento, por mucho que Isidro la creyese en la inopia. Para estas cosas las mujeres tenemos un sexto sentido que nunca falla y que se llama «amiga chivata», «vecina cotilla» o «conocida con mala baba», que no tarda en comunicarte que tienes más cuernos que una manada de rinocerontes.

La primera vez que se percató de la clase de elemento con el que había matrimoniado fue a los tres años de casada, y por lo que pudo averiguar después, lo que ella creyó un hecho aislado era para Isidro su *modus vivendi*. Les tiraba los tejos a las azafatas del AVE, a las chicas del servicio, a la socorrista de la piscina y a la vendedora del Círculo de Lectores, que estaba encantada porque le compraba los libros por metros.

Se los tiraba incluso a las mujeres de sus amigos, como la última vez que invitaron a varios matrimonios al yate y le estuvo haciendo ojitos a aquella rubia oxigenada -«¿Cómo se llamaba? ¿Clara? ¿Alba? ¿Blanca?... Bueno, qué más da»- hasta que pasó lo que pasó (para gran regocijo de Mamen, que ahí se dio cuenta de que su marido era un mierda perfecto, que diría Pérez Reverte) y vendieron el yate. A pesar de que Isidro tenía facha y, sobre todo, dinero a espuestas, sus mañas no siempre colaban porque se le veía venir como a casi todos. Pero cuando alguna caía, Isidro no era de los que dan un paso atrás.

Mamen sabía que todas sus amigas lo sabían, y que también lo sabían los subordinados de Isidro, y las vecinas de la urbanización, y sus cuñadas, que eso sí que le reventaba. Las cuñadas, salvo raras excepciones, suelen tener muy malas entrañas en estas tesituras y gustan de amenizar las reuniones familiares soltando indirectas a la yugular.

Hubo un tiempo en el que, animada por Teresa Sánchez del Romero y Lidia Menchaca, las únicas íntimas con las que había llegado a comentar abiertamente su condición de mujer de un picaflores, se planteó pagarle con la misma moneda. Al fin y al cabo, ella tampoco estaba nada mal: ni gota de celulitis a pesar de haber cumplido los cincuenta; ni rastro de ojeras, patas de gallo ni couperose, gracias a los cuidados profesionales de Chelo Candenás, la famosa esteticista; ni asomo de varices, manchas de edad o antiestéticas estrías, que son el pan nuestro de cada día en cuanto se pasa de la cuarentena.

Además, al igual que Isidro, ella también tenía a su favor la cuenta corriente que compartían y él rellenaba. Pero se lo quitó de la cabeza en cuanto se dio cuenta de que, como venganza, era una birria, porque la mera idea de acostarse con otro hombre le daba bastante más grima que satisfacción. Con los años había optado por mirar hacia otro lado y gastarse una cantidad indecente de dinero en las cosas más absurdas cada vez que intuía que Isidro estaba tonteando a sus espaldas.

Hasta lo de la tal Reyes, claro.

A Reyes Martínez le conocían con este nombre en su casa, porque para el resto del respetable era la actriz Anabel Montero, conocida por su papel de psicóloga maciza en una serie de televisión ambientada en un colegio en el que el alumno que no era heroinómano tenía anorexia y el profesor que no rozaba en la pedofilia era adicto a las saunas. Una de tantas, vamos.

Mamen se enteró de que estaba teniendo un lío con Isidro por una llamada de teléfono de un conocidísimo (y carísimo, dicho sea de paso) hotel parisino, en la que le comunicaban que madame Campano se había dejado el neceser en la habitación y que no tenían ningún inconveniente en hacérselo llegar a través de una empresa de mensajería urgente.

Evidentemente, ni Mamen había estado en ese hotel, ni se había dejado su neceser en ningún lado, así que de inmediato llamó a L. J. Hernández, el discretísimo detective - tanto que nadie sabía cómo se llamaba porque ocultaba su nombre con dos simples iniciales, demostrando una vis comercial admirable- que otras veces le había ayudado a verificar sus sospechas, y lo puso tras la pista de este nuevo escarceo de su marido.

Apenas tardó una semana en devolverle la llamada.

-¿Señora de Campano? Ya tengo datos sobre lo que usted nos encargó.

~y?

-En esta ocasión se trata de algo bastante más delicado que otras veces; así que si le parece bien, nos podemos ver en mi despacho esta misma tarde.

A Mamen, las fotos de Isidro saliendo de un portal de la calle Muntaner con la tal Anabel Montero no le hubiesen preocupado más de lo habitual si no fuera porque, según «Elejota» Hernández, el asunto venía de largo.

-Por lo que hemos podido averiguar, su marido frecuenta desde hace más de tres años este domicilio que figura en el registro como propiedad de doña Reyes Martínez Sánchez. Según el portero, no sigue una rutina fija, pero viene con bastante asiduidad, tiene llave del portal y los fines de semana que se ha quedado han sacado juntos a los perros, una pareja de yorkshires que por lo visto le regaló a la señorita Montero su marido de usted.

A Mamen no le dio un vahído porque recordó a tiempo que Greta Garbo nunca se desmayaba por si caía en una posición poco elegante, pero a punto estuvo. Tampoco hubiera pasado nada, porque empezó a soltar por la boca tal retahíla de tacos que aunque se hubiera quedado de cúbito supino con las puntas de los pies rozándole la nariz, no habría sorprendido más al curtido «Elejota».

A partir de aquel momento Mamen tuvo claro que el único objetivo de su vida iba a ser el de hacérselo pagar carísimo al cabronazo de Isidro, porque una cosa es un par de noches golfas y otra muy distinta tener querida fija.

-Queda con ella y cuéntale lo de la profesora de francés. Que se entere la tal Reyes que durante todo el tiempo que te ha estado engañando con tu marido, él también se la pegaba -sugirió Teresa, que en el fondo estaba encantada con el culebrón de su amiga.

-Pégale una patada en el culo y ponle las maletas en la calle -propuso Lidia, que era más práctica.

Pero lo que hizo Mamen, después de meditarlo sosegadamente, fue mucho más astuto. Lo primero fue mandar por Seúr Express toda la ropa de Isidro a la casa de la calle Muntaner con una de esas notitas a las que era tan aficionada: «Querido Pino Marino: a partir de ahora los únicos que te van a tener que aguantar son esa actricilla de medio pelo y mi abogado, del que pronto tendrás noticias. Que te den. Firmado: tu ex mujer».

A partir de ese momento Isidro hizo lo que suele hacer el noventa y cinco por ciento de los hombres pillados con las manos en la masa: arrepentirse muchísimo.

Intentó volver y ella cambió la cerradura; le llamo infinitas veces por teléfono y ella cambió de móvil y dio orden al servicio de que no le pasaran ninguna llamada del «tal señor Campano»; le intentó abordar por la calle y ella azuzó en su contra a un abuelo con aspecto de Jesús Neira gritando que le acosaban, y si no fuera porque el entrenador de Isidro le obligaba a correr media hora diaria en la cinta estática con dos abrazaderas rellenas de plomo sujetas a los tobillos, el abuelo lo muele a bastonazos.

Isidro terminó claudicando y fijó su domicilio definitivo en la casa de Reyes/Anabel, con la que se amancebó a jornada completa.

Mamen, mientras tanto, puso su divorcio, que prometía ser sonado, en manos del bufete de la prestigiosa abogada Natalia Linares, muy conocida por sus rotundos éxitos cuando se trataba de exprimir como limones a maridos sin escrúpulos, y continuó con su vida como si no hubiera pasado nada, arropada por sus amigas (que, por otra parte, no se privaban de contarle que se había visto a la pareja en tal o cual lugar).

Aparentemente a Mamen la ruptura de su matrimonio no le había afectado demasiado... O eso era lo que aparentaba.

Hay tanta literatura al respecto, que hasta un tonto de baba sabe que dentro de toda mujer despechada hay una terrorista suicida capaz de inmolarse con tal de que al canalla que la ha dejado por otra no le alcancen siete vidas para pagarlo. Y ella no era una excepción.

Decidió dejar pasar el tiempo con esa frase tan socorrida de que «la venganza es un plato que se sirve frío».

Se mantuvo a la espera con la hierática elegancia de un miembro de la Benemérita apostado en una rasante y la paciencia de un escriba japonés, y a los seis meses, dos semanas y cuatro días, invitó a comer a jockey a su profesor de tenis, un treintañero de toma pan y moja. Por supuesto sabía que Isidro estaría allí con un par de clientes y, por lo tanto, sin la Martínez/Montero. En el tiempo en que no se habían visto, Mamen se había hecho unos retoquitos (pocos pero estratégicos): se cambió la media melena caoba por otra desflecada con mechas mucho más favorecedora, se hizo un lifting discreto pero efectivo y se plantó un par de tetas de esas, con las que sólo se atreven las que saben que no van a tener que pasar a diario por debajo de ningún andamio.

-Hombre, Isidro, cuánto tiempo...

Isidro, de la impresión, se puso de pie de un salto incrustándose el borde de la mesa en el medio muslo y tirando de paso un par de copas de vino sobre su entrecôte a les deux fromages.. .

-Mamen... ¡Qué sorpresa!... ¡Estás estupenda! -Sus ojos iban del pelo a las tetas y de las tetas al pelo como si fueran dos canicas de goma-. ¿Qué haces tú por aquí?

-Pues ya ves -le contestó mientras señalaba con un estudiado gesto de su nueva melena al tenista macizo-. Comer, igual que tú.

Que a Isidro no le hizo ninguna gracia el acompañante de Mamen fue algo tan evidente como el tonto que ella se traía con él. No hay hombre que aguante con ademán impasible que la mujer a la que dejó tirada por otra que ya empezaba a perder el encanto de lo prohibido esté mucho mejor que cuando la dejó.

Lo que esperan los hombres en estos casos es que esté llorando amargamente por los

rincones y no pelándose unas cigalas con un mix de Alain Delon en sus buenos tiempos de Venganza al sol y Fernando Verdasco.

-Bueno, os tengo que dejar. Me ha encantado volverte a ver, Isidro. Llámame un día de estos y nos tomamos un café para recordar los viejos tiempos -concluyó Mamen enfatizando la palabra «viejos» con una sonrisa arrebatadora.

Sólo tuvo que esperar dos días.

Tal y como Mamen había previsto, la picaflores de Isidro no la curaban ni un escuadrón de Anabeles, así que una tarde quedaron en verse en un coqueto restaurante italiano al que ella acudió tras una sesión extra en el centro de belleza de Chelo Cadenas y él como un pincel al que hubieran sumergido toda una noche en Bleu de Chanel. Isidro tardó exactamente veintidós minutos en cogerle de la mano, veintiséis en recordar con nostalgia los muchos buenos momentos que habían vivido juntos, cuarenta y dos en echarle sus famosos tejos y ciento treinta y seis en acabar en la cama de Mamen, la misma que durante diez años también había sido la suya.

-Vuélvenoslo a contar porque no nos lo creemos.

Dos meses más tarde, Mamen compartía mesa, sombrilla y montaditos de atún con tomate con Teresa y Lidia en una mesa de la terraza del Flores que estaba justo debajo de su clase de Pilates y que se había convertido en parada obligatoria para reponer fuerzas antes de volver cada una a su casa.

-¿Así que ahora te has convertido en la amante de tu ex?

Teresa no daba crédito a lo que estaba oyendo; Lidia tampoco, pero prefería atacar su montadito de atún y dejar el interrogatorio a Mamen sobre su peculiar relación con el que había sido su marido a la cotilla de Teresa.

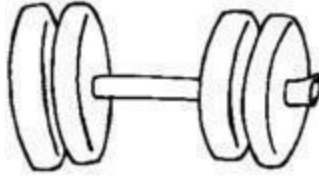
-Como lo oyes -se rio Mamen-. Ahora la tal Reyes, o como quiera que se haga llamar la «novia oficial» del idiota de Isidro, es la que le lava los calzoncillos y le escucha hacer gárgaras en el baño, y yo a la que pasa a buscar oliendo a colonia. ¿Y sabéis lo que os digo? Que esto es mucho mejor.

Mamen siguió viéndose con Isidro a escondidas durante un año, al cabo del cual, y con la inestimable colaboración del detective Hernández, le hizo llegar a la Montero tres sobres de fotografías en 20 x 20 para que no tuviera ninguna duda sobre la «fidelidad» de su enamorado.

Evidentemente, la actriz, que en su fuero interno lo debía ser de carácter, puso de patitas en la calle a su Romeo, que hizo el equipaje convencido de que Mamen lo recibiría con los brazos abiertos, el camisón salmón y ese par de melones de nueva generación que se había financiado con una infinitésima parte de lo que le había correspondido en el reparto del divorcio.

Lo único que lamentó la ex señora de Campano fue no poder verle la cara cuando se encontró con las puertas definitivamente cerradas, pero es que, en el preciso instante en que Isidro arrancaba su coche con gesto de absoluta derrota en busca de un hotel en el que poder dormir más solo que la una, ella volaba en clase Business rumbo a Marrakech con su profesor de tenis.

EL MARIDO DECATLÓN



FICHA TÉCNICA

Prenda favorita: el chándal en todas sus variedades.

Canción favorita: «Amigos para siempre».

Lugar idílico de vacaciones: un camping.

Lectura de cabecera: catálogo de material deportivo de Barrabés.

Historia de Esther

Si no fuera por el matrimonio,
algunas mujeres no tendrían nada en común
con sus maridos.

ANÓNIMO

A diferencia de lo que les ocurre a los forofos del fútbol, que sólo sufren o disfrutan con las penas y las alegrías de sus equipos balompédicos, hay hombres que viven entregados al deporte en general. Son los hombres decatlón.

El término «marido decatlón» lo acuñó Esther después de vivir tres años con un tal Alex al que las demás sólo conocimos de refilón porque le duró lo que un esmalte de uñas a Freddy Krueger.

Según su propia definición, un marido decatlón es aquel cuyo máximo concepto de la elegancia pasa por el chándal de poliéster imitación a terciopelo en color siena, el del ocio por patearse la sección de deportes del Hipercor, y el de la diversión por dejar la mente en blanco para rellenarla a posteriori con el contenido de los veintiséis canales de deportes disponibles, con independencia de que retransmitan un Barca-Madrid, el campeonato estatal de Oklahoma de lanzamiento de martillo o la final, desde Amorebieta, de levantamiento de piedras en la ETB-2.

Resumiendo: es como Jim Carrey en El show de Traman, sólo que en su caso el mundo paralelo en el que vive incrustado es el del canal Sport.

-Entre semana -recuerda Esther- a Alex no había quien le levantara de la cama por las mañanas, pero, eso sí, el domingo que retransmitían una carrera de fórmula 1 el tío se levantaba antes que las gallinas y allí estaba dos horas, sin chistar, envuelto en una manta y viendo pasar coches a toda mecha, que ya me diréis cuál es la diversión, porque son todos iguales. Pero luego, no os lo perdáis, te ibas con él al Circo del Sol y decía que se aburría, que a él esas cosas le dejaban frío...

El marido fugaz de Esther, como todos los de su querencia, era -supongo que lo seguirá siendo, aunque no se ha vuelto a saber nada de él- de los que hablaba de los triunfos de los deportistas españoles en plural mayestático, como el Papa: «Hemos ganado el mundial», «Nos hemos llevado la ensaladera de Wimbledon», «El Tour es nuestro, que se jodan los franceses». Y lo dicen como si hubieran estado en el Tourmalet sudando la gota gorda, en vez de en el sofá de su casa tomándose un pacharán.

La obsesión de estos sujetos por tragarse cualquier retransmisión deportiva roza el absurdo, porque si bien es cierto que hay deportes en los que la emoción es una constante -el baloncesto o el tenis, sin ir más lejos-, hay otros que se nota que van forzados. El waterpolo, por ejemplo, ¿qué clase de deporte es ese? Balonmano en el agua... ¿Y por qué no en barro hasta el cuello? Si de lo que se trata es de jorobar a los jugadores poniéndoselo difícil, podrían hacerles jugar descalzos sobre brasas encendidas... No, hombre. Si ya existe el balonmano, ¿para qué complicar las cosas?

Según esa teoría podríamos inventarnos el «stone-fútbol», en el que cada futbolista llevara una piedra de las que levantaba Perurena al cuello, o el «snow-tenis», con Nadal y Federer jugándose los Brand slams con la nieve a medio muslo.

Hay otros deportes que lo son porque quien tenía que decidir en aquel momento se debió de levantar de la cama con depresión. El billar, por ejemplo. Un deporte en el que no se suda y hay que llevar pajarita no se puede tomar en serio. Es como el ciclismo. ¿Alguien se puede fiar de un deporte en el cual quien gana la final de una carrera es un corredor que no ha llegado el primero en ninguna de las etapas y en el que los rivales se ceden el sitio? Seamos sinceros: no.

Y qué decir de las carreras de coches y de motos... Tampoco son un ejemplo a seguir

que digamos. Mucha campaña de la DGT contra el alcohol, pero en cuanto el campeón se sube al podio lo primero que hace es ducharse en cava como Laporta. Es posible que ahora, con la ley antitabaco en marcha, también lo celebren recogiendo el trofeo envueltos en humo de puro, como Michael Jackson en Thriller. Digo yo que Raquel del Rosario, la mujer de Fernando Alonso, tiene que estar que se sube por las paredes...

-¿Y esto?

-Que como he ganado la carrera de Burundi, me he vuelto a tirar todo el cava por encima...

-Muy bonito, sí señor. Y luego ¿quién le quita las manchas al mono, eh? ¡Cómo se nota que no eres tú el que tiene que frotar!... Y lo de Burundi habrá que verlo, porque pegas un pestazo a perfume barato que echa para atrás...

-Ya sabes: las chicas de la organización que te dan el ramo y se te cuelgan del cuello para la foto...

-Sí, sí. Cuéntame milongas. ¡A saber de dónde vendrás tú a estas horas, golfo!

Frente al marido decatión pasivo, en el que el grueso de la masa muscular se concentra casi en su totalidad en el dedo índice, de manejar el mando y quitarle las argollas a las latas de cervezas, y cuyo mayor alarde físico es el de coger el coche para ir al quiosco por el Marca (con el chándal, eso sí, que se note que es deportista), está el marido decatión activo, que es el que, como su primo carnal, el forofo practicante, gusta de ejercitarse en sus ratos libres en la disciplina deportiva de sus amores. El problema está en que, como su afición es multidisciplinar, no es infrecuente que acabe malísimo de la parte de los tendones.

-Esther, mañana ponme el despertador a las nueve que he quedado con Jaime para salir con las bicicletas. Ah, y esta tarde tengo pista de pádel a las seis con Carlos.

-¿Carlos, tu jefe?

-Sí. Desde que se ha separado, el tío se ha vuelto medio vigorético. Antes andaba todo el día mirándose la tensión, pero ahora se pasa las horas entrenando. Ha montado

un torneo de pádel entre todos los de la importadora y hoy jugamos juntos el primer partido de dobles.

-Pues te recuerdo que hemos quedado con Paca y Chente en el Flores (mejor dicho, has quedado tú, porque a mí no me apetecía un pimiento) para tomar una copa y jugar una de dardos...

-Tú tranqui, reina. «Mens sana in corpore sano»...

Normal que, al día siguiente, Esther tuviera que tirarle literalmente de la cama para despertarle.

Más que con un corpore sano, Alex con lo que amanecía después de uno de sus fines de semana de intensa actividad física era con el corpore insepulto; un corpore, por cierto, siempre equipado a la última, porque un hombre decatión que se precie no hace ningún deporte sin ir perfectamente pertrechado. Da igual que tengan el culo plano, los muslos como dos sacos de algarrobas y la cabeza de César Cadaval: individuos que jamás irían a un baile de disfraces vestidos de arlequín, en cuanto te descuidas se plantan un maillot, unas gafas de avispa y un casco que parece medio melón que les han arrojado desde una ventana sin pizca de miramiento, y se van por ahí a pasear en bicicleta, sin pudor de ningún tipo.

Y eso sin contar con el resto de pijotadas que se echan por encima a imagen y semejanza de sus ídolos...

-No sé si te has dado cuenta, cielo, pero se te ven los calzoncillos por debajo del maillot.

-No son los calzoncillos, son unos pantalones que se ponen debajo del culotte, que están hechos de un tejido elástico que te va masajeando los músculos mientras pedaleas. Son lo último. Los usa Contador.

¿Y eso que llevas en la nariz?

-¿Esto? Una tira nasal que te abre los orificios respiratorios. Las usa Guti.

-¿Y los esparadrapos de colores?

-Tecnología japonesa. Son unas vendas de microfibra que ejercen una acción drenante sobre las lesiones tendinosas.

-¿Y tú tienes una lesión tendinosa?

-No. Me las pongo como prevención. A que son chulas... Las lleva Nadal.

Los decatloneros son de los pocos que todavía no se han enterado de que el hábito no hace al monje y, como esa popular mona que no sabe que sigue siendo reconocible bajo sus ropajes de seda, se van tan frescos, con las piernas a tiras de colores como la capa de un tuno, el melón en la cabeza y las narices dilatadas como Copito de Nieve, a dar vueltas por el carril bici.

El entonces todavía marido de Esther no sólo se apuntaba a los deportes clásicos. Cada vez que descubría una nueva disciplina se lanzaba a probarla con entusiasmo. Luego le duraba lo que le duraba, claro, porque hay deportes que, vistos desde la distancia, están chupados, pero que cuando uno se pone a ello...

-Mira, Esther -Alex aparecía cada dos por tres con nuevos artilugios destinados a la práctica de alguna actividad novedosa. En este caso, eran dos bastones como de esquiar y unas zapatillas suizas anatómicas con suela mecedora Vibram.

-Muy elegantes.

-Mira, mira la suela, está hecha con un diseño exclusivo que impide que te resbales cuando pisas un suelo poco firme.

-Ya.

-¿Y los bastones?... A que son una maravilla. Fibra de carbono, asidero anatómico de corcho y punta de tungsteno...

-Muy bonitos. ¿Y se puede saber para qué sirven?

-Para hacer nordic walking.

-Ya. ¿Y se puede saber qué es eso?

-Marcha nórdica. Consiste en andar impulsándote con los bastones y con un paso especial que, además de hacerte trabajar todos los músculos de la espalda, fortalece los tríceps, relaja el cuello y endurece los glúteos.

No se puede negar que lo de los glúteos despertó la atención de Esther. Como es bien sabido, a partir de los veinticinco el cuerpo humano, que es un puñetero, empieza a tirar a tierra con el consiguiente descolgamiento de toda chicha, protuberancia y pellejo.

En cuanto te despistas, tienes el ombligo entre las tetas y el culo a la altura de las pantorrillas. Esther, que ya llevaba semanas mosqueada porque la prueba del lápiz -se coge un lápiz, se pone debajo de un pecho: si el lápiz cae, la cosa va bien; si el pecho es capaz de sujetarlo, es que la decadencia ha comenzado- le advertía de que estaba a punto de caramelo, sintió un insólito interés por este nuevo deporte... Y, por una vez, se apuntó a la novedad. Craso error.

El deporte, cualquier deporte, cuando una no tiene ninguna aspiración olímpica y lo aborda, como era el caso, sin más intención que la estética, sólo puede practicarse con amigas. Hacer deporte con un hombre es un imposible metafísico.

Para empezar, se empeñan en observar las reglas al pie de la letra, como si en vez de realizar una actividad lúdica en pareja estuvieran en una final europea. Si juegas al tenis con una amiga, esta te deja que la bola bote dos veces porque tú también le dejas a ella, y si en el saque la pelota sale disparada hacia atrás, se puede repetir porque se entiende que es un fallo. Ellos no. Ellos juegan a ganar. Un rollo.

Y no creáis que lo hacen sólo con nosotras. Entre ellos se cogen unos piques de aúpa. Induráin, sin ir más lejos, desde que dejó el ciclismo profesional no puede salir a dar un saludable garbeo con sus hijos pequeños en bicicleta porque, en cuanto pisa la acera, todos los decatloneros de los alrededores salen en tromba a sacarse fotos con el móvil.

-Mira, en esta estoy adelantando a Induráin.

-Yo sólo veo a Induráin adelantando a un señor que va en bicicleta de paseo con dos niños pequeños.

-No, hombre: el del casco, las gafas, el maillot amarillo y la bici soy yo. El señor de

los niños es Induráin, y ¿ves?, adelantándole, como un jabato.

Jo, macho, vaya puntazo. Oye, ¿y eso que llevas en la nariz?...

Esther y Álex se separaron a los tres años de casarse, según Esther por cuestiones que no tenían nada que ver con su condición de decatlonero y sí con los distintos trabajos que fue perdiendo Álex por culpa de su impuntualidad a la hora de abandonar las sábanas. Un vago redomado, vaya. Esther alegó «deterioro de la convivencia», aunque según Natalia, su abogada, presentando como prueba el chándal siena de Álex podrían haberle demandado por tortura marital.

De aquel matrimonio fugaz a Esther sólo le quedó, aparte del uso y disfrute del piso conyugal, la afición por el nordic walking. Ella, en cierta forma, también se ha convertido en una decatlonera que no perdona sus dos horitas diarias de marcha nórdica por El Pardo, perfectamente pertrechada con sus zapatillas Vibram, forro polar en un discreto azul azafata y sus bastones de fibra de carbono, asidero anatómico de corcho y punta de tungsteno.

Las amigas le solemos tomar el pelo con este asunto, pero lo cierto es que se le ha puesto el culo duro como una encimera de granito, a la muy asquerosa.

EL MARIDO ENMADRADO



FICHA TÉCNICA

Canción favorita: «Mamy Blue» y «A song for mama», de Boyz II Men.

Plato preferido: las croquetas de su madre, el cocido de su madre y las torrijas de su madre.

Película favorita: Mamá cumple cien años.

Libro de cabecera: La madre, de Gorki.

Historia de Begoña

Los enamorados sueñan;
los esposos son despertados.

ALEXANDER POPE

E

n esta sociedad nuestra -que, digan lo que digan, es sabia- el matrimonio es cosa de dos, lo cual no quita para que haya momentos críticos en los que sintamos que va sobrecargado. Sin embargo, haciendo caso omiso a esta realidad, todavía hay hombres que no se han enterado y, cuando matrimonian, lo hacen en pack, como el marido de Begoña, más conocida por sus compañeras de trabajo como «la bígama» porque está casada con Berto y con la madre de Berto.

-Una cruz como otra cualquiera, ya veis. Aunque desde el principio me di cuenta de que Berto dependía de su madre más que Borja Thyssen de la suya, estaba convencida de que la situación cambiaría en cuanto nos casáramos y saliera de su casa. Pero nada. Así que aquí me tenéis, apechugando...

Doña Salud -a la sazón, suegra de Begoña- está divorciada de un cartero burgalés del que dejó de tener acuse de recibo cuando Berto tenía ocho años.

Es una mujer que de joven no debió de ser fea, pero que con los años ha ido adquiriendo la apariencia anodina de quien no tiene ningún interés en gustar a nadie, ni siquiera a ella misma: bajita, pelo corto sin teñir, medio tacón, gafas de montura metálica... Muy al estilo de Finlandia, que es un país en el que las mujeres -no me pregunten por qué, porque aunque lo he buscado con ahínco no he encontrado ningún estudio antropológico que lo explique-, a partir de los cuarenta y tantos, se desentienden

de rituales tales como depilarse el bigote, teñirse las canas, hacerse la manicura, comprarse sujetadores que sujeten y renovar su vestuario con algo que no sea unos pantalones de corte masculino y una cazadora unisex. (El vestido de lentejuelas, con fajín de raso, manga farol, fruncidos imposibles y floripondios a granel que toda finlandesa tiene para las grandes ocasiones, como una boda, la puesta de largo de su hija o ir de cena-baile a una terraza en Torre Vieja, es otro cantar. Ese siempre está en el armario envuelto en una funda.)

La madre de Berto podría pasearse por Tampere sin que ninguno de sus lugareños sospechara jamás que hay entre ellos una impostora de Pancorbo.

Doña Salud nunca levanta la voz, ni critica abiertamente. Se limita a poner cara de pena, a dejar caer comen tarios como quien no quiere la cosa y a crearle mala conciencia a Berto, al que tiene perfectamente adiestrado para que termine haciendo, diciendo y opinando lo que ella quiere.

-Tampoco será para tanto -apunta Mayte, mientras ayuda a Begoña a plegar las siete camisetas que ha descuajeringado una denta que al final no se ha llevado ninguna.

Mayte y Begoña llevan trabajando juntas en la sección de tallas grandes de los almacenes Isma desde hace algo más de tres años, y aunque Mayte es diez años más joven que Begoña, se han hecho buenas amigas.

-Al fin y al cabo, no vive con vosotros... Imagínate lo que sería tenerla todo el día en casa.

-No sé qué es peor. Llama todas las noches para ver cómo ha pasado Berto el día, que eso tampoco me molestaría mucho si no fuera porque, de paso, él aprovecha para contarle con pelos y señales cualquier problema que tengamos, le pide la receta de sus croquetas de bacalao («A Begoña no le salen como a ti») y le dice que sí, claro, que cómo no vamos a ir el domingo a comer como todos los fines de semana. Y luego, cuando llegamos, «mamá» opina sobre el coche que nos vamos a comprar («¿Ese que sólo tiene dos puertas, hijo?... Bueno, vosotros veréis lo que hacéis, pero donde esté un coche con cuatro puertas, mejor en negro, que es más elegante...»), el colegio del niño («¿Y no lo vas a llevar a los Escolapios con lo bien que te fue a ti? No sé, hijo... tú eres el que tiene que decidirlo, faltaría más... bueno, los dos... pero estoy segura de que en los

reformatorios hay más estudiantes de institutos que de los padres Escolapios») y hasta del último regalo que me ha hecho Berto («Muy mono, hija. La pena es que te lo haya cogido en amarillo, que es un color que no resalta, con lo pálida que tú eres... En granate te hubiera quedado más lucido»).

»Eso sí, siempre con cara de no haber roto un plato y hablando en susurros como una carmelita. ¡Estoy hasta las meninges de mi suegra y del corderito de Norit que ha parido y con el que yo me he casado!

En contra de lo que se suele pensar, no todas las madres absorbentes tienen el aspecto formidable de una Rita Barberá, ante la que cualquier nuera no podría evitar que las rodillas le hicieran un solo de castañuelas, no... Las hay como doña Salud, «madres muérdago» de inofensiva apariencia, como ese falso símbolo de buena suerte que, a la hora de la verdad, no es más que un parásito vegetal que vive alimentándose de la savia de otros árboles. En este caso en concreto, del «alcornoque» de Berto, que siente por su madre la adoración de un hijo de mamma siciliana en una película de Visconti.

-O de un psicópata con un complejo de Edipo que se puede ver desde el espacio exterior, como la Muralla China -apostilla Patricia, otra de las compañeras de Begoña, que acaba de incorporarse a la conversación porque, aprovechando que casi es la hora de comer y los compradores de tallas grandes lo suelen tener muy presente, había ido a tomarse un cafetito al bar de la esquina, el Flores.

-¡Es verdad! Acuérdate del de la película Psoriasis, la del hijo zumbeta que al final mataba a su madre en la ducha.

-Mayte, hija, mira que eres bruta... Ni Berto es Norman Bates, ni la psoriasis tiene nada que ver con la psicosis.

-Eso es que tu marido, al haber crecido sin la figura del sinvergüenza de su padre, no ha tenido un referente masculino del que aprender los comportamientos básicos de un macho dominante, y eso hace a los hombres muy dependientes -afirma Patricia, que como se lee de cabo a rabo todas las revistas femeninas porque su madre tiene un quiosco de prensa, está puestísima en consultorios y «hechos de la vida real».

-¿Tú crees?

-Como lo oyes.

¿Y eso tiene solución?

-Sólo tres: que a tu marido le hagan una lobotomía, que tu suegra casque o que encuentre un novio con el que hablar todas las noches y comer los domingos...

Aunque cualquiera de las soluciones de Patricia hubiera dado resultado -hoy en día es tontería gastarse el dinero en psicólogos, sexólogos y sociólogos habiendo, como hay, tratados muy completos en esta materia tales como el Pronto o Cosmopolitan-, a Begoña, que no tenía muy claro lo que era una lobotomía ni está en posesión de la gélida temperatura de carácter imprescindible en una asesina a sueldo, lo de buscarle un novio a su suegra no le pareció ningún disparate.

«Arturo, el separado ese tan serio del quinto C, podría ser una opción... o pensándolo mejor, casi que no, porque, aparte de que creo que se sigue viendo con su ex, tendría a la suegra de vecina y ya era lo último que me faltaba. O Mariano, el de la panadería, que también debe de ser de la quinta. Ese creo que es soltero, pero me tengo que enterar, o... ¡quita! ¡Abelardo, el encargado de la sección de pantalones!... Es un poquito redicho, la verdad, pero está viudo y tendrá más o menos la misma edad; quizá un par de años menos... Podría ser perfecto... ».

Abelardo, en efecto, era el paradigma de vendedor de ropa masculina.

No sé si alguna vez habéis observado que en la mayoría de los grandes almacenes las únicas que van con uniforme son las mujeres. Esta práctica, aunque es claramente machista, nos permite, sin embargo, distinguir sin esfuerzo entre cuentas y empleadas. Con los hombres es diferente. Ellos tienen libertad para ponerse la camisa, la corbata y el traje que quieran, siempre y cuando no sea color mantequilla. Por eso, el gremio de vendedores ha tenido que desarrollar un mecanismo de diferenciación que le permita distinguirse de la clientela.

Ese mecanismo consiste básicamente en tener aspecto de vendedor. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, traje gris o azul marino, corbata en tonos de temporada, zapatos no muy

caros (correctos aunque un poco machacados por la cantidad de horas que están de pie), rostro anodino, extraordinaria soltura tanto en el descuelgue como en el doblado de cualquier prenda, y ademanes de mayordomo inglés. Sobre el papel, estas pistas pueden parecer algo endebles si de lo que se trata es de hacerse notar, pero en la práctica, y a menos que el cliente sea Eduardo Zaplana, crean en su conjunto un efecto brújula que nos permite enfilar directamente hacia cualquier dependiente sin temor al equívoco.

Abelardo, además de cumplir a la perfección con todos estos requisitos, había ido adquiriendo a lo largo de sus treinta y ocho años de vendedor cara al público -primero como empleado de Galerías Preciados y después, cuando la famosa cadena cerró sus puertas, de los almacenes Isma, en donde está a punto de ser obsequiado con una bandeja de plata con dedicatoria y firma del jefe máximo, Isidro Campano, que siempre tiene ese bonito detalle con sus empleados cuando cumplen veinticinco años en la empresa- un lenguaje sumamente profesional, rico en términos relacionados con la vestimenta masculina, que él adornaba con un estilo florido tirando a pastoril que le había convertido en un crac de las ventas y en un ejemplo a imitar entre sus compañeros menos experimentados.

Si alguien le preguntaba por el precio de unos pantalones de cuadritos, su respuesta, precedida del consabido «Ha hecho usted una magnífica elección», solía ser algo así como: «No es un pantalón ciertamente económico, pero teniendo en cuenta que el estampado príncipe de Gales le confiere una sobria elegancia que nunca pasa de moda y que tiene un impecable corte Oxford que, como usted conoce, estiliza la silueta y evita la formación de antiestéticas bolsas por la parte de la bragueta, la adquisición de esta prenda, más que una compra, es una inversión a largo plazo muy adecuada para una persona de su estatus».

No había cliente que se le resistiera.

Durante un par de meses, Begoña se dedicó a cultivar la amistad de Abelardo, que tenía muchos ratos desocupados porque la sección de caballeros de cualquier gran almacén suele ser de las menos bullangueras.

Begoña se las arreglaba para, entre cuenta y cuenta de tallas grandes, cruzar los dos

pasillos que mediaban entre las fajas XXL y los pantalones príncipe de Gales para charlar un ratito con él y enterarse así de que, efectivamente, era viudo sin hijos, aficionado a la encuadernación de fascículos, que tenía una casa en un pueblo de Zamora de donde era oriunda su finada, un piso en Bravo Murillo bastante apañadito y una chica peruana que le iba una vez a la semana a planchar la ropa y adecentarle la casa.

-Lo que peor llevo es lo de la comida. Fina, mi difunta, cocinaba de maravilla, pero yo no paso de los huevos fritos y de la lata de fabada Litoral. Y Doris, la peruana, dice que para lo que le pago, que cocine mi santa tía.

A Begoña le faltó tiempo, el siguiente domingo, para pedirle a su suegra la receta de su cocido.

-Es que tengo un compañero de trabajo, un señor muy fino, algo mayor, que el pobrecillo desde que enviudó dice que no se ha comido unos garbanzos como Dios manda, y como a ti te sale de maravilla, he pensado que si me dices cómo lo haces, le invito un día a comer.

-Lo llevas claro -saltó Berto como si tuviera un resorte en el culo...-. ¡Como si un cocido de mi madre se pudiera improvisar en un día! Esto requiere años de maestría, ¿a que sí, mamá? Lo mejor es que ese día vengas tú también a comer y hagas el cocido en casa, para que el amigo Abelardo sepa lo que es bueno... ¿A ti no te importa, verdad, mamá?

Una de las cosas por las cuales los maridos enmadrados se hacen especialmente odiosos es que, en su afán por ensalzar las virtudes de esa diosa balinesa que es su progenitora, terminan por insultar a los de alrededor, o sea, a ti.

El peaje que hay que pagar por casarte con uno de ellos es tener que escuchar a diario que ni tus croquetas, ni tu intuición, ni tu suavizante van a estar nunca a la altura de los de tu suegra.

Los hijos enmadrados -que tampoco tienen por qué ajustarse al tipo enclenque y paliducho, porque Berto, sin llegar a ser un aparador de tres cuerpos, tiene unas hechuras generosas- siguen unidos a sus progenitoras por un cordón umbilical emocional similar a

las correas de los perros: sus madres pueden darles más o menos autonomía, pero, en cualquier caso, a base de ligeros tironcillos los siguen dominando a distancia.

-Berto, ¿se puede saber por qué estamos dando esta vuelta para llegar a casa?

-Vamos a pasar por donde mi madre y así le dejamos los hojaldres que le hemos comprado en Astorga.

-El niño va con cagalera, el perro ha vomitado, yo me estoy haciendo pis desde que hemos salido y tú pretendes que nos pasemos por casa de tu madre... ¿zahora??

-Tampoco es para ponerse así, mujer. Sabes que a mamá le encantan los hojaldres de postre y, con la hora que es, seguro que la pillamos todavía con el primer plato... ¡Se va a poner de contenta, la pobre!

-Ya, pero es que nosotros estamos sin comer desde que hemos desayunado a las seis y media de la mañana...

Da lo mismo: la madre muérdago le ha incrustado en el cerebro con la perseverancia de una broca del seis que una madre es una madre, y a no ser que tú seas una Blanca Cuesta capaz de imponer tu voluntad por encima de la de una madre forrada, tu Borja Thyssen particular siempre antepondrá las necesidades de su progenitora a las tuyas y las de tu prole.

Y por fin llegó aquel domingo, en el que Abelardo, recién afeitado, con los zapatos abrillantados a la cera, un ramo de margaritas blancas en la mano y un sobrecito de sal de frutas Eno en el bolsillo -a ciertas edades, y después de pasarse años sin catarlo, un cocido en condiciones suele dar unas digestiones muy malas, y él era un hombre previsor-, tocó a la puerta de casa de Begoña.

-¡Abelardo! Pasa, pasa, que te voy a presentar al resto de la familia... Este es Julito... Julito, da un beso a este señor...

-De beso nada, que este ya es un machote, ¡venga esa mano!

-Y a Berto ya le conoces de vista...

-Sí, claro, de las veces que te ha ido a buscar al trabajo. Muchas gracias por la invitación...

-Faltaría más, hombre. Begoña siempre habla muy bien de ti... Espera un momento, que llamo a mi madre que está en la cocina para que te salude... ¡Mamá, ven a que te presente a nuestro invitado!

El flechazo, según Begoña, fue instantáneo, porque Salud, que de natural solía prestarle la misma atención a su aspecto físico que el cantante de Los Mojinos Escocíos al suyo, saludó a Abelardo y salió disparada a quitarse el delantal y a ponerse un toque de colorete.

Abelardo, por su parte, no sólo le besó la mano sino que se la retuvo un par de segundos mientras exclamaba un «encantado» que no dejaba ninguna duda de que, de verdad, estaba encantado.

-Salud, este cocido está de saltarse las lágrimas. Ni en Malacatín he probado uno mejor. Es usted un milagro de los fogones.

-Muchas gracias, Abelardo, pero ya que estamos como en familia, trátame de tú... Además, no es para tanto: su poco de morcillita, su tocino fresco, su choricito del pueblo... En fin, que tampoco tiene ningún misterio...

-Además de cocinera excepcional, modesta... y bellísima. Berto, tu madre es una alhaja. No la dejes suelta porque si se cruza con Cartier, seguro que la secuestra para ponerla en el escaparate de su joyería...

La comida hubiera sido un éxito absoluto si no fuera porque, a medida que transcurrían los minutos y los piropos de Abelardo se sucedían in crescendo, a Berto se le iba poniendo la misma cara que al indio jerónimo cuando su ojeador de cabecera le puso en antecedentes de que el Séptimo de Caballería se acercaba a su poblado a toda pastilla.

-¿Pero tú has visto eso? -comentó Berto, más picado que un filete ruso, mientras él y Begoña se ponían el pijama-. ¡Se ha pasado la comida tirándole los tejos a mi madre... !

-Hombre, tampoco hay que exagerar... Se han caído bien y Abelardo es un todo un caballero a la antigua usanza...

-Ah, no, ¿eh? Y cuando le ha dicho eso de que no hay postre más dulce que una sobremesa con un ángel, ¿qué?

-Ahí reconozco que se ha pasado de cursi.

-Ni cursi ni leches. Casi vomito. Ese tío es un salido y un cazafortunas.

-Sí, claro. Será porque tu madre es Paris Hilton... A ti lo que te pasa es que estás celoso...

Y claro que Berto estaba celoso.

-Y qué, ¿qué cuenta el empalagoso de Abelardo en el trabajo?

-Que ha salido dos veces a merendar con tu madre y que ha conseguido entradas para llevarla el sábado a ver a Nati Mistral.

-Begoña, a mí esto no me gusta nada. El domingo, cuando vayamos a comer con mamá, le voy a decir...

-No le vas a decir nada -le interrumpió Begoña- porque ha llamado hace un rato para avisar de que este domingo no contemos con ella. Se va a comer al Escorial con Abelardo.

-¿Y el cocido? ¿Quién lo va a hacer, eh? ¿O es que este domingo no hay cocido?

El enmadrado clásico tiene mucho de crío mimado y, como cualquier crío, es tremendamente posesivo con su madre, aunque según los psiquiatras su problema es un subproducto derivado de lo posesivas que suelen ser sus madres con ellos. Un lío que sólo entienden ellos, vaya.

-¡Abelardo y tu suegra!... ¡Qué fuerte! -Mayte, puesto que había sido el cerebro en la

sombra de la idea del noviazgo de Salud, seguía la historia con interés de una adicta a Pasión de gavilanes.

-Ya ves... ¡El amor, que todo lo puede!

-Y Berto, ¿qué dice?

-Está que muerde.

-¡Imagínate!... Su mamita querida revolcándose por las camas con ese relamido...

-Desde luego, Mayte, eres más retorcida que un sacacorchos. De momento lo único que hacen es salir al cine y pasear por los centros comerciales...

-¿Y ya no le llama a Berto por las noches, ni insiste en que vayáis los domingos a comer?

No.

-Pues eso es que se acuestan fijo.

Y es muy probable que Mayte tuviera razón, porque a los tres meses Salud y Abelardo les comunicaron que se casaban. Habían decidido vender sus respectivos pisos de Madrid y, con ese dinerito, tenían intención de instalarse en la casa que Abelardo tenía en Zamora y que pensaban arreglar como alojamiento rural con encanto.

Berto se cogió un globo de mil pares de demonios, que le duró unos quince días, porque una madre es una madre y, cuando llevas los treinta y siete años de tu vida siendo un enmadrado, prescindir de ella al cien por cien no entra en tus cálculos.

Ahora el cocido de Salud se ha convertido en la especialidad de Los Girasoles, su casa rural, y Begoña, Berto y Julito sólo lo catan una vez al mes, cuando van hasta Figueruela de Sayago de visita.

Lo que peor lleva Berto de estos viajes es que, a la hora de comer, el higadito de pollo del cocido, que su madre siempre había reservado para él, ahora se lo pone a Abelardo. Ya no aterrizan sobre su plato las croquetas más gordas, el filete más tierno y el pastel más grande, sino que pasan por delante de sus narices y son depositados con infinita

ternura por Salud en el de su flamante marido, que le sigue llevando margaritas todos los domingos como recuerdo de aquel primer encuentro.

Berto no dice nada, pero Begoña le nota dolido por haber dejado de ser «el mimado» de su madre, y aunque le da un poco de penita, está más contenta que unas pascuas.

-No sé, Begoña... Para mí que mamá está perdiendo la mano. Hoy el cocido no estaba ni la mitad de bueno que cuando lo hacía en casa... ¡Y las croquetas, mucho mejor las tuyas, dónde vas a comparar!

EL MARIDO ECOLOGISTA



FICHA TÉCNICA

ídolos: Kitín Muñoz, Joan Puigcercós y el zoólogo I<evin Richardson.

Comida preferida: dice que la espirulina, el ágar-ágar, el mijo y el arroz sin descascarillar. No se lo cree ni él. Le pones delante un cordero a las finas hierbas y se le saltan unos lagrimones como calabacines.

Bebida favorita: los margaritas.

Canción favorita: «Verde que te quiero verde».

Nunca se desprende de: sus pantalones de Coronel Tapioca.

Historia de Laura

Mi pelea más difícil fue con mi primera esposa.

ALI

S

i nos atenemos a la historia de la humanidad podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la ecología, como filosofía de vida, nunca ha contado con demasiados adeptos. Ni siquiera Dios, que es listísimo y tiene un curriculum intachable como Creador, ha sido nunca muy partidario de cuidar la naturaleza. Un Ser Supremo que, pudiendo castigar a los habitantes de Sodoma y Gomorra haciendo, por ejemplo, que se les cayeran todos los dientes de golpe, opta por devastar la faz de la tierra con un diluvio y por manifestarse en forma de zarza ardiendo en mitad de un monte, con lo peligroso que es eso, no puede ser considerado bajo ningún punto de vista un ecologista modélico.

Dicho esto, el único individuo que podría presumir si acaso de esa condición es Adán, que utilizaba ropa interior de pura parra virgen y comía manzanas sin aditivos directamente del árbol. También destacaron en su interés por el cuidado medioambiental, aunque en una línea mucho menos purista, Fernando el Católico, que no le dejaba lavarse la camisa a la reina Isabel para ahorrar agua; san Francisco de Asís, que como era amigo de los animales sólo se alimentaba de raíces y otras porquerías semejantes, y por supuesto, el bueno de Noé, que ya me gustaría a mí haber visto la cara de su señora esposa cuando empezó a subir al arca a toda clase de bichos.

-Que ya te he dicho que estos no suben, ea -diría ella, con la cinta métrica en la mano.

-Venga, cielito... no seas así... ¿No ves lo cariñosos que son y lo obedientes?

-Sí, pero miden más de medio metro, y ya te he dicho que todo animalejo de más de

tres palmos de alzada suelta unas moñas que parecen el sombrero de un picador, así que ni camellos, ni elefantes, ni búfalos americanos. Con lo máximo que trago es con un par de conejos, y vas que chutas. Los demás que aprendan a nadar como todo quisqui. ¡Ah! Y espero que lo de las cucarachas sea una broma...

Los antiguos sí que eran unos ecologistas medianamente decentes, aunque sin mérito alguno, porque por aquel entonces no se habían inventado ni la pilas alcalinas, ni los tetra-brick, ni las cunetas para dejarlos tirados. De hecho, en cuanto llegó la revolución industrial el ecologismo desapareció del mapa y ha estado durmiendo el sueño de los justos hasta que alguien descubrió que la capa de ozono tiene más agujeros que lentejas caben en un kilo.

Hasta hace nada, un tío que recogía los papeles en el campo, se guardaba las colillas en el bolsillo y se ataba a la reja de la embajada de Canadá para protestar por la matanza de focas era gay seguro. Ahora ya no. Ahora el ecologismo es un bien en alza y todos presumimos de serlo aunque tiremos el algodón con la acetona por el retrete; así que vivir con alguien concienciado de que, básicamente, no se puede ir por el mundo dejándolo como la casa de Gran Hermano es, además de frecuente, recomendable.

Hay sin embargo ecologistas militantes cuyo principal objetivo vital es evitar la destrucción del planeta, que eso ya es algo muy serio. Son como Superman pero en más esmirriado y con barba de tres días, y se pueden encontrar en abundancia en cualquier lugar cuyo nombre contenga los prefijos «eco» o «bío»: comprando en Ecotienda, paseando por Biocultura, estudiando un ecosistema o manifestándose por la biodiversidad.

Laura vive con uno de esos. Ella también lo fue en su día -ecologista furibunda y vegetariana convencida-, pero siete años trabajando en Hacienda y saliendo a almorzar al Cañas y Tapas de enfrente le han abierto el gusto por los montaditos de lomo y los taburetes forrados de cuero. Héctor, sin embargo, sigue afiliado a la causa verde.

-O sea, que me estás diciendo que este fin de semana me quedo más sola que la una porque te marchas a Galicia...

-Sí.

-A recoger chapapote.

-Exacto.

¡Tú no riges!... ¡Pero si eres incapaz de recoger la toalla cuando te duchas!... Además hace seis años de lo del Prestige y allí no queda alquitrán ni para hacer un empaste...

-Ahí está. Eso es lo que dicen las multinacionales y los especuladores que nos intentan ocultar las inmensas proporciones del desastre.

-También lo dice Pepe Blanco, y acuérdate de que fue de los más guerreros en este asunto...

-ja! Otro que está en la pomada. Entérate de que el Gobierno, renunciando a los principios ideológicos del socialismo histórico, ha adoptado el modelo de política económica neoliberal que conlleva la explotación masiva y sin control de los recursos mundiales, generando con ello unos niveles de contaminación capaces de arrasar la tundra siberiana en un cuarto de siglo.

-¿Y tú vas a ir a evitarlo con una pala?

-Como esta.

Héctor, el eco-marido de Laura, es adiestrador de delfines en el Zoo Aquarium de Madrid y, además de estar afiliado a Greenpeace y al Partido Antitaurino, es vegano y manifestante en activo. No se pierde ni una movilización porque, como es bien sabido, los ecologistas gozan de una admirable buena prensa y son bien recibidos ya se trate de protestar por los derechos de los bosquimanos o de reivindicar una cañada real para que pasen las ovejas. Tiene una colección de pancartas con las que alberga la ilusión de crear en el futuro el Museo de la Manifa, en un edificio bioclimático, of course.

-¿Que se ha ido a recoger chapapote todo el fin de semana? ¡Pero si de eso ya no queda nada!

Los viernes, Laura deja el Cañas y Tapas y almuerza con Begoña en el bar-cafetería Flores, un lugar agradable, muy frecuentado por abogados de los juzgados de Plaza de Castilla, oficinistas de la zona y grupos de amigas que no se pierden la oportunidad de

ponerse hasta arriba de raciones de calamares al mediodía y de montaditos a media tarde.

Al principio, Simón, el dueño, quiso montar una especie de pub inglés al estilo Cheers, pero Maruja, su mujer, que es mucho más práctica, le hizo ver enseguida que ni él era Ted Dawson ni la competencia está como para pretender prosperar a base de cañas y galletitas saladas. Desde que Maruja cogió las riendas de la cocina, la vida de quien ha probado su tortilla de calabacín no vuelve a ser la misma.

-Eso mismo le dije yo -replica Laura-, pero ni caso. De todas maneras ya ha vuelto.

-¿Y eso?

-En cuanto se pusieron él y otros cuatro más a escarbar con el impermeable y la pala, salió el alcalde y muy finamente los mandó de vuelta. Por lo visto espantaban el turismo. Y encima, como opuso resistencia, le han puesto una multa por desacato a la autoridad y le han requisado la pala.

-Pues vaya faena... ¿Nos hacemos otra pulguita de tortilla a medias?

-Vale.

De vez en cuando Héctor tiene unas crisis de identidad espantosas derivadas de su modus vivendi, que es ciertamente paradójico: por un lado se apunta a la causa ecologista en todas sus vertientes con un entusiasmo fruto del convencimiento, y por otro, tiene un trabajo que le encanta pero que supone mantener en cautividad a animales salvajes, como los delfines y demás cetáceos con los que se relaciona a diario, lo que a veces le provoca unos remordimientos terribles.

-Laura, hoy he vuelto a soñar que estaba con el protagonista de Liberad a Willy y que en el último momento se rajaba y era yo quien le daba una colleja y le instaba a abrir las compuertas...

-Pues cuidadito con que se te pase por la cabeza hacer una majadería semejante en el Aquarium porque, aparte de que tus delfines no llegarían ni al Manzanares y morirían reptando entre las pilinguis de la Casa de Campo, te recuerdo que tenemos una hipoteca de ochocientos veintitrés euros al mes durante treinta y seis años, que a ver cómo

pagamos si te echan por hacer una gracieta...

Una de las «manías» de su marido que más le complican el día a día a Laura es lo de la comida, porque Héctor ha llevado sus principios ecologistas hasta el final y desde hace dos años es vegano.

Un vegano en casa es uno de los mayores coñazos que te pueden caer encima.

-Ni carne, ni pescado, ni huevos, ni leche, ni miel, ni ensaladas. Dice que es por principios éticos.

-¿Las ensaladas también? -Begoña, que se pirra por el chorizo de Cantimpalos y la morcilla de Burgos que su suegra pone todos los domingos en el cocido (aunque a ella no se lo reconozca ni muerta), no sale de su asombro.

-No. Lo de las ensaladas es porque no le gustan.

-¿Y qué come?

-Tofu, algas y patatas fritas en aceite vegetal.

-¿Y garbanzos?

-Sólo hervidos.

-Pues tendrá una anemia de caballo.

-Seguramente, pero prefiero que no le hagan un análisis de sangre no vaya a ser que se quede sin la poca que tiene. De todas maneras, le he empezado a echar una cucharada de Bovril en el té verde del desayuno como quien no quiere la cosa.

¿Y no se ha dado cuenta?

-Yo creo que sí, pero debe de tener tanta hambre el pobre que se hace el loco y se lo toma como un bendito... ¡Simón, por favor, tráenos otro par de montaditos y dos claras!

Otro de los problemas de Héctor es el transporte, porque a él lo que le pirran desde pequeño son las motos, pero, claro, no dejan de ser un elemento contaminante. Hace dos años se compró una bicicleta.

-Así que vas a ir a trabajar todas las mañanas en bici, ¿eh?

-Sí.

-Pues vas a llegar con un olor a sobaquillo que va a ser gloria bendita.

-Da lo mismo. En cuanto llegue, me meto en el Aquarium y santas pascuas.

Lo de la bici le duró tres meses porque de la polución que tragaba por no querer polucionar, cogió una conjuntivitis de espanto.

Y es que, bien pensado, ser ecologista en activo es más duro que ser un penitente de la Semana Santa filipina: además de pasarte media vida leyendo las etiquetas de las latas para que no te cuelen un transgénico o un E-720, tienes que practicar con el ejemplo y no subir jamás en ascensor, usar jabón libre de fosfatos, desodorante en barra, quitar las babosas de los geranios a mano y renunciar a las chaquetas forradas de piel de borrego, a las chupas de cuero y a los plumas, que no veas lo que se tienen que echar de menos cuando tienes que encadenarte a un roble del paseo del Prado en pleno mes de febrero para intentar evitar que Alberto Ruiz Gallardón lo desmoche.

No contentos con llevar una existencia llena de privaciones, a los ecologistas de verdad la vida les cuesta un pastón. Está comprobado que cuantas más cosas le quitan a un producto, más caro nos lo cobran. Una lechuga ecológica, que en teoría debería valer una miseria porque no se han gastado ni un céntimo en pesticidas, cuesta tres veces más que una de invernadero, aunque también es cierto que pesa tres veces más porque, como ni la fumigan, ni la lavan, ni nada de nada, te la venden con su medio kilito de barro pegoteado a las hojas, y con una fauna que parece el catálogo del Instituto Entomológico. Se conocen casos de personas que al ir a coger la lechuga para la ensalada se han quedado con las ganas porque ya se la habían comido los caracoles que llevaba dentro.

Eso sí, luego el troncho lo tiran a una bolsa de basura, como todo el mundo. Mucho

protestar por la contaminación del plástico, pero todavía no se conoce un ecologista que saque la basura envuelta en papel de estraza.

Y no hablamos de una bolsa, no. Hablamos de cinco distintas: la de la basura orgánica, la de envases, la del cartón, la del vidrio y la de las pilas, que es una humilde bolsa de Mercadona en la que vamos acumulando los cadáveres de las baterías muertas en acto de servicio para tirarlas después en la fosa común del contenedor autorizado.

Hoy en día, para reciclar correctamente la basura hay que hacer un máster de Cambridge. Por ejemplo: ¿dónde va la caja de madera de las botellas de vino, en orgánicos o en envases? ¿Y ese material indescifrable que es el papel de aluminio? ¿Lo depositamos en el de envases o en el de papel? ¿Y el chicle? ¿Es orgánico, o ateniéndonos al hecho probado de que hay chicles pegados a los pupitres que han sido masticados por tres generaciones diferentes de alumnos, lo echamos al de reciclables? No hay quien se aclare.

Lo que sí se adquiere viviendo con un ecologista de pro es una vasta cultura en noticias insólitas. Laura, por ejemplo, está puestísima en esos asuntos: que si los fetalatos de los detergentes están provocando que las ostras no cambien de sexo cada cinco años y se estén feminizando; que si los osos polares practican el canibalismo porque con el deshielo de los polos se están quedando sin una triste foca que llevarse a las fauces; que si los habitantes de Lleida tienen el esperma de peor calidad de la UE por culpa del plástico... Que es ahí donde entiendes por qué los condones son de látex y no de algodón: para que, además de frenarlos, dejen a los espermatozoides flojos de remos.

También sabe otras cosas, pero hace tiempo que se cuida mucho de comentarlas con Héctor porque se pone hecho un energúmeno, como aquella vez que leyó un reportaje sobre la trastienda de algunas famosas ONG.

-Héctor, cariño, ¿te has dado cuenta de que algunas organizaciones ecologistas como Greenpeace nunca se meten con los petroleros monocasos que son los que cada dos por tres provocan esos vertidos que dejan el mar hecho unos zorros? A lo mejor reciben subvenciones bajo mano de los grandes monopolios de combustibles a cambio de hacerse los longuis y dedicar su atención a los cementerios nucleares con el fin de desprestigiar cualquier otra fuente de energía que les haga la competencia...

¿Y se puede saber de dónde has sacado semejante idea?

-Lo estaban comentando dos compañeras en el ministerio...

-Claro. Y tú vas y te crees todo lo que te cuentan.

-Hombre, que yo recuerde, en lo del Prestige, que a ti te preocupa tanto, algunas ni aparecieron...

-¡Vaya tontería! ¡Pagados por las petroleras! ¡Lo que me faltaba por oír!

-Pero es que...

-Ni es que ni porras. Eso no es más que otra calumnia de las muchas que propagan quienes intentan desprestigiar la labor de una organización que lleva años luchando por la protección del medio ambiente.

-Pero es que...

-Ya puedes decir misa porque no pienso entrar al trapo de esas calumnias. ¡Pagados por las petroleras! ¡Vaya idea más absurda! ¿Y qué va a ser lo siguiente que saquen, eh? ¿Que el Rainbow contribuye a la contaminación de los mares porque va a gasoil en vez de a remos? ¡Capaces serán!

Y de ahí no hay quien lo apee.

Lo que también ha adquirido Laura en los años que lleva conviviendo con Héctor es una considerable mala leche cada vez que tienen que ir a un evento. Como Héctor no usa nada de cuero, ni de lana, ni de piel natural, porque es «explotación animal», las peloterías cuando hay que vestirse están al cabo de la calle.

-¡Sujetándose los pantalones con un pañuelo y calzado con unos zapatos de plástico que, además de dejarle los pies como mejillones cocinados al vapor, se ve a la legua que se los ha comprado en el mercadillo! ¿Pero tú te crees?... ¡Lo de este hombre no es normal!

-Chica, al fin de cuentas, Héctor es Héctor (qué te voy yo a decir de tu marido que no

sepas), y hoy en día, la gente va a las bodas de cualquier manera, ¿no? Lo de los zapatos plastiqueros tampoco es para tanto...

-Si son de color canela y vas de chaqué, sí.

En definitiva, que Héctor era un ecologista de catálogo... hasta que las circunstancias adversas de la vida le llevaron a renunciar no a todos, pero sí a una parte sustancial de sus principios.

-Laura, pasado mañana vienen a casa dos compañeros de la UGT porque he comentado en el sindicato lo de mi idea del Museo de la Manifa y parece que pueden estar interesados; así que dame un cubo con agua, la fregona y un par de estropajos que voy a bajar a limpiar el trastero para que puedan admirar las pancartas en todo su esplendor.

-Pues ponte la mascarilla aquella que te compraste cuando lo de la bicicleta, porque allí no entra un bicho viviente desde hace tres años...

Lo que no se podía imaginar Laura es que su trastero, inutilizado como tal por la colección de pancartas de Héctor, que lo ocupaban casi por completo, se había convertido precisamente en el confortable hogar de toda una comunidad de «bichos vivientes».

-¡¡¡Lauraaaaaa!!! ¡Sal pitando a la droguería y compra tres kilos de Zotal, que se van a enterar esas hijas de su madre!

-¿Pero qué pasa?

-Cochinillas de la humedad. Cientos, miles... y las muy asquerosas han puesto huevos y las larvas se han comido la mitad de las pancartas... ¡Mecagoensuestampa!

-Pues, mira, he leído en el Muy Interesante que poniendo medio ajo pelado dentro de un limón y fregando el suelo con una infusión de *Prunus Laurocerasus* los insectos se march...

-¡Ni ajos ni leches! ¡A estas me las cargo de golpe aunque tenga que fumigar todo el

edificio con gas mostaza!... ¡Serán puñeteras!... ¡Ah!, y mañana por la mañana me llevo tu coche porque en cuanto salga del Aquarium me voy a plastificar las pancartas que quedan sanas.

-¿¿A plastificar y en coche?? ¿Pero tú estás seguro?

-Sí señora: a plastificar y en coche. A mí no me joden la vida un puñado de bicharracos asquerosos.

Y de la misma, Héctor, el ecologista modélico, dejó a las cochinillas agonizando entre una nube de insecticida en polvo y se marchó a manifestarse en contra del maltrato al toro de lidia.

Con dos narices.

EL MARIDO ANTIHIGIENE



FICHA TÉCNICA

Canción favorita: «Mi agüita amarilla», de Toreros Muertos.

Animal con el que se identifica: el sus scrofa domestica o cerdo común.

Película favorita: Trash, de Paul Morrissey.

Posesión más preciada: su colección de cromos de «La Pandilla Basura».

Historia de Mayte

La naturaleza ha preparado mejor a las mujeres para ser madres y esposas que a los hombres para ser padres y maridos. Ellos tienen que improvisar.

THEODOR REIK

H

ace poco más de un mes Mayte rompió con su novio. Un año saliendo juntos tan ricamente y en quince días de convivencia se fue todo al garete.

-Una cuadra, hija. ¿Tú sabes lo que es una cuadra? Pues eso mismo. Y no te creas, que yo ya me olía que Raúl no era Don Limpio, porque el piso que compartía con sus dos colegas estaba hecho un asco, pero como él siempre le echaba la culpa a los otros... Idiota, que soy una idiota.

»El primer día, cuando llegué de la tienda, ya me lo encontré tirado en el sofá como una marsopa, rodeado de cadáveres de Telepizza. Dos familiares se había pedido el tío: una para comer y la otra para merendar. Con patatas y ketchup. La mitad de las patatas, despachurradas en el suelo ("Perdona, nena, pero es que no encontraba el mando de la tele, me he levantado y las he pisado sin querer") y parte del ketchup decorando la toalla del bidé ("¿Qué pasa? Si te dedicas a esconder las servilletas de papel con algo me tendré que limpiar ¿no?"). El jeta de él no había hecho ni la cama ("Total, para deshacerla dentro de un rato...").

»Y así quince días. Como está en el paro y de momento no piensa dejar de estarlo («Para sacar cien euros más al mes es tontería currar. Me espero unos meses cobrando lo del desempleo y luego ya veremos»), se pasaba el día ensuciando y saqueando la nevera,

porque, eso sí, para no gastar energía, el prenda comía como una lima sorda. Y nunca en plato. Iba a la nevera, se bebía un cartón de leche a morro y después lo dejaba vacío encima de la mesa con las tapas de los yogures y las migas del bocata.

»No es que yo sea una fanática de la limpieza como mi madre, que friega todas las latas antes de guardarlas, pero de ahí a tener la bañera tuneada con una raya negra hay un trecho. ¿Sabes lo que decía? Que para qué iba a fregar algo a lo que siempre le estaba cayendo agua encima, vaya tontería. Eso sí, en jabón gastaba poco: los calcetines se los ponía tres días del derecho y otros tres del revés; el pelo, con las rastas, no se lo lavó en las dos semanas que estuvo en casa, y los vaqueros oliendo a suavizante son una mariconada, así que hasta que nota que la rigidez de las distintas capas de mugre le impide ponerse de rodillas, no los mete en la lavadora.

»Pero, de verdad, lo que peor me sentaba era su costumbre de comer pipas en la cama mientras veía la pelí cula. Estuve clavándome cascaritas trece días hasta que al decimocuarto lo que me clavé fue una uña. El tío guarro se las cortaba dentro de la cama. Ahí tomé la decisión de decirle que se cogiera su cartilla del paro y sus tres camisetas y se largara con viento fresco.

»El tío se hizo el ofendido. Me dijo que mejor así, porque tenía toda la pinta de ir a convertirme en una marujona histérica, y que si te he visto no me acuerdo...

»Hace unos días, una conocida me comentó que le había visto haciendo cola para el casting de Gran Hermano.

»Seguro que gana, el muy puñetero.

EL MARIDO INVISIBLE



FICHA TÉCNICA

Aficiones: cualquiera que se desarrolle lejos de casa.

Comida preferida: de menú.

Canción favorita: «Qué sabe nadie».

Película favorita: El extraño, de Orson Welles.

Historia de la tía Genoveva

Qué delicia tener un marido a nuestro lado,
aunque no sea más que por el placer de tener a alguien
que te diga «Jesús» cuando estornudas.

MOLIÈRE



Querida sobrina:

No sé qué tripa se te ha roto para que después de ocho meses sin tener noticias tuyas me vengas ahora con que necesitas urgentemente que te hable de tu tío Paco, precisamente cuando estoy de crucero por el Bósforo. Siempre has sido bastante rarita, así que sospecho que debe tratarse de alguno de esos libros tuyos que no tienen ni pies ni cabeza, aunque mejor no pregunto para ahorrarme el disgusto. En fin, para algo me tenía que servir el curso de internet que me dio tu hermano Álvaro, que ese sí que es un sobrino de fuste, y no como otras, que sólo se acuerdan de sus tías para que les solucionen la papeleta cuando no se les ocurre nada que escribir. Te va a salvar que María Rosa y Aurorita, que están pesadísimas y hechas un par de cascajos, no perdonan la siesta de dos horas y yo me aburro como una mona metida en este cascarón lleno de jubilados extranjeros con los que no hay manera de pegar la hebra hasta que se levantan, así que he pensado que, para pasar el rato, te escribo en este email lo que me pides. De esta manera mato dos pájaros de un tiro: yo me entretengo y tú me debes otro favor que pienso cobrarme algún día, como tú bien sabes.

No sé qué quieres que te cuente de tu tío Paco que no sepas, o mejor, que sepa yo, porque fue el auténtico marido invisible. Como te he contado muchas veces, nos conocimos en la boda de unos amigos comunes. Creo que aquel día fue el que más

hablamos de todos los que estuvimos juntos. Durante el noviazgo nos vimos poco porque él echaba muchas horas extra en el trabajo y yo tenía que estar en casa a las nueve y media, que bueno era tu abuelo para eso. En aquellos tiempos lo de conocerse nos lo tomábamos con paciencia; no como ahora, que las parejas utilizan la misma táctica que Zapatero con la economía y con dos tardes de nada ya lo tienen todo sabido. Así que estuvimos tres años de noviazgo, que por aquel entonces era algo razonable: ni mucho, como la pobre Aurorita, que estuvo once años de relaciones con su Pepe hasta que consiguió que pasara por el aro; ni poco, como Salud Sonseca (ya sabes, la suegra de tu amiga Begoña), que se tuvo que casar a los tres meses, deprisa, corriendo y con bombo, con uno que a los pocos años la dejó tirada como una colilla. Y eso que aparentemente era más seca que una piedra pómez. Para que luego te fies de las mosquitas muertas.

Por cierto, me ha dicho María Rosa que había oído que se había vuelto a casar. Entérate y me cuentas.

Pero volviendo a tu tío Paco, el nuestro fue un matrimonio normal, de los que entonces se llevaban. Él era el que trabajaba y yo la que se quedaba tan ricamente en casa, que traducido quiere decir que él era el que desaparecía hasta las ocho de la tarde y yo la que bregaba con los niños, el fontanero, la compra, las consultas al pediatra, las reuniones del colegio, las tres varicelas de tus tres primos, el postoperatorio de su madre, la plancha y los deberes de matemáticas. En realidad nunca salía del trabajo más tarde de las siete, pero, como es lógico, después de una jornada agotadora el hombre tenía todo su derecho a disfrutar de un rato de tranquilidad sin tener que aguantar a tres niños berreones que a mitad de tarde se ponían insoportables, así que todos los días se iba a tomar su copita al Loto Azul, que antes de que lo traspasaran y se convirtiera en ese bar tan ruidoso al que a ti te gusta tanto ir con tus amigas (el Flores creo que se llama ¿no?) era un lugar de mucho postín.

Para cuando llegaba a casa (por supuesto, reventado), tus primos ya estaban acostados, la cena en la mesa, la casa impoluta y yo a medio camino entre la deshidratación y el agotamiento agudo.

El ritual era siempre el mismo: cena viendo el telediario, ducha, pijama y programa deportivo en la radio hasta la hora de acostarse. ¿Hablar?, más bien poco, y cuando lo hacíamos, tampoco era cuestión de que yo le agobiara con menudencias domésticas, así

que el que hablaba era él. Los suyos sí que eran problemas gordos. Eran problemas de trabajo, ahí es nada; lógico, por lo tanto, que yo me hiciera cargo de todos los demás, que por supuesto no se podían comparar en importancia.

Los fines de semana tampoco eran muy diferentes. A Paco le gustaba levantarse tarde, ir a comprar el periódico y tomar el aperitivo a la una en el Loto Azul. Algunas veces los niños y yo íbamos con él, pero tampoco muchas, y sólo los sábados, nunca el domingo. El aperitivo no suele encajar demasiado bien con organizar a tres críos y preparar una paella, y acuérdate de que para tu tío Paco la paella del domingo era sagrada. Después de comer, siesta y partida de mus con los amigos.

Como mucho, salíamos a cenar con otras parejas un par de sábados al mes. A tus primos los dejaba con la nana Luisa. Tú no te acordarás de ella porque eras muy pequeña, pero era lo que ahora llamáis, con muy poco respeto para mi gusto, una canguro.

Al cine solíamos ir muy de tarde en tarde, cuando estrenaban alguna de Jack Lemmon, que a tu tío le gustaba mucho. Y poco más.

Tu tío no estuvo jamás conmigo en el paritorio, ni llevó a los niños al médico, ni me acompañó a hacer la compra, ni todas esas cosas que hacen ahora los maridos. Bueno, algunos, porque conozco otros que se comportan exactamente igual que tu tío, y eso que tienen menos años que tú, que ya no eres ninguna pipiola aunque insistas en seguir comprándote la ropa en la sección de jovencitas de El Corte Inglés.

Como te conozco como si te hubiera parido, por mucho que la que te pariera fuese mi hermana pequeña, supongo que te estarás preguntando si he sido feliz. Creo que sí. Todo lo feliz que puede ser una persona a la que educaron en la idea de que la felicidad era tener un certificado de matrimonio con un hombre formal, trabajador y no mal parecido. En ese aspecto es innegable que Paco cumplía todos los requisitos, pero tampoco te voy a ocultar que ahora me divierto bastante más que cuando le dio la angina de pecho y me dejó viuda a los cuarenta y dos años. Estoy segura de que su ausencia definitiva se notó bastante más en el Loto Azul que en su casa.

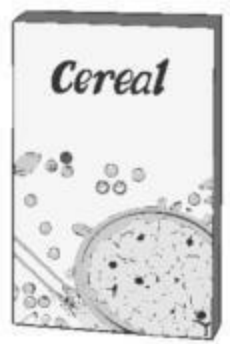
No sé si todo este sermón de la montaña te servirá de algo. Sinceramente, lo dudo. No obstante, si vas a sacarme en los papeles, y a menos que pienses escribir algo del estilo

de Sangre y arena -ya sabes que yo siempre he sido muy de Tyrone Power-, cosa que todavía dudo más, te pido que me cambies el nombre. Si quisiera hacer pública mi vida, me iría al Diario de Sandra, que al menos paga.

Muchos besos.

Tu tía Genoveva.

EL MARIDO ADOLESCENTE



FICHA TÉCNICA

Ídolos: Jaime de Marichalar y Keith Richard.

Libro de cabecera: Cumplir años no significa envejecer, de H. Bowlin.

Música favorita: toda la que considera moderna pero que en realidad es de su época.

Prenda favorita: vaqueros lavados a la piedra.

Historia de Paca

El segundo matrimonio es un adulterio decente.

ATENÁGORAS

H

ay personas -hombres y mujeres- que viven desafiando el paso del tiempo como si esa fuese una batalla con alguna posibilidad de éxito, y para los que la madurez no pasa de ser un proceso que no va con ellos a pesar de que su envoltorio carnal se empeña en llevarles la contraria y sucumba a la ley de la gravedad, como el de cualquier hijo de vecino.

En estos momentos hay una generación ciertamente preocupante en ese sentido. Son esos que cuando se casan con treinta años se llevan la Wii al viaje de bodas y en el buffet del hotel desayunan Choco Krispies. No sabemos qué será de ellos en el futuro, pero si su intención es crecer, en el sentido más espiritual del término, alguien debería avisarles de que mucho están tardando.

Otros, sin embargo, son como las ostras: aunque por dentro hayan conseguido cultivar la perla de la madurez, se emperran en seguir manteniendo por fuera el mismo aspecto físico de siempre, en este caso el de un eterno adolescente.

Un claro ejemplo -y aquí ya podemos hablar con propiedad, porque la Wii no tiene ni diez años, pero el cantante de Led Zeppelin tienes sesenta y tres- lo tenemos en los heavies. No hay explicación científica que lo avale, pero no hay que ser una lumbrera para darse cuenta de que este es un grupo humano inmune al calendario. Con cuarenta años siguen llevando la camiseta con la calavera en llamas, vaqueros aeronfix -uno de los grandes misterios de este milenio es saber cómo consiguen pasar un pinrel del

cuarenta y cinco por una pernera que no llega a los doce centímetros de diámetro- y la misma pelambarrera que los Burning cuando sonaban en «Los 40 principales». Eso en el mejor de los casos, porque, en el peor, adoptan el modelo guardabarros con faldones como si su cabeza fuera una mesa camilla, que ya es como para morir. La calvicie no perdona.

Hay quien opina que horas y horas de AC/DC y de Black Sabbath sonando a todo trapo pasan factura a cualquiera, y como no tengo motivos sólidos para no creérmelo, he llegado a la conclusión de que esa factura bien pudiera ser el atrofie de la parte del cerebelo que acompasa dos conceptos indispensables para mantener la dignidad: estética y edad. Ya puede decir misa el estilista de Ozzy Osbourne: la camiseta sin mangas y los tríceps flácidos como bolsa de pelícano son incompatibles, a menos que seas Rosendo y no te quede más remedio que seguir tirando de estética quinceañera porque vestido de otra manera y con el pelo por encima de las orejas parecerías un banderillero de la posguerra.

Finalmente, hay otro grupo -y aquí ya nos vamos a ceñir al modelo masculino, que es el que nos interesa-, que es el que durante sus cuatro primeras décadas aparenta madurar al ritmo adecuado pero que al llegar a la cuarentena rebota como pelota en frontón, comienza a involucionar y se empeña en vivir una segunda edad del pavo quince o veinte años después de haber pasado por la primera.

Me refiero a ese que mientras es joven de verdad no tiene ningún problema en ponerse un traje como Dios manda, pero que, en cuanto le aparece la primera cana, decide volverse moderno.

La transformación empieza casi siempre de abajo a arriba y de dentro afuera: primero son los gayumbos, que pasan del clásico blanco Oceán al estampado naif en poliéster, seguidos de los calcetines, en los que el marrón, el negro o el azul marino de toda la vida dan paso a todo un mundo de fantasía.

-Paca, hazme sitio en la cama que hoy tengo ganas de guerra...

-¡¡Por la Virgen de Atocha!! ¿¿Se puede saber de dónde has sacado eso??

-¿Qué pasa? ¿No te gustan mis calzoncillos nuevos?

-No sé, chico. Los veo un poco llamativos...

-De eso nada. El estampado de motas es lo último.

-Ya, será, pero eso más que unos calzoncillos parecen las mangas de un traje de faralaes...

-Pues ya te puedes ir acostumbrando porque me he comprado siete pares en el híper de la esquina.

El siguiente paso es el de plantarse delante del armario para actuar como Jack el Destripador. En esta fase, el sujeto en cuestión se dedica a descuartizar sus trajes de vestir sin asomo de piedad, condenando los pantalones al destierro perpetuo y convirtiendo la chaqueta en complemento ideal de unos vaqueros.

Algunos, los más comedidos, se plantan ahí. Otros rematan la faena sustituyendo la corbata por un original collar surfero aunque la única tabla que hayan visto en su vida sea la de planchar, y ni siquiera muy de cerca.

Si tu chico, tan normalito él, empieza a afeitarse cada tres días, se quita el reloj y se cuelga en su lugar un par de pulseras étnicas, mucho cuidado: lo siguiente puede ser el paseo en patinete por la calle Serrano con un pantalón estampado en cachemir y foulard color guinda, como Jaime de Marichalar.

El marido de Paca es un poco mezcla de todos. Cuando se conocieron un verano en Cullera, allá por la década de los ochenta, Chente era lo más: el más guapo, el más moderno, el que tenía la mejor moto (de hecho, era el único que tenía una moto en condiciones, porque el resto con una Vespino iba que chutaba). Chente molaba porque llevaba el pelo largo, Levi's etiqueta roja, chupa de cuero neoyorquina y un pañuelo al cuello con estampados del Hare Krishna.

De eso han pasado treinta años y, aunque durante unos cuantos lustros adoptó el look «estudiadamente descuidado pero sobrio», muy acorde con su trabajo como director de una conocida revista de economía, desde que sale en los debates de la televisión se ha ido olvidando paulatinamente de la parte del sobrio.

Sus camisas han ido mutando hasta convertirse en una tómbola de luz y de color, las corbatas han dejado paso a una gargantilla de Pukas, los mocasines a unas camperas de Ubrique y la bufanda, que ya de por sí daba bastante el cante porque la llevaba hasta en julio, a un pañuelo de Hare Krishna comprado en el mercado de Portobello que es clavadito al de aquel verano en Cullera, pero setenta veces más caro.

-La última ha sido pasarle el Seat León a Vicente, que se acaba de sacar el carné de conducir («Para que el niño vaya rompiendo la mano») y comprar un deportivo rojo biplaza que le ha costado un riñón.

-Pues no sé de qué te quejas, guapa. Ya quisiéramos las demás tener un cochazo de esos, ¡y cuanto más caro mejor!

-No, si caro es carísimo, pero lo del riñón lo digo porque como tiene que hacer papiroflexia con la espalda para poder meterse dentro, y le guste o no, tiene una hernia discal en la L5 del tamaño de un pomelo, llega a casa en escuadra y con los riñones al jerez.

A los maridos que, de la noche a la mañana, deciden plantarle cara al paso del tiempo hay que hacerles ver que intentar aparentar la edad que no tienen no tiene nada que ver con tenerla, y que sí, que es posible que a la luz de un crepúsculo invernal y entornando bastante los ojos aparenten los mismos años que el novio de su hija mayor, pero que la chupa de cuero y las botas militares por encima de los pantalones sólo las soporta, sin caer en el patetismo, Keith Richards, que dicho de paso es un claro ejemplo de lo que hablamos: independientemente de que tenga el cerebro hecho un guardapolvos con todo lo que se ha metido en el cuerpo, subirse a una palmera cuando se tienen más arrugas que el sobaco de Iggy Pop sólo se le ocurre a alguien que no ha sido capaz de progresar adecuadamente en la asignatura de madurez mental.

Chente, en realidad, se llama Vicente, como su hijo, pero pertenece a una generación, la nuestra, machacada por el abuso del diminutivo, que luego no ha habido manera de quitarnos de encima. Por eso estamos condenados a tener nombres bastante más cursis e infantiles que el de nuestros retoños, nacidos en plena moda de la recuperación del nombre rotundo. Cada vez es más habitual encontrarse con padres que se llaman Fito y pasean de la mano a un mocoso de dos años que se llama Adolfo.

Pero volviendo a lo que nos interesa, Chente es muy de eso también, de lanzarse en parapente para demostrarse a sí mismo que está hecho de un material impermeable al calendario, o de tirarse desde el trampolín de cabeza, haciendo el Cristo, y salir a pulso de la piscina con una sonrisa triunfal como si no se le hubieran saltado dos empastes del impacto.

-No hay quien pueda con él -se lamenta Paca. Y como le digas algo, no veas cómo se pone. Hace unos días le sugerí que se cortarse el pelo porque se le está clareando la coronilla y tampoco es plan que termine pareciendo Santiago Segura... Pues bien, además de cabrearse como una mona, me soltó que en su familia no hay ni un sólo calvo y que lo que yo tengo es coraje porque él se conserva mucho mejor que yo.

Y es que esa es otra: el marido «moderno-tardío» se mira al espejo y, como es incapaz de reconocer que necesita gafas de cerca, siempre ve una imagen muy mejorada de sí mismo. Su photoshop mental borra cualquier vestigio de decadencia y se queda sólo con el envoltorio tal y como lo recuerda expuesto en el escaparate de Springfield, es decir, sobre un maniquí que le saca dieciséis centímetros de espalda y cuatro de pantorrilla.

El parecido entre uno y otro es como el de Cat Stevens cuando era Cat Stevens con el de Cat Stevens cuando se convirtió en Yusuf Islam, pero ellos se encuentran clavados, así que la que va desentonando eres tú, que eres una antigua.

Mucho cuidado con este punto porque es frecuente que, llegado este momento, nos sintamos heridas -con toda razón- en nuestro amor propio y caigamos en la tentación de ponernos a la altura de nuestro rejuvenecido marido. Aquí es importante mantener la cabeza fría: si los pantalones tobilleros nos sentaban como un tiro con dieciocho años, ni rezándole las novenas por kilos a santa Lucía, venerada patrona de las costureras, vamos a conseguir el milagro de que nos favorezcan a los cuarenta y seis; a no ser, claro, que nos sumerjamos en el proceloso mundo de la cavitación, el drenaje linfático o, directamente, del rebane.

Son muchas las mujeres en esta situación que, no queriendo desentonar con sus maridos, se dedican a tunearse hasta que los morros se les quedan como dos sobrasadas.

Paca, por suerte, ha sabido mantener el tipo, y en vez de dejarse abducir por el salto

atrás en el tiempo experimentado por Chente, se propuso devolverlo a la realidad. Porque una cosa es ser un maduro con aires juveniles y otra muy distinta ir haciendo el ridículo. Contó, eso sí, con la inestimable ayuda de Cisca y de Vicente, que estaban hasta el gorro de tener un padre que va de colega molón, que es lo que más puede jorobar a un hijo adolescente.

Si algún día quieres fastidiar al tuyo a conciencia, no le castigues sin salir: ponte unos leggins, un corpiño bien ceñidito y date una vuelta por la discoteca en la que esté con sus amigos. Bochorno total. Un padre colega cae bien, y sólo al principio, a los amigos de sus hijos, porque siempre es divertido ver cómo hace el ridículo un padre a condición de que no sea el tuyo. Si además completas el cuadro soltando cosas como «dabuti», «guay» o «chachi», te aseguras el patetismo absoluto. Aunque a ti te suenen muy modernas, están más desfasadas que el pelo frito.

Paca y sus dos hijos consensuaron una táctica a medio plazo razonablemente demoledora. Por de pronto, Cisca pidió a todas sus amigas que trataran a Paca de tú y a Chente de usted. Puede sonar un tanto banal, pero a un tío que cree que aparenta quince años menos de los que tiene le hace polvo.

Vicente, por su parte, empezó a hacer todo lo contrario de lo que había hecho hasta entonces: en vez de salir corriendo a esconderse detrás de cualquier contenedor en cuanto veía a su padre aparecer -incitando además al resto del grupo a hacer lo mismo-, empezó a darle bolilla y a animarle a salir con él y su pandilla.

-¿Ves la diferencia con los padres que no saben adaptarse a los tiempos? Puedo ir con Vicente de marcha sin que nadie sospeche que es mi hijo. A ver si conoces tú a muchos de nuestra edad que puedan decir lo mismo -presumía ante Paca.

-Ya veo.

En menos de quince días, Chente tenía tendinitis de metatarso de tanto darle a la Xbox.

-Qué, papá, ¿otra partidita? Venga, hombre, a ver si de esta le ganas a Javi, que hasta ahora te ha fundido en todas. Catorce cero, tío, vaya paliza.

Y el estómago hecho una macedonia...

-Qué, papá, ¿te apuntas hoy también a otra doble de queso con nuggets?

Eso sin contar con que cada salidita con Vicente le costaba un ojo de la cara, porque una cosa es ser un padre moderno y otra muy diferente permanecer impasible mientras hace botellón con el tetra-brick en el campus de la Complutense. Así que las copas del niño y los amigos las terminó pagando él.

-Qué, papá, ¿te animas? Nos vamos a sacar las entradas para el concierto de Incubus, y después a casa de Javi, que no están sus padres, a jugarnos una FIFA en la Play.

-Pues mira, hijo, casi que hoy me quedo en casa, que tengo un montón de papeles atrasados...

-Oye, ¿entonces me dejas tu coche? Total, si no vas a salir...

No hay adulto, por muy juvenil que sea su espíritu, con un tejido conectivo capaz de aguantar el tute de un dieciochoañero en plena forma, y Chente, muy a su pesar, no era una excepción.

Aquello, unido al desgaste de moral que le suministraban las amigas de Cisca («Mira, papá, esta es Sara»; «Hola, Sara, ¿qué tal?»; «Encantada de conocerle»; «Oye, oye, ¿qué es eso del usted? A mí trátame de tú»; «Es que nunca me sale con las personas mayores»), dejó el campo abonado para lo inevitable:

-Oye, Paca, ¿ese que te acaba de dejar en la puerta era mi hermano?

Paca se tomaba todas las mañanas un café con donuts en el Flores antes de coger el metro para ir al trabajo, y Blanca, que lo sabía, aprovechaba para sacar el perro a esas horas y acompañarla.

-Claro.

-¿Y el deportivo rojo?

-Se lo ha dejado definitivamente a Vicente y hemos comprado un Corolla automático.

-La verdad es que sólo he visto a Chente de refilón, pero no me había parecido él...

-Es que se ha cortado el pelo y ha jubilado la chupa de cuero.

-¡No fastidies!

Blanca, hermana de Chente y cuñada de Paca por partida doble, también era de la opinión de que los hombres deben cortarse la coleta a la misma edad que los toreros, o sea, antes de los cuarenta.

-Porque me lo cuentas tú, que si no, no me lo creo. Así que tu plan está dando resultado, ¿eh?

Blanca y Paca, que formaron parte de aquella pandilla en Cullera de la que salieron emparejadas (Paca con Chente y Blanca con Fernando, el hermano de Paca), se lo contaban prácticamente todo.

-Bueno, no exactamente. El cambio lo ha provocado un escaparate.

-¿Qué ha pasado? Que mi hermano se ha visto reflejado y se ha quedado muerto, ¿no?

-Qué va... que se ha recostado de espaldas en uno, y al apoyar la cabeza se le ha congelado la coronilla. Eso le ha hecho ser consciente de la cruda realidad: se está quedando calvo como un beneditino.

-Vaya palo.

El palo, sí, fue gordo, porque esa calvicie sobre la que Paca llevaba años previniendo a Chente y él negaba fue como un resorte, como el timbre de un despertador de cuerda, como el botón que apretaba Emmett Brown para devolver al presente a Marty en Regreso al futuro.

-Pero ¿de verdad que se ha cortado el pelo? No va a haber quien le reconozca...

-Bueno... Todo, no. Sólo la mitad. Con la otra mitad se ha hecho «un Anasagasti».

-¡¡No será verdad!!

-Sí, hija.

-¿Y la gargantilla y las pulseras?

-Esas todavía las lleva.

No siempre se consigue recuperar a un marido cuyo espíritu opta por emprender el camino de regreso hacia una juventud imposible. Algunos se descubren de pronto tal y como les ven los demás y su salto atrás es de corta duración. Son los menos. Aceptar el paso del tiempo siempre es algo duro de pelar y doloroso de asumir en un mundo en el que la arruga, por mucho que se empeñara Adolfo en su día, nunca es bella.

Si tu marido ha entrado en esta espiral puedes hacer dos cosas: esperar a que alguien, algún día, le abra los ojos cediéndole, por ejemplo, el asiento en el autobús, que es algo que suele ser bastante efectivo, o intentar acelerar el proceso como hizo Paca.

En este último caso ten presente que las cosas pueden salir bien, o no, y te puedes encontrar, como ella, con que por no querer tener al lado a un Santiago Segura ahora tiene que pasearse del bracete de un Torrente con su ensaimada en la cabeza y todo.

EL MARIDO METEPATAS



FICHA TÉCNICA

Ídolo: Jimmy Jump.

Comida preferida: tiene varias, pero en Marruecos siempre pide cochinillo al horno.

Bebida favorita: si cena con los Osborne, cualquier cosita de Domecq.

Momento histórico: cuando Federico Trillo gritó: «¡Viva Honduras!» en una visita oficial a El Salvador.

Historia de Blanca

Yo creo en las familias numerosas;
toda mujer debería tener al menos tres maridos.

ZSA ZSA GABOR

Los metepatas pertenecen a una especie de maridos ciertamente peligrosa.

Por lo general, son hombres con un cierto afán de protagonismo que suele derivar en una incontinencia verbal que hace muy difícil el no pifiarla. No hay frase que no repliquen ni comentario que obvien porque su aparato fonador va por libre, sin tomarse la molestia de consultar con el cerebro. Dicen lo que piensan sin pensarlo, y se tiran a la piscina sin tener en cuenta las consecuencias.

Son esos maridos que en las fiestas confunden al anfitrión con el camarero, llaman machote a un gay, se empeñan en sacar a bailar a una coja de nacimiento, y le dicen eso de «qué niña tan mona» al vecino que lleva de la mano a su hijo peinado a lo paje.

Si estás a punto de empezar a vivir con uno de estos ejemplares, debes saber que te va a tocar salir al quite al menos una vez por semana. Si eres de las que se ponen color sobrasada a la mínima, lo vas a llevar fatal; si eres de las que sabes mantener a raya el sofocón, también, pero se te notará menos.

El metepatas tiene difícil recuperación, así que no te lées la manta a la cabeza pensando que le puedes cambiar. Como mucho, conseguirás que no le cuente el único chiste de monjas lesbianas que sabe al único numerario del Opus con el que se ha encontrado en la vida, pero sólo bajo previo aviso.

Su habilidad para decir lo que no debe a quien no debe y meterse en jardines de los que no hay quien salga, roza lo paranormal. Se les reconoce por pedir una copa de Rioja en una cervecería, un chuletón de buey en un restaurante hindú y cantar «El conejo de la Loles» delante de Loles.

El mar estaba en calma y sólo la estela del yate dejaba sobre su superficie un rastro de espuma perezosa que, aburrida de otear una superficie carente de emociones, volvía a transformarse a los pocos segundos en una plácida ondulación apenas visible desde cubierta.

El sol, consciente de que era mediodía, había desplegado sus rayos con el poderío de un orgulloso pavo real en celo, y la brisa impregnada de minúsculas gotitas de agua y sal acariciaba con mimo los cuerpos bronceados y semidesnudos de los pasajeros que en aquel momento disfrutaban de una mañana de agosto en mitad del Mediterráneo por la que cualquier apasionado de la poesía amorosa en rima consonante hubiera empeñado hasta las obras completas de Gustavo Adolfo Bécquer. Resumiendo: hacía un día de la leche.

Blanca, cómodamente instalada en una de las hamacas de cubierta, pasó la hoja de la revista sin verla, sintiéndose observada. Tenía esa misma sensación desde que embarcaron en el puerto deportivo del Masnou y conoció a los que iban a ser sus compañeros de viaje durante toda una semana.

Se suponía que este crucero de siete días a bordo del Natasha, el yate de Isidro Campano (sesenta y cuatro metros de eslora, doce de manga, dos motores de dos mil caballos de potencia, dieciséis miembros de tripulación y capacidad para doce pasajeros en seis camarotes de lujo, uno de los más grandes del mundo), era por lo que llevaba peleando los seis últimos meses; concretamente desde que Leandro, el hermano de Fernando, dejó caer en mitad de una conversación intrascendente que Isidro y él se habían hecho poco menos que inseparables en el club de golf

«No parecen de la misma familia -pensó Blanca de su marido y su cuñado, mientras echaba una mirada alrededor con la esperanza de ver venir a Fernando con los vermouths-. Es innegable que Leandro se lo ha sabido montar bien, rodeándose de gente influyente a

medida que ha ido escalando puestos dentro de la empresa hasta llegar a convertirse en el miembro más joven de su consejo de administración. No como el patoso de Fernando, que iba para arquitecto y se quedó en aparejador. A mi marido le falta presencia, empuje y oportunidad... Sobre todo eso, el don de oportunidad.»

A Blanca le exasperaba la habilidad que tenía Fernando para meter la pata hasta una profundidad que hace que la reparación del daño sea imposible. Como la vez que se encontraron con aquel amigo del colegio y su mujer, una matrona de caderas voluminosas como mofletes de trompetista y moño platino. A Fernando le faltó tiempo para piroppearla.

-¡Vaya señora de bandera! Con una madre así ya puedes presumir, ya.

El compañero de colegio tenía una constructora en la que Fernando podría haber hecho un carrerón, pero no: el tío la tuvo que cagar.

«O como cuando nos sentaron en la cena de los Cabañal al lado de Teresa Sánchez del Romero y su hija Olga. El idiota de mi marido no dejó de insistir en el increíble parecido que tenían madre e hija: "No se puede negar que es tu hija... ¡Sois clavaditas!", hasta que sirvieron la merluza, que fue el momento que Teresa eligió para comunicarle a Fernando que Olga era brasileña y adoptada.»

Cada vez que Blanca recordaba alguna de las innumerables ocasiones en que Fernando había sido incapaz de morderse la lengua y le había hecho sonrojarse hasta los talones, le entraba una acidez tremenda en el estómago.

-¡Pero dónde se habrá metido ese pesado!

Más que pensarlo, Blanca lo dijo entre dientes, y se sintió furiosa porque Fernando le dejara tanto rato sola entre desconocidos que tomaban el sol indolentemente envueltos en sus albornoces de diseño con el logotipo de las empresas de Isidro -un trapecio invertido con dos circulitos en su parte inferior que representaban un carrito de la compra- y con los que tenía muy poco en común.

Cuando se enteró de que Leandro e Isidro, dueño de la cadena de almacenes Isma y de varios centros comerciales distribuidos estratégicamente por toda la Península, no

sólo se llevaban de mil amores en los verdes greens por los cuales gustan de corretear los golfistas, sino que además Isidro planeaba invitar a unos cuantos matrimonios a un viaje de una semana en su fabuloso yate, ella no paró hasta que Fernando consiguió, a través de su hermano, formar parte de ese selecto grupo.

Sin embargo, las cosas no estaban saliendo como ella planeaba. Desde el primer momento se sintió desplazada y fuera de lugar. Ella había imaginado un viaje más íntimo, en el que poder sentarse tranquilamente sobre la cubierta de proa al lado de Isidro y mantener con él una charla informal, unidos por la camaradería que da el mar.

Por supuesto habría aprovechado esos momentos de confraternización para hacerle ver que nadie mejor que Fernando para diseñar los planos de los nuevos supermercados que sin duda tendría en mente. Pero lo cierto es que si algo brillaba por su ausencia en aquel viaje era la francachela. Nada de mezclarse e intercambiar confidencias; el resto de las parejas, incluida la que formaban Leandro y Carmela, eran bastante más estiradas de lo que ella se había imaginado, y eso que se había imaginado mucho. Además, se conocían entre ellas y hablaban de situaciones comunes, que hacían que Blanca se sintiera igual que cuando en el colegio se acercaba a un grupo de niñas y no le dejaban jugar con ellas.

A Isidro y a Mamen, su mujer (la «Ma» de Isma era por ella), justo los había saludado al subir a bordo y poco más.

Mamen, como buena anfitriona, hacía malabarismos por la cubierta, cada día con un biquini diferente con pareo a juego, para atender a sus invitados, pendiente de que no les faltara de nada y dando explicaciones sobre la ausencia de su marido: «Isidro está liadísimo en el camarote. No le dejan vivir, cuando no es una cosa es otra, siempre pendiente de sus empresas. Yo no sé para qué paga a tantísimos asesores si no puede soltar las riendas ni estando entre amigos... En fin, que yo ya estoy resignada».

Por las tardes organizaba juegos de mesa y partidas de bridge en las que ni Blanca ni Fernando podían participar porque no pasaban del tute.

El primer día de singladura se sentaron a ver cómo discurría una de las partidas, pero a la segunda observación de Fernando sobre las cartas que llevaban unos y otros - observaciones, por lo visto, muy atinadas, porque en ambos casos les fastidió la partida y

tuvieron que volver a empezar-, decidieron que era mejor no acercarse a los jugadores.

-Perdona... ¿Blanca, no?

Distraída por sus propios pensamientos, y porque él se había acercado a contrasol, Blanca no se había percatado de que la toalla de su derecha había sido ocupada por la imponente figura de Isidro Campano, que le sonreía con una dentadura perfecta.

-Sí... Hola... Claro... ¿Qué tal? -dijo mientras incorporaba medio cuerpo al tiempo que se maldecía por no haberse puesto ni siquiera un toque de rímel waterproof.

-Te he estado mirando un rato y no he podido evitar preguntarme qué hace la mujer más guapa del barco sola y hablándole a una revista.

-Uy, no -dijo Blanca al tiempo que lamentaba mentalmente haberle dado esa impresión («Mierda, seguro que piensa que estoy como una cabra»)-. Me preguntaba dónde se habrá metido mi marido... Hace vein te minutos que se fue a buscar unos vermouths y todavía no ha vuelto... Y eso que no creo que se haya fugado con otra, a no ser que a tu yate le falte un bote salvavidas...

Isidro rio abiertamente.

-Me gustan las mujeres con sentido del humor, pero no, estate tranquila, le he visto hace un rato y estaba en la barra, contándole chistes de camareros al barman.

«Muy propio de Fernando -pensó Blanca al tiempo que observaba que Isidro no estaba nada mal, a pesar de sus años-. Este no cumple ya los cincuenta, pero cualquiera lo diría mirándole, sin un gramo de grasa, cuerpo de tener entrenador personal como poco. Sí, tiene patas de gallo y el pelo bastante canoso, pero le dan empaque. Y desde luego, el detalle de entrar piropeándome... ».

Fernando tardó otros veinte minutos más en volver, tiempo que Blanca aprovechó divinamente para «confraternizar» con Isidro y descubrir que, además de rico de solemnidad, era un hombre encantador.

Los dos días siguientes Blanca sorprendió varias veces a Isidro mirándola fijamente durante la cena, aunque estaban en lados opuestos de la mesa, y observó que se hacía el

encontradizo con ella, siempre en los escasos minutos en que no estaba con Fernando.

Blanca llegó a la conclusión de que Isidro estaba interesado en ella. ¿Hasta qué punto? Eso no lo sabía, pero fantaseaba con la idea de que fuera un punto importante.

«Al fin y al cabo -pensó-, ¿qué tengo con Fernando? Es un desastre, un auténtico desastre que nunca llegará a nada. Hago mal en engañarme y creer que puedo hacer que cambie. A este no lo cambia ni una lobotomía. Isidro, sin embargo, es un hombre de mundo, hecho a sí mismo, sí (según contaban las revistas del corazón, empezó con una carnicería en Alfara de Algimia y gracias a su vis comercial consiguió crear el emporio del que ahora era dueño), pero eso es lo mejor, ¿no? Y además le parezco guapa (la más guapa del barco, aunque Lidia Menchaca tiene un tipazo que da agonía y Berta Belloch no pasa de los veintiséis, la muy asquerosa...). En cambio, Fernando ni siquiera se ha fijado en lo bien que me sienta este biquini, que aunque es de los chinos, parece de firma. A Fernando ya le da lo mismo que me depile con láser y que me mate con el Pilates tres días por semana. Ni se entera... Míralo, ahí está... Intentando convencer de las ventajas de las lámparas de sal a Suso Muros, que tiene una de las empresas de diseño de elementos de iluminación más fashion de toda Europa. Lo dicho, el pobre no tiene remedio».

A Blanca se le pasaron los tres días siguientes en un pispás, animada por esa ilusión de saberse atractiva para un hombre con carisma e intentando autoconvencerse, contagiada por la atmósfera híper pija del crucero, de que quizá aún estaba a tiempo de corregir el error de haberse casado con el hijo tonto de una familia bien. Se imagina ha entrando del brazo de Isidro en la universidad en la que le harían doctor honoris causa (alguna lo haría tarde o temprano; al fin y al cabo, si hasta a Almodóvar, que en su día bailaba con una bata de boatiné y medias de portera en el Rock-Ola, le habían dado un doctorado, a Isidro le debía estar al caer), o dando fiestas fastuosas en su chalé de La Moraleja, del que conocía hasta el estampado de la vajilla gracias un reportaje del ¡Hola!

El sexto día enfilaban ya de vuelta al puerto del Masnou, cuando a cinco millas de la costa el barco empezó a aminorar de velocidad y terminó parando motores en medio de la nada.

Al principio nadie pareció darse cuenta, pero cuando ese parón se prolongó por más de un cuarto de hora, y los pasajeros, la mayoría de los cuales se encontraba en cubierta

disfrutando de otra mañana que parecía hecha de encargo, empezaron a intuir en la boca del estómago el preludio de un soberano mareo provocado por el balanceo que experimenta todo barco en punto muerto, comenzó la inquietud a bordo.

-Perdone -abordó Fernando a uno de los miembros de la tripulación que en ese momento se asomaba por la borda para mirar con mucho interés hacia la popa del barco-, ¿es usted el contramaestre?

-No, señor -le respondió este sonriendo-. Los contramaestres sólo están en la Armada; aquí sólo tenemos capitán y primer oficial. Yo soy el cocinero.

Blanca miró al cielo y suspiró con tal intensidad que provocó el revoloteo de los pelos del cogote de Suso Muros, que estaba sentado de espaldas a ella a unos tres metros de distancia, y era uno de esos escasos ejemplares que todavía quedan de calvo con guardabarros, una especie que incomprensiblemente ha sobrevivido a la de las niñas con tirabuzones o a la de las señoras que salían de la peluquería con el pelo morado, pero que, como ellas, está condenada a la extinción.

-Bueno, da lo mismo -insistió Fernando-. ¿Sabe usted por qué nos hemos parado aquí?

-Sí, señor. Parece que algo se ha enredado en uno de los dos motores del barco y hasta que no lo desenganchemos no podemos seguir.

Los seis matrimonios se apresuraron a asomarse también por la borda, que es algo que habitualmente hacemos los seres humanos: la curiosidad nos lleva a meter las narices allí donde pase algo extraordinario, aunque sepamos de entrada que no vamos a ver nada...

-Pues yo no veo nada -dijo Berta Belloch, que como era la más joven y le gustaba alardear de buena vista leía todas las mañanas el periódico en la tumbona sin gafas de ver de cerca.

-A lo mejor lo que se ha enredado es un atún -se soltó de pronto Elisa Ramírez de Coca, señora de Suso Muros, el del guardabarros, que aparte de tener la misma voz que Llongueras, era bastante lerda.

-No hay sangre -replicó Lidia Menchaca, que era la única que, como presumía de tipazo, no se había puesto el pareo-. Una vez vi un documental sobre la pesca del atún y se ponía todo perdido de sangre.

-Eh, un momento... -Fernando señalaba un punto sobre las olas a poco menos de un metro del casco-. ¡Mirad, mirad aquí!

Efectivamente, doce pares de ojos (trece, si incluimos al cocinero que se vino corriendo desde babor ante los gritos de Fernando) observaron un burbujeo en el agua muy similar al que provocan los buzos cuando están emergiendo...

-Ahí parece que va a salir algo...

-A ver si va a ser una orca -se alarmó Elisa Ramírez de Coca, que en su memez parecía tener una preocupante fijación por la fauna marina.

-No hay orcas en el Mediterráneo -explicó el cocinero, que era el más puesto en la materia-. Como mucho, puede ser un delfín, o una tintorera, o agua que está expulsando el barco, o... ¿zuna mierda??

La falta de delicadeza del cocinero, impropia de cualquier miembro de la tripulación del Natasha, porque buena era Mamen para eso, se debió a que, efectivamente, lo que surgió en mitad del géiser que Fernando seguía señalando con la insistencia de un Rodrigo de Triana vislumbrando por vez primera tierras americanas, fue un zurullo perfecto de veintitrés centímetros de largo por ocho de diámetro que, tras saludar al respetable público allí congregado con un gracioso saltito, se alejó flotando alegremente envuelto por el oleaje y el silencio sepulcral de los trece espectadores, sólo interrumpido por la observación de Berta Belloch, que con la sorpresa se olvidó de hacerse la fina («¡¡Collons, vaya pedazo de cagalló!!»), y por Isidro Campano, que en ese momento subía por las escaleras del baño de su camarote, situado justo debajo de donde se apelotonaban sus invitados, silbando «Francisco Alegre y olé» y subiéndose despreocupadamente la bragueta.

Media hora más tarde el primer oficial consiguió desenredar los restos de la boya que habían paralizado el motor.

Fue una lástima que ninguno de los pasajeros del barco pudiera admirar su fino trabajo. Todos se habían ido a sus camarotes inmediatamente después del incidente del zurullo, comentando lo agradable que sería echarse una siesta.

Esa noche, a pesar de ser la cena de despedida, ni Isidro ni Mamen acudieron al comedor, alegando los dos una fuerte jaqueca. Blanca y Fernando tampoco. Ella, después de cogerse un berrinche de aúpa por el mito caído -imposible volver a pensar en Isidro sin asociarlo a aquel lozano excremento que surgió de las olas- y de armarle la bronca padre a Fernando por su inoportunidad a la hora de señalar burbujas, no tuvo más remedio que reco nocer lo surrealista de la situación y acabó llorando -esta vez de risa- con su marido, recordando la cara de níscolo de sus compañeros de crucero mientras miraban el descubrimiento de Fernando.

Casi siempre le pasaba lo mismo. Las meteduras de pata de Fernando terminaban, con el tiempo, convirtiéndose en una de esas historias familiares que se contaban en las cenas después de los licores y con las que todo el mundo se tronchaba.

A fecha de hoy, Blanca y Fernando siguen juntos. Él continúa siendo inoportuno y ella, que nunca más ha vuelto a fantasear con ricos empresarios que le ponen ojitos, ha conseguido perfeccionar su cara de circunstancias hasta límites desconocidos en el Actors Studio.

Lo último que supieron de Isidro es que había vendido el barco y que había dejado de frecuentar el club de golf, donde los cotilleos corren como llama en gasolina, y ya se le conocía entre socios y empleados como «Isidro, el del pino marino».

EL MARIDO PERDONAVIDAS



FICHA TÉCNICA

Ídolo: él mismo.

Bebida favorita: Bloody Mary.

Libro de cabecera: Días de guardar, de Carlos Pérez Merinero.

Animal de compañía: él mismo.

Historia de Mónica

Mi esposo y yo nunca hemos considerado el divorcio...
el asesinato algunas veces, pero nunca el divorcio.

JOYCE BROTHERS



omo dictan las leyes universales, el ser humano, además de nacer, crecer, reproducirse y cascar, también es capaz de evolucionar. Más o menos como cualquier otro ser vivo a excepción de las cucarachas que, por lo visto, son el top ten de la creación porque su diseño es tan perfecto que no han necesitado modificarlo ni un ápice desde que aparecieron sobre la faz de la tierra con la única misión -por más vueltas que le he dado no he encontrado otra razón que justifique su existencia- de darnos un asco tremendo.

El supuesto que nos ocupa, el de los perdonavidas, no es una excepción, lo que ocurre es que en su caso la evolución que experimentan no tiene demasiado que ver con la del resto de sus colegas de especie. Yo diría que es mas bien idéntica a la que sufren los gusanos de seda y las orugas peludas: a medida que pasa el tiempo se vuelven más capullos. Son, para entendernos, la prueba palpable del antidarwinismo.

Para entendernos, el perdonavidas es un tío que va por la vida de chuleta mandanguilla, creyéndose la perla de la ostra y sentando cátedra, cuando en realidad suele ser un imbécil integral.

Herederos sin fundamento alguno de lo peor del sistema feudal del medievo, los perdonavidas tratan a quienes les rodean con displicencia, como si todos fueran tontos de capirote y ellos, los descendientes del sabio Salomón, aunque no sepan hacer una O con

un compás.

Por si esto fuera poco, lo que consideran acerados comentarios y agudas observaciones están, con frecuencia, coloreados por un tinte machista muy poco sutil que normalmente sólo les divierte a ellos y a los otros tres idiotas que les ríen las gracias, porque lo que es a nosotras, las mujeres, pocas cosas hay que nos provoquen más y mayor rechazo que un tío que se cree que es alguien por el mero hecho de tener un par de gónadas y más pelos que nosotras en los sobacos.

-Vaya, vaya, vaya... Cuánto estrógeno junto... Qué, chicas: hablando de cosas de mujeres, ¿eh?

-Si entre las cosas «de mujeres» incluyes la reforma laboral, el caso Madoff, el conflicto saharauí y la exposición de Matisse, sí: estamos hablando de nuestras cosas...

A Natalia, doctorada en leyes por la Sorbona, abogada matrimonialista en activo y master internacional en derecho jurídico, no es que le caiga mal Félix, el marido de Mónica; es que no lo traga.

La antipatía es mutua: a ella le revienta la sonrisa de suficiencia y los andares guapeados de Félix, y este, que no pasa de ser uno de los sesenta abogados de base que trabajan para una conocida empresa de seguros, no soporta a una mujer que le planta cara y que cultural, intelectual y profesionalmente le lleva varios cuerpos de ventaja.

Si no fuera porque Mónica es su hermana, hace años que Natalia habría mandado a Félix a hacer puñetas. De hecho, en las reuniones familiares procuran coincidir lo menos posible.

El problema es que Félix, como ella, es un habitual del bar-cafetería Flores, en el que, por su cercanía con los juzgados de Plaza de Castilla, suelen recalar la mayoría de abogados que pasan por allí, así que las puyas que se evitan de puertas para adentro se las lanzan casi a diario entre pincho y pincho de tortilla.

-Qué, cuñadita, ¿otra vez por aquí intentando convencer al juez de que tu cuenta es otra «pobrecita» mujer maltratada para sacarle la pasta a su ex?

-Vete a la mierda, Félix.

-¡Hay que ver qué humos! ¿Qué pasa, que estamos en «esos días» o es que ya te ha llegado la menopausia?

-Exacto: estoy en uno de esos días en los que no me apetece nada tener que darle palique a un descerebrado.

El marido de Mónica es la única causa por la cual las dos hermanas tienen sus más y sus menos.

-En serio, Mónica, no sé cómo aguantas a ese payaso que tienes por marido.

-Hija, siempre estás igual... Yo no sé por qué le tienes esa tirria. Al fin y al cabo, tampoco te ha hecho nada...

-Existir y casarse con mi hermana: ¿te parece poco?

Félix pertenece a esa casta de bocazas y faltones que salen de los váteres de los bares abrochándose la bragueta y chistan a los camareros; de los que se creen muy divertidos por hacer chistecitos cada vez que sale en la tele un anuncio de compresas o de Tena Lady; de los que consideran que toda mujer lleva dentro una puta y el resto de los mortales a un calzonazos de mucho cuidado incapaz de plantarle cara.

Mónica, sin embargo, lo defiende ante su hermana como si realmente pensase que es el equivalente en marido a un premio Pulitzer.

-Por mucho menos de lo que tú soportas, he gestionado yo divorcios exprés a manta.

-Mira que eres pelma, hermanita. Ya te he dicho mil veces que Félix no es de puertas adentro lo que aparenta ser de puertas para afuera y que él y yo estamos estupendamente.

-No, perdona: el que está estupendamente y vive como un pachá es él. A ti te trata con el mismo respeto que un chulo a sus chaperos. O a ver si te crees que me chupo el dedo.

-De eso nada, guapa.

-¿Ah, no? Pues ya me dirás quién es la que se levanta todas las mañanas un cuarto de

hora antes porque le tiene que llevar el café recién hecho a la cama, o quién es la que a las once de la noche se quita el pijama y se vuelve a vestir de arriba abajo para salir a comprar tabaco al bar de la esquina aunque el único que fuma es él...

-Eso lo hago porque quiero.

-Ya, claro. Tú le preparas la ropa todas las noches porque quieres, y en la playa vas al chiringuito cuarenta veces a traerle la cervecita porque quieres, y no le chistas cuando se ríe con sus amigos de tu peinado, de tu vestido o de tu faja porque quieres, y tienes que quedar conmigo a escondidas porque quieres... Y que conste que me daría exactamente lo mismo, porque para gustos se han hecho los colores, si no fuera porque si no haces alguna de esas cosas que «quieres» tu maridito te la guarda y se la cobra dejándote de hablar una semana. O qué te crees, ¿que las demás no nos hemos dado cuenta de lo que hay? No, querida. Félix, además de ser un impresentable, un faltón y un zafio, te tiene acogotada. Y no intentes convencerme de lo contrario porque nos conocemos y no cuela.

Mónica y Natalia, que en su día fueron uña y carne, a fecha de hoy sólo se hablan lo imprescindible. Natalia sigue tropezándose con Félix de cuando en cuando en el Flores, aunque procura ponerse en la otra punta de la barra y hacerse la despistada para no tener ni que saludarle.

Mónica continúa pelándole las naranjas del postre a su marido porque a él no le gusta que se le quede el olor en las manos. Aunque parezca mentira, hay mujeres inteligentes que todavía confunden lo que es ser una buena esposa con el servilismo y a un gilipollas con el amor de su vida.

En cuanto a Félix, ahí sigue, creyéndose un organismo perfecto y sin cambiar un ápice. Exactamente igual que las cucarachas.

EL MARIDO SOLIDARIO



FICHA TÉCNICA

Ídolo: Jesús Caldera y su permiso de paternidad.

Película favorita: Tres solteros y un biberón.

Vehículo apropiado: el tándem.

Libro de cabecera: Igualdad, libertad, intimidad, de Gabriel Zanotti.

Historia de Violeta

El matrimonio consiste en resolver, entre dos, problemas que nunca hubiéramos tenido de estar solos.

EDDY CANTOR

Dice la Constitución que todos los españoles somos iguales y tenemos los mismos derechos y deberes independientemente de nuestra raza, religión, ideología y sexo. Vale. Lo que nadie dice es que en cuanto cruzas la puerta de tu casa la Carta Magna deja de tener vigencia. Es de lógica: la Constitución es cosa de hombres, y además, ¡de qué hombres! ¿0 es que alguien se imagina a Manuel Fraga cosiéndoles las coderas a sus cinco hijos, o a Jordi Solé Tura pasando el mocho por el baño de servicio? Esa es la cuestión. La pensaron ellos, se la cocinaron ellos y ellos solitos la firmaron. El resto lo único que hicimos fue votarla, pero eso no vale porque a nadie con una vida social medianamente aceptable se le pasaría por la cabeza leerse semejante tostonazo. Por eso la Carta Magna sólo es útil cuando una quiere ser cabo furriel, ministra de Defensa o encofradora. En este sentido, nada que objetar. Lo deja clarísimo. Todos iguales.

Otra cosa muy distinta es el capítulo «mantenimiento y cuidado del hogar». De esto la Constitución no dice ni palabra; como mucho hará alguna sugerencia aunque entre líneas, pero si partimos de la premisa de que somos incapaces de leer las líneas, ya me diréis cuál es el panorama. Total, que nos la pasamos por el forro.

La mayor parte de los hombres -digan lo que digan en público- tienen una peculiar noción de lo que significa el reparto de tareas que consiste en que uno cocina y el otro come, uno limpia y el otro ensucia. Al cincuenta por ciento.

Como mucho, y en el mejor de los casos, se atribuyen una serie de tareas escogidas, como sacar la basura, plancharse su ropa, hacer la cena y comprar maquinillas de afeitar, y con eso consideran que ya han cumplido. A estos, un polígrafo les daría la razón porque están firmemente convencidos de que hacen lo mismo que nosotras, pero no. En su mayoría viven con la creencia de que el papel higiénico se cría él solito en el portarrollos del baño. Si fuera por ellos, en los rincones de las habitaciones se podrían criar patatas, las fábricas de ambientadores habrían quebrado hace lustros y las bañeras estarían enmoquetadas de pelo humano.

Incluso el hombre más concienciado del mundo -que a saber por dónde andará- es incapaz de pensar que también hay que pasar la bayeta por encima de las puertas. Esas son cosas que hacemos sólo las mujeres, como cambiar la pastilla desinfectante del inodoro, llevar la batidora a arreglar, comprar pinzas para la ropa, colgar el albornoz, rellenar el azucarero y lavar las cortinas. No hay tío que asuma esas pequeñas e ingratas tareas que conforman la parte menos lucida de las labores «intramuros» pero que alguien -y por descarte nos toca a nosotras- tiene que hacer.

Abel, el marido de Violeta, pertenece a esa gran masa de maridos que está a mitad de camino entre el señor de educación feudal que fue su padre y el estudiante de Educación para la Ciudadanía, que es su hijo. Como se ha criado a caballo entre el BUP y la ESO, el pobre tiene un lío tremendo. Está convencido de que compartir y colaborar son sinónimos. Con eso está todo dicho.

-Me parece genial que Abel se haya cogido la baja por paternidad, para echarle una mano con la nena.

Violeta y Blanca paseaban por los alrededores de la consulta del pediatra tirando del cochecito del bebé.

-Bueno...

-De bueno nada. Ya era hora de que se les reconociera a los hombres el derecho a disfrutar de sus hijos recién nacidos, y a nosotras, el de poder tomarnos un respiro aunque hayamos acabado de parir.

-Si tú lo dices...

-Lo digo yo y cualquiera con dos dedos de frente. ¡Te quejarás tú de tener un marido pionero en esto de quedarse en casa para ayudar!

-No, si eso está muy bien, pero resulta que Abel se trae la oficina a casa.

-Mujer, es lógico que si va a estar unos días sin aparecer por el trabajo, se lleve alguna tarea pendiente para adelantar en sus ratos libres...

-No, si cuando digo que se trae la oficina a casa, me refiero a eso exactamente, a que se trae a todos sus compañeros de departamento y me organiza en casa unas reuniones a todo trapo. Ha convertido el comedor en una Sala de Juntas, y ahí se pasan las tardes revisando papeles, con más humo que en un bingo, y poniéndose morados a pistachos.

-¿Y entonces no se ocupa de la niña?

-Sí, para decirme a ver si puedo hacer que deje de llorar porque se les cuele el sonido en la videoconferencia y no queda serio.

-Coño, ¿y por qué no hablas con él?

-Porque he hecho algo mucho mejor que eso: le he pedido a mi madre que venga a quedarse con nosotros unos días... Ya sabes: cuatro manos ayudan más que dos, el cariño de las abuelas y bla, bla, bla, todos esos rollos... Llega mañana.

~y?

-Que a la media hora de decírselo a Abel han llamado de la oficina rogándole que acorte el permiso de paternidad porque, por lo visto, ha surgido un problema urgente que sólo él puede resolver. La vida tiene esas casualidades.

-O sea, que has conseguido quitártelo de encima...

-Ya ves.

-O sea, que lo del permiso de paternidad...

-Lo único que deseo en esta vida, aparte de que mi niña crezca sana, es que la señora de Jesús Caldera, que fue el que puso en marcha la Ley de Igualdad, tenga trillizos, que él se coja la baja por paternidad y que analice los consejos de ministros con sus treinta asesores en la mesa del salón. Está claro, ¿no?

-Clarísimo.

-Bien. Por cierto, dos calles más abajo hay un bar con terraza que está muy bien, el Flores, ¿quieres que nos acerquemos y tomamos algo?

-Vale.

Y Blanca, Violeta y la pequeña Sonia siguieron paseando tan tranquilas.

EL MARIDO METROSEXUAL



FICHA TÉCNICA

Ídolos: Guti y David Bowie.

Canción favorita: «Da ya thinl< I"m sexy».

Bebida favorita: Baileys Gin Mousse.

Películas favoritas: cualquiera de Richard Gere y, en plan vintage, Fiebre del sábado noche.

Historia de Lucía

La mayoría de los maridos me hacen la impresión
de un orangután tratando de tocar el violón.

HONORÉ DE BALZAC



s habéis parado a pensar algún vez cuál puede ser la razón por la que las mujeres llevamos siglos y siglos sufriendo como bellacas para gustar a unos tíos que nos ponen el espejo del baño hecho una pena porque sólo se miran cuando se cepillan los dientes? Yo sí. Y la respuesta es que no existe razón ninguna.

La depilación, por ejemplo. ¿Cuántas horas hemos dedicado a arrancarnos sádicamente los pelos para salir con tíos que llevan las piernas peludas como el lomo de una nutria? Cientos de miles. ¿Y por qué si nuestros pelos son antiestéticos y merecen la muerte por cera, los suyos, que son más y más gordos, crecen alegres y despreocupados sin que nadie les chiste? No se sabe.

Desde que a un gracioso se le ocurrió decir lo de que el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso, el género masculino se ha agarrado al dichoso pareado como un mono a un columpio. ¿Y para qué? Para vivir asilvestrados como puercoespines sin tener que preocuparse de la pinza de cejas, el contour de ojos o el alicate de uñas.

Gracias a Dios, esta injusticia histórica que nos condenaba a vivir con unos seres de cutis curtido al viento, talones rasposos y, en muchos casos, con una sola ceja -eso sí, gorda como una tejavana- se ha resuelto con la llegada del hombre metrosexual.

Sí, amigas. La metrosexualidad es una bendición para cualquiera que sepa apreciar la

higiene profunda y la calidad de tacto de una piel bien hidratada.

El hombre metrosexual ha tomado la valiente decisión de darle la espalda a la memez esa de que la belleza está en el interior -frase que sólo se explica si su autor fue un forense- y cuida su físico con el mismo esmero que cualquiera de nosotras, revolucionando los tradicionales usos y costumbres del macho humano, vigentes desde los tiempos en los que el sùmmum de la limpieza corporal consistía en lavarse la sobaquera con jaboneta en una palangana.

Un metrosexual sabe para lo que sirve el suavizante con extracto de papaya y caritina ¡y lo usa! El asunto no es baladí. Casarte con un hombre que se preocupa por su aspecto y con el que puedes hablar de los efectos de los liposomas en las arrugas de expresión te abre todo un mundo hasta ahora desconocido.

Por eso, entre la clientela femenina del Flores, Javier, el marido de Lucía, provoca de un tiempo a esta parte una gran expectación cada vez que aparece. No es que sea un bellezón. Le falta barbilla y le sobra nariz para parecerse a George Clooney. Tampoco le hubieran venido mal unos cuantos centímetros más de estatura, pero eso lo tiene casi solucionado con sus Nike Impax Dime, que gracias a su suela con cámara de aire lo colocan muy cerquita del metro setenta y ocho. Ahora, a mechas bien dadas no le gana nadie. Ni a moreno de máquina. Ni a gafasfashion. Ni a horas de gimnasio.

Javier se ha hecho metrosexual. No ha ocurrido de pronto porque estas cosas no son como un orzuelo, que un día no lo tienes y al siguiente sí. No. La metrosexualidad requiere su tiempo de incubación, como la varicela. Eso sí, una vez que se manifiesta se apodera del individuo y termina dándole la vuelta como un calcetín.

Javier, por ejemplo, hasta hace año y medio nunca tuvo la necesidad de darse protección en la espalda cuando iba a la playa. La tenía tan peluda que los rayos de sol no llegaban a su epidermis. Se sabe de orangutanes que renunciarían gustosos a su plátano del desayuno a cambio de haber sido bendecidos con una pelambrera de semejante calidad.

A él, en realidad, llevar la camiseta de angorina pegada al cuerpo le traía al paio; no es modelo, ni stripper, ni nadador profesional, ni peón caminero, trabajos todos que llevan implícita la servidumbre de tener que estar dispuesto a mostrar el torso en público

en cualquier momento. Lo suyo es la psicopedagogía, profesión que, además de ejercerse vestido, tenía la ventaja de haberle evitado cualquier conato de complejo. Con no mirarse en los espejos de los probadores, que son los únicos en los que puedes verte la trasera, estaba al cabo de la calle.

A Lucía, sin embargo, sin llegar a darle repelús, tanto pelo no le entusiasmaba. Lo consideraba un gaje del oficio, un defecto que venía con el pack de Javier, no deseable pero asumible. Se había acostumbrado a su frondosidad pero tenía muy claro que la espalda peluda de su marido no es lo que ella salvaría en un incendio.

La transformación de Javier comenzó a fraguarse cuando un día, al volver de la consulta, tropezó con el equivalente a una de esas lámparas maravillosas de las que sale un genio dispuesto a cumplir tus deseos con servilismo feudal. En su caso, la lámpara fue el buzón de casa y el genio, un folleto de Corporación Dermoestética ofreciendo todo lujo de detalles, en texto y fotografías, sobre la depilación por luz pulsada. «No es ninguna tontería... Llamo, me hago la espalda a espaldas de Lucía y le doy el sorpresón del año. Ya me veo saliendo del baño con el torso untado de aceite, como Steven Seagal, y más pelado que un huevo duro... Veremos entonces si tengo paletillas o no...».

Los meses que duró el tratamiento Javier estuvo durmiendo con camiseta debajo del pijama para que Lucía no viera la obra maestra hasta que estuviera terminada. No fue tarea sencilla: sus pelos parecían desconocer en absoluto las cualidades de la luz pulsada y se empeñaban en brotar una y otra vez, debilitados pero tozudos.

Necesitó seis meses, a tres sesiones por semana, porque decidió que, ya puesto, mejor completar la jugada depilándose también las piernas y el pecho como el tío de la foto del prospecto. Pero por fin, una tarde, una de las tres esteticienes que le trataba -las otras dos se habían cogido la baja por estrés laboral- emitió la última pulsación y Javier se sintió mismamente como un coco al que le hubieran despojada de su cáscara. «Parecía que no, pero se va mucho más fresquito... Ahora que me he quitado dos centímetros de almohadillado me tengo que comprar camisas nuevas porque estas me quedan grandes... ¡La cara que va a poner Lucía esta noche cuando me vea!... Que no se me olvide el aceite... ¿De qué me ha dicho la esteticien que era?... Bueno, da lo mismo. Me lo compro de oliva virgen extra, que un día es un día... Tonight is the night».

Lucía estaba acostada leyendo el último libro de Julia Navarro completamente

absorbida por la historia de Amelia Garayoa.

-Lucíaaaaa.. .

-¿Umhhh?

-Deja el libro y cuenta hasta tres en alto...

-Tú y tu manía de hablarme a distancia... ¿Qué dices?

-Que dejes el libro y cuentes hasta tres en alto, que voy a salir...

-¿Y qué pasa? ¿Que necesitas un recibimiento con dheerleaders?... No sé qué habrás hecho ahí dentro, pero tampoco será para tanto, digo yo...

-No, tonta, que es una sorpresa.

-Espera un poco que llegue al siguiente punto y aparte.

-Venga, no seas pesada y cuenta, que te va a gustar.

-Bueno, va: uno, dos y tres...

-¡TACHÁN!

-Qué, qué te parece...

-¡Pues parecer, parecer, así a primera vista me pareces una trucha!

-¿Has visto? Mira, mira, ni un pelo, como Beckham.

-¿Pero qué te has hecho?

-Depilarme.

-Pues lo has debido pasar fatal porque estás sudando a chorros...

-No es sudor, es aceite. Como Steven Seagal. Qué, ¿te gusta?

-Hombre, me tengo que acostumbrar, porque así sin pelo parece que estás medio

crudo...

-¿Y la espalda, eh? ¿Qué me dices de la espalda? ¿Tengo o no tengo paletillas?

-¡Pero si estás a dos colores!

-¿Cómo que estoy a dos colores?

-Sí, de frente tienes color humano, pero la espalda parece la tripa de un calamar.

-Coño, eso debe de ser porque no le ha dado el sol desde que tenía dieciséis años. No te preocupes, que esto lo arreglo yo con un par de sesiones de rayos Uva.

-Pues si no quieres freírte como una angula ya te puedes ir quitando el aceite de encima...

Y así, sin ser consciente de ello, Javier se subió al carro del metrosexualismo: tras los rayos Uva, resolvió que una espalda con un acabado tan perfecto como la suya tenía la obligación de lucir unos trapecios un poco vistosos, y se apuntó a un gimnasio. Allí se dio cuenta de que en el universo del músculo torneado y libre de cargas capilares no eres nadie si no llevas al menos dos tatuajes: el de la hiedra trepadora de bíceps, que por lo visto es obligatorio, y otro en un idioma raro para que nadie sepa lo que pone. Le recomendaron un local de tatuajes cercano al gimnasio regentado por un tal Apolonio Urruticoetxea, un vasco con fama de minucioso que hace unos años dejó su antiguo trabajo de grabador de escudos heráldicos en un taller de Motrico para venirse a Madrid a volcar toda su maestría en un oficio mucho más rentable. A la semana, Javier estaba tumbado de súbito prono en una camilla del Apollo's Tatoo.

-Entonces ¿en dónde lo hacemos?

-Aquí, en la parte de los riñones...

-Y quieres el 14 c.

-Sí. Este de aquí.

-Un poco soso ¿no?... Al ecuatoriano en la puerta le he hecho en una nalga un par de

dragones lanceolados en campo de gules, que eso sí que ha sido un trabajo fino, fino...

-No tengo ni la menor duda, pero es que yo busco algo más discreto.

-Tú verás, pero ahora se lleva más el tatuaje en policromo -explica Apolonio mientras se remanga la pernera para mostrarle un guacamayo en azul Prusia, con detalles en amarillo huevo y bermellón de veinte centímetros-. ¿Qué? No me dirás que no está guapo... Seis horas me costó hacérmelo.

-Precioso y de muy buen gusto, pero insisto en el 14 c.

-Como quieras, chavalote.

Una hora más tarde, Javier se miraba satisfecho su nuevo tatuaje con un espejito de mano.

-Perfecto.

-¡Buah! El sánscrito no tiene ninguna dificultad, nada que ver con el cirílico, que ese sí que es complicado de tatuar. En cuanto te vas un poquito le cambias el significado a la palabra...

-¿Cómo que sánscrito? ¿Este dibujito es una palabra en sánscrito?

-Claro.

-Coño, ¿y qué significa?

-Purificación.

-¿Cómo que purificación?

-Purificación, ya sabes, de pureza de espíritu y esos rollos...

-¡No fastidies! ¡Pero si es el nombre de mi suegra!

-Joder, pues también es mala suerte!

¿Y no hay alguna manera de arreglarlo?

-No sé, espera que lo mire... Hombre, lo podemos disimular añadiéndole algo con un poco de color...

El nuevo Javier, el Javier libre de pilosidades, el del bronceado a pistola y los músculos en plena forma, salió del Apolo's Tatoo con un dragón de tres cabezas tatuado en los riñones.

-Lucíaaaa, cuenta hasta tres, que salgo... ¡¡Tachán!!!

-¡La madre que te parió!

De ahí a depilarse las cejas como Fonsi Nieto y copiarle el estilismo a Guti sólo hubo un paso, muy pequeñito, que Javier avanzó con el garbo de la morena del cuplé. «Hay que sensibilizar al hombre para feminizar el mundo» dice robándole la frase a Javier Urrea para justificar que le ha cogido el gusto a la limpieza de cutis.

Desde que ha adoptado la metrosexualidad como forma de vida, a Javier le va todo mucho mejor: A las amigas de Lucía les cae de narices porque es el único de todos los maridos que se da cuenta cuando cambian de peinado y que sabe diferenciar unos Loboutin de unos Curapiés, y en la consulta, sus pacientes femeninas se han multiplicado por tres. Las mujeres llevamos siglos reclamando a los hombres un reciclaje; los queremos más tiernos, más sensibles, más comprensivos, más afines, más preocupados por gustarnos y gustarse. Cuando nos encontramos con que esa reclamación no ha caído en saco roto y ha sido atendida ni más ni menos que por un tío que además es psicólogo, hacemos correr la voz. Es inevitable.

Lucía es una mujer públicamente envidiada por tener un marido fashion que no teme mostrar su lado femenino, ese que se supone que tienen todos los hombres pero que esconden porque alguien les dijo en una ocasión que llorar y utilizar sales de baño era de chicas.

La única que discrepa en este asunto es Mayte, que es muy suya, muy bruta y dice las cosas tal y como las piensa...

A mí, esto del hombre sensible y aseadito me parece muy bien para llorarle en el

hombro cuando estás depre, pero a la hora de la verdad lo que me pone es un maromo en camiseta de tirantes que te acorrale en el pasillo. Como a todas, vaya.

Ya veis qué cosas hay que oír.

ESCENA FINAL A MODO DE EPÍLOGO

8 de marzo

El matrimonio es la unión entre dos personas: una que nunca recuerda los cumpleaños, y otra que nunca los olvida.

OGDEN NASH

H

oy en el Flores es un día especial. Maruja y Simón han cerrado el bar al público para invitar a unos cuantos clientes habituales, los de la casa, sin decirles exactamente por qué y echando mano, como excusa, del comienzo de los Carnavales, que este año, caprichos de la luna, ha caído un poco más tarde de lo habitual.

El ambiente ya está bastante animado cuando entran en el bar Paca y Chente, con un loden que hace impensable imaginárselo en chupa de cuero, seguidos por Fernando y Blanca, abochornada porque Fernando acaba de confundir a un opositor a registrador de la propiedad (que estaba en la esquina esperando tranquilamente a que amainara la lluvia) con el aparcacoches.

-Nada, que este no aprende... Mira que le he dicho: «Fernando, que aquí no tienen aparcacoches», y él erre que erre...

-Espera un momento -le interrumpe Paca, a la que las meteduras de pata de su hermano le traen al paio-, es que creo que acabo de ver a una amiga... ¡Begoña... aquí!

Begoña se abrió paso desde la puerta...

-Mira, Begoña, te presento a Blanca, mi cuñada, y a Fernando, mi hermano.

-Encantada.

-Begoña y yo nos conocimos en la casa rural que tiene su suegra en un pueblo de Zamora y desde entonces hemos coincidido allí muchas veces...

-Por cierto -pregunta Paca-, ¿no habrás visto, por casualidad, a mi marido y a mis suegros? Hemos entrado juntos, pero como hay tanta gente... Mira, ahí están... ¡Berto, Salud, veníos para aquí!

-O sea, que has sido vendedor, ¿eh? -Fernando y Abelardo no tardan en simpatizar-. Pues me sé unos chistes buenísimos de vendedores. ¿Te sabes el del tío que entra en una tienda de electrodomésticos y le pide al dependiente media nevera? ¿No? Verás, esto es un tío que entra en una tienda y dice: «Por favor, quisiera media nevera...».

En el otro extremo de la barra del Flores, Jacobo charla animadamente con Javier, que le intenta convencer de que la depilación por luz pulsada es, más que una opción, una necesidad para el macho contemporáneo.

-Es cojonuda, macho. De verdad.

-No lo dudo, pero ya sabes que a mí me da igual tener pelos, y a Marisol, lo mismo.

-Eso mismo decía Lucía, y sin embargo, desde que me he depilado y me he hecho los tatuajes, nos va mucho mejor, tú ya me entiendes... Ahora hasta me provoca para que la acorrale en el pasillo. ¿Te he enseñado el último? Espera, que me levanto un poco la camisa...

Jodé, tío, vaya cante de dragón...

-Al principio iban a ser unas letras hebreas, pero ya ves. Resulta que fui a un tatuador muy bueno y elegí en el catálogo un dibujo, que resultó no ser un dibujo...

Al fondo del Flores, en la mesa del rincón, Alicia y Sandra están en su salsa.

-Si ya te decía yo que Jacobo es un poco rarito... -le está diciendo Alicia a su amiga-.

Mírale allí, en la barra, de palique con ese de las mechas, que me apuesto una cena a que tiene carroza propia en la fiesta del orgullo gay...

-Creo que es un psicólogo o un psiquiatra bastante conocido y que está casado... Oye, ¿y a este que le pasa? -pregunta Sandra señalando con un gesto de cabeza a Manuel, el marido de Alicia, que acaba de emitir un « Uyyyyy!! » con el mismo sentimiento que si se hubiera sentado encima de un tenedor.

-Déjale. Es que lleva incrustado el auricular de la radio y eso es que el Madrid ha debido fallar un penalti...

-joé, vaya susto que me ha dado!... Pues como te iba diciendo, creo que el de las mechas es un psicólogo que...

En la mesa de al lado, Natalia está radiante. La fiesta del Flores ha coincidido con su regreso de Estados Unidos acompañada de su chico, que ha decidido dejar la scientific.wellness.org para instalarse definitivamente en España, y este es, por así decirlo, el bautizo social de Walter. Lástima que Mónica no haya podido venir para presentárselo, pero, como casi siempre, a última hora Félix ha decidido que no le apetecía salir y se ha tenido que quedar con él en casa.

La rabia de pensar en el idiota de su cuñado se le esfuma en cuanto ve que Mamen - una cuenta a la que arregló el divorcio de su riquísimo marido, por lo que ahora ella también es riquísima- se acerca saludando con una mano por encima de las cabezas del personal, y con la otra agarrando la de Tony, su nueva pareja, un tenista que está de toma pan y moja.

-¡Natalia, qué alegría!

-¡Mamen! Cuánto tiempo, ¿qué es de tu vida?

-Espera, que te cuento... Tony, cariño, ¿le puedes pedir a Simón una caña, que estoy muerta de sed?... Gra cias, cielo... Te acuerdas de lo del divorcio con Isidro, ¿no? Pues el caradura de él quiso volver otra vez conmigo...

-¡No fastidies!

-Lo que oyes. Resulta que me fui un día a comer a Jockey con Tony y... ¡¡¡Ahí va!!!
¿Qué ha sido ese ruido?

-Nada, uno que está allí en la barra y que acaba de tirar una bandeja llena de copas...

Marisa limpia la pechera de la gabardina de Rodrigo mojando una servilleta en su tónica.

-También es mala suerte, con lo malas que son de quitar las manchas de vino tinto... Y mira que te he dicho veces que si quieres una copa, yo te la cojo, que tú eres muy torpe...

-Coño, pero si yo no he tenido ninguna culpa...

-Ya podéis perdonar a mi marido -se disculpa Isabel acercándose con otra servilleta mojada, pero es que se ha puesto a calzar la mesa y le ha empujado con el culo al camarero...

-No te preocupes... Espera a ver si veo a Simón, el dueño, que siempre suele tener por ahí un bote de Cebralín...

Pero Simón no está ni en la barra ni sirviendo las mesas. Acaba de volver de la cocina golpeando una botella con una cuchara para llamar la atención de sus invitados.

-¡¡Un momento, por favor!! ¡Escuchadme todos!

Con el lío, cuesta un par de minutos que todo el mundo se calle.

-En primer lugar -comienza Simón-, tengo que daros las gracias por estar hoy aquí, y sobre todo por formar parte de la familia del Flores [aplausos]. En segundo lugar, quiero deciros que lo que hoy estamos celebrando en realidad no es el inicio de los Carnavales, que también, sino que exactamente a esta hora, las nueve en punto de la noche de hace veinticinco años, tuve la fortuna de bailar mi primer vals de casado con la mejor mujer que un hombre pudiera desear [aplausos hacia Maruja, que acababa de salir de la cocina con cara de despistada y secándose las manos con un trapo].

»Desde entonces- continúa Simón- soy un hombre completamente feliz [más aplausos]. Por ello quiero decirle a mi mujer, aquí delante de todos, que aunque hayamos pasado nuestros malos ratos, siempre han sido más los buenos, que si no hubiese sido por ella ni el Flores ni yo seríamos los mismos y que si hay algo que he hecho bien en mi vida ha sido casarme con ella [aplausos a rabiar]. Hoy quiero compartir esto con todos vosotros, pero sobre todo con mi amor, con Maruja, por lo buen ser humano que es. Es un regalo, mi regalo; es mi presente y mi futuro; gracias, te quiero.

Y a Maruja, que lleva años viviendo con Simón sin que le diga algo tan bonito y que, precisamente por eso, le importa un pepino que haya plagiado la declaración de amor de Javier Bardem a Penélope en el festival de cine de Palm Springs, se le empiezan a humedecer los ojos mientras se va acercando, muy despacito y ante el respetuoso silencio de los presentes, a un Simón que le vuelve a parecer aquel de hace cinco lustros, para darle un beso que deja a la doctora Fisher y su teoría de las feromonas caducadas a la altura del betún.

LISTADO DE BODAS INDISPENSABLE PARA PAREJAS QUE AGUANTAN

Significado de las bodas según año y material

1 año. Bodas de Algodón

A pesar del nombre, nosotras todavía usamos camisón de raso. Ellos nos llevan el desayuno a la cama los domingos. Nos reímos juntos, paseamos de la mano, desconectamos el móvil cuando el otro duerme para no molestarle. La vida nos sonríe.

2 años. Bodas de Papel

Se deben llamar así porque todavía sacamos las fotos de la boda en cuanto se nos pone alguien por delante y porque vivimos agobiados por los recibos.

Aunque en los meses más desapacibles y con la disculpa del frío el camisón haya dado paso al pijama, este toda vía sigue siendo de raso, que es un material que en las películas queda muy sensual pero que en realidad es un engorro porque resbala. Ellos nos siguen llevando el desayuno a la cama casi todos los domingos.

3 años. Bodas de Cuero

Hay quien dice que el nombre le viene porque la convivencia empieza a mostrar su lado correoso. Tranquilidad: no pasa nada.

Todavía estamos en periodo de rodaje.

5 años. Bodas de Madera

Cinco años ya empiezan a ser algo medianamente serio, así que se puede decir que es el primer aniversario que tiene una cierta consistencia.

Seguimos durmiendo juntos en el centro de la cama siempre y cuando no haga calor, nosotras no nos hayamos embadurnado de crema y ellos no se hayan olvidado de lavarse los dientes.

7 años. Bodas de Lana

Aquí ya nos hemos dado cuenta de que, como no nos andemos con pies de plomo, el matrimonio es un experimento del que podemos salir trasquilados. Si no ha llegado la primera crisis, le debe faltar un telediario. Seguramente para esta fecha nosotras ya habremos incorporado los calcetines como complemento del pijama, y ellos la camiseta debajo del suyo.

Empezamos a notar que nos irritan algunas de sus pequeñas manías que antes no nos importaban, como que haga gárgaras cuando se lava los dientes o que se haga un sari con la sábana y nos deje con el culo al aire en pleno mes de febrero.

Os queréis, sí, pero no como para dormir pegoteados en el centro de la cama como dos gusarapos o como para disimular cuando tenéis un mal día.

10 años. Bodas de Lata

Acertado nombre para un aniversario en el que las gárgaras nocturnas han pasado a la fase en la que echamos de menos una mano asesina entre los trabajadores de Licor del Polo que envenene el enjuague bucal.

El pijama de franela con pelotillas irrumpe con ganas en el lecho conyugal.

Nos seguimos queriendo, claro, pero empezamos a echar de menos un fin de semana de retiro espiritual en un convento lejos de cualquier sonido borboteante y de sus alegres silbidos a las siete de la mañana cuando a ti todavía te quedan tres cuartos de hora de sueño reparador.

11 años. Bodas de Acero

La vida en pareja adquiere una calidad a medio camino entre la maleabilidad del hierro y la versatilidad del carbono. Ya no hay defectos que disimular ni secretos que esconder.

Nos conocemos de verdad y si seguimos juntos es porque hemos decidido tolerar mutuamente nuestros fallos.

El amor pervive aunque a ellos les hayan caído encima diez centímetros de barriga cervecera y nosotras ya no nos molestemos en cerrar la puerta del baño para hacernos la cera.

12 años. Bodas de Seda

Más de lo mismo. Una vez superada la barrera de los diez años y con la de los veinte -que es otra de las críticas- apenas empezando a asomar por el horizonte, lo normal es que practiquemos lo que Zapatero ha dado en llamar «talante».

13 años. Bodas de Encaje

El nombre lo dice todo.

14 años. Bodas de Marfil

El número es completamente absurdo. No se tiene noticia de nadie que las haya celebrado.

15 años. Bodas de Porcelana

Delicadas. Es muy probable que alguno de los dos nos hallemos inmersos en la famosa crisis de los cuarenta, que aportará nuevos motivos para mantener animadas

discusiones con nuestra pareja por cualquier idiotez.

Dependiendo de los genes paternos, a ellos se les empezará a despejar la frente y a clarear la coronilla. Si nosotras no nos hemos apuntado a Pilates, ya vamos tarde.

20 años. Bodas de Cristal

Si hemos sido capaces de llegar hasta aquí, es que la pareja está firmemente consolidada. Prueba de ello es que muy pocos se acordarán de que un día fuimos Pilar López y Pascual Gutiérrez Encarnación, porque para todos seremos simplemente «Pili, la de Pascual» o «Pascual, el de Pili». Dos décadas de convivencia son capaces de mimetizar al más pintado, y aunque te cueste creerlo, ambos constáis en el imaginario colectivo como un solo ente.

Se suele correr el peligro de que tu marido y tú os hayáis hecho de la familia: el amor ha sido sustituido por el cariño fraternal y la pasión por una condescendencia similar a la que usamos para aguantarle el rollo a un primo plomazo. Un asco. En estos casos se suelen celebrar sustituyendo la cama de matrimonio por dos singles pegadas la una a la otra. La consigna es: «Juntos pero mi almohada es mía».

25 años. Bodas de Plata

Destacan entre el resto de los aniversarios como una botella de Viña Tondonia en la balda de los zumos refrigerados, y son motivo de efusivas felicitaciones por parte de amigos y familiares.

Algunas parejas, movidas por la morriña, gustan de celebrarlas haciendo un remake de la ceremonia nupcial. Personalmente no lo aconsejo: deprime bastante ver a una novia añosa que ha tenido que añadirle dos palmos de tela a la sisa del vestido. Es preferible optar por algo más discreto y, a poder ser, que no nos haga perder la dignidad.

Por primera vez en casi cinco lustros la pelotilla gigante en la que se ha convertido nuestro pijama se queda en el cajón y al menos durante una noche reaparece el camisón de raso.

30 años. Bodas de Perlas

Hay quien mantiene que se llaman de esta manera porque la relación ha entrado en un grado de monotonía que nos hace parecer un par de ostras encubando las preciadas bolitas.

No tiene por qué ser así.

A estas alturas, el matrimonio puede ser muy divertido, sobre todo para nuestras amistades. Ya no nos cortamos un pelo. Si hay que discutir en público sobre quién de los dos ronca más, se discute, y si, contagiadas por el ambiente festivo de una sobremesa, sentimos el irrefrenable impulso de contar lo del día en que nuestro marido confundió la pasta de dientes con el Hemoal, lo contamos.

35 años. Bodas de Coral

Dicen algunos sexólogos que es una fecha de reencuentro. Ellos sabrán por qué.

La verdad es que la teoría no es tan descabellada: el síndrome del nido vacío se va instalando en nuestro hogar a medida que los hijos lo abandonan -si seguimos teniendo en casa a un par de ni-nis con más brejes encima que don Juan Carlos cuando fue coronado, es que la diosa Fortuna nos ha dado la espalda- y es lógico que haya un acercamiento entre las partes. Lo más habitual es que sea en forma de monólogos sucesivos: uno habla de lo que le parece y el otro hace como que escucha. Está bien porque acompaña bastante.

Si por una de aquellas tuviéramos la feliz ocurrencia de rescatar de nuevo el famoso camisón, corriendo el riesgo de estrangularnos el riego sanguíneo por la parte de las bocamangas, es más que probable que ellos no se dieran ni cuenta.

40 años. Bodas de Rubí

Es el retorno al «contigo pan y cebolla», más que nada porque para esta fecha es posible que nos hayamos jubilado y las pensiones, tal y como están, no dan para mucho

más.

Ni se te ocurra soñar con un anillo conmemorativo, a no ser que tu marido haya invertido desde los tres años en un fondo de alto riesgo y sea un jubilado con posibles dispuesto a gastarse el dinero en algo que no sea indispensable para la supervivencia, como unos implantes dentales, por ejemplo.

45 años. Bodas de Zafiro

Si el rubí estaba fuera de tus posibilidades, del zafiro ni hablamos. A decir verdad, no hablamos de casi nada. Total, para qué, si estamos tan acostumbrados el uno al otro que nos podemos comunicar con gruñidos.

Las dos camas de 1,90 hace tiempo que emigraron cada una a un extremo de la habitación para limitarse a compartir una única mesilla estratégicamente colocada en medio. Qué quieres: al fin y al cabo, rozáis los setenta...

50 años. Bodas de Oro

Hasta hace unos años eran muy pocas las parejas que llegaban intactas al medio siglo de matrimonio, mayormente porque alguno de sus componentes estaba criando malvas. Hoy en día, la ciencia ha mejorado mucho la resistencia y durabilidad del cuerpo humano y, con un poco de suerte, celebrareis vuestras Bodas de Oro rodeados de vuestros hijos, nueras, yernos, nietos y demás parentela.

Nos os dejéis llevar por el pánico: sólo es un día. Se recomienda no hacer comida en casa porque nos tocará recoger la cocina. Cuando lo que está en juego es una fregada de setenta y tres piezas, las canas se respetan poco.

55 años. Bodas de Esmeralda

Parece mentira pero llevamos viviendo juntos el equivalente en el tiempo a dos veces las guerras mundiales, la de Corea, la de Secesión y la de Vietnam, todas puestas en fila

india. Lo increíble es que hayamos llegado hasta aquí sin habernos matado.

60 años. Bodas de Diamante

La celebración empieza a tomar carácter de récord Guinness. Como lo normal es que uno o varios de tus hijos hayan cambiado de pareja y los nietos se dejen barba, se pongan extensiones o lo que quiera que se hagan los adolescentes de la época, es posible que no conozcas a nadie de tu familia. Disimula y no digas nada si no quieres que empiecen con el chuchu de que la abuela tiene Alzheimer.

No existen. Si conseguís sobrepasar el siglo de vida, lo más probable es que te preguntes con frecuencia quién es el tío ese con las orejas como un basset hound que vive en tu casa.

Si estás pensando en separarte, prepárate a luchar por quedarte con la guarda y custodia de la ecuatoriana que os cuida, porque de lo contrario el futuro puede ser muy, muy duro.

* Véase el capítulo «Listado de bodas indispensable para parejas que aguantan».

Índice

Prólogo justificativo. Historia de la autora	9
El marido hipocondriaco 21	13
Historia de Natalia	15
El marido forofo	23
Historia de Alicia	25
El marido workaholic	32
Historia de Susana	34
El marido manazas	44
Historia de Isabel	46
El marido triste	53
Historia de Jimena	55
El marido divorciado	64
Historia de Eva	66
El marido calzonazos	75
Historia de Flora	77
El marido hijo	86
Historia de Marisa	88
El marido romántico	95
Historia de Marisol	97
El marido ligón	102
Historia de Mamen	104
El marido decatión	112
Historia de Esther	114
El marido enmadrado	121
Historia de Begoña	123
El marido ecologista	134
Historia de lauro	136
El marido antihigiene	146
Historia de Mayte	148

El marido invisible	150
Historia de la tía Genoveva	152
El marido adolescente	156
Historia de Paca	158
El marido metepatas	167
Historia de Blanca	169
El marido perdonavidas	178
Historia de Mónica	180
El marido solidario	184
Historia de Violeta	186
El marido metrosexual	190
Historia de Lucía	192
Escena final a modo de epílogo. 8 de marzo	200
Listado de bodas indispensable para parejas que aguantan.	205
Significado de las bodas según año y mater	
ran amenazado con tirarlo por la borda si no da la talla. A este paso,	212
para cuando celebren sus boda	